

3  
CIC

UAN  
UTÓNOMA DE NUEV  
GENERAL DE BIBLIOTE

EDUARDO

MARQUINA

LA MORISCA

UNA MUJER

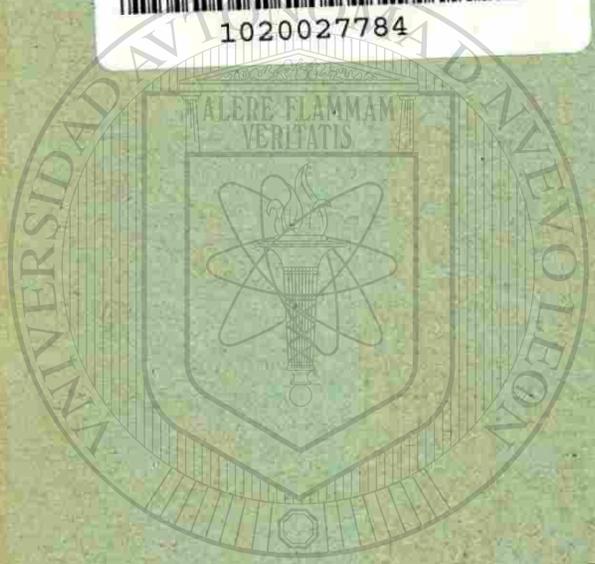
EL

Pastor

P06623

.A7

P33



UANIL

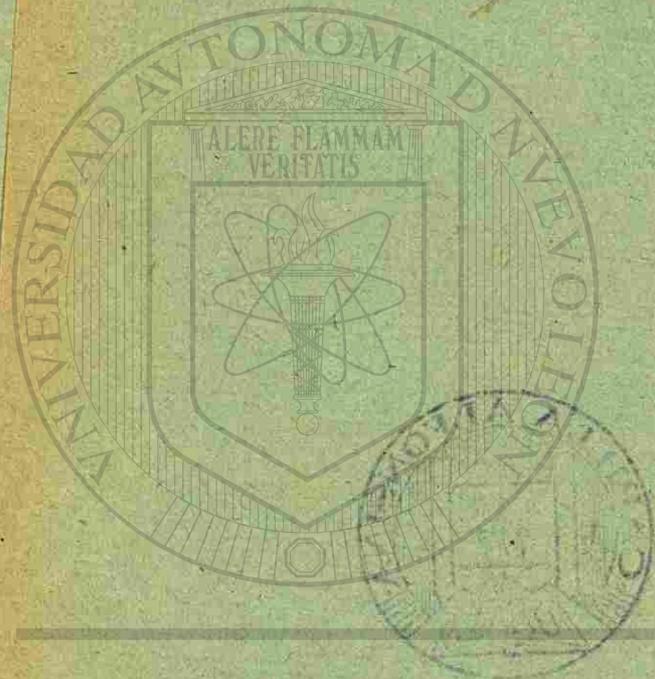


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

FONDO RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
RICHARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL PASTOR

UANL

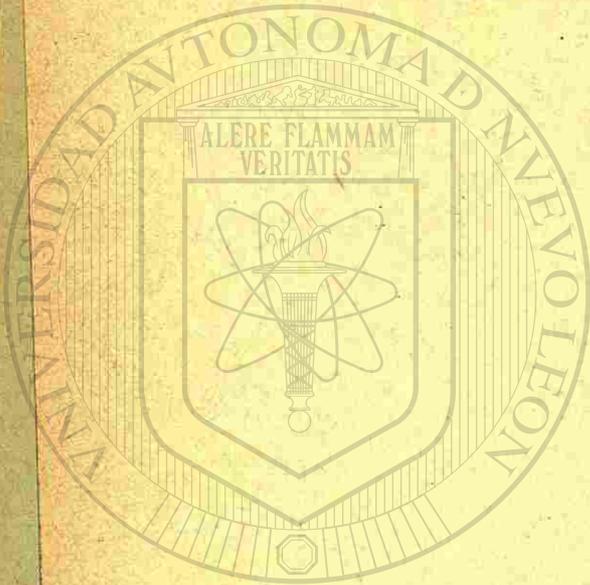
Núm. Clas. 862.62  
Núm. Autor M357  
Núm. Añg. 32859  
Procedencia -8-  
Precio  
Fecha  
Clasificó  
Catalogó

E. MARQUINA

# El Pastor

POEMA DRAMÁTICO

EN TRES ACTOS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1825 MONTERREY, MEXICO

MADRID  
B. RODRIGUEZ SERRA, EDITOR  
Flor Baja, núm. 9

BARCELONA  
ANTONIO LÓPEZ, EDITOR  
Rambla del Centro, 20

1902

099695

32859

862  
M.



P2 6603

A7  
P33

**FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS  
PERSONAS DEL DRAMA**

DIMAS..	(El pastor).	30 años
DON LEANDRO..	(Portero de la Cartuja).	55 años
ANDRÉS..	(Hijo de Don Leandro, mozo de labranza y bosque de Tomás el rico)..	25 años
TOMÁS EL RICO..	(Alcalde del pueblo)..	50 años
HORMIGUILLO..		Edad indefinida
ANTONIO..	(Mozo de labranza de Tomás el rico)..	30 años
MAGDALENA..	(Hija de Tomás)..	20 años
ROSA..	(Amiga de la anterior)..	
UNA AMIGA ALEGRE..		25 años

A

D. EMILIO THUILLIER

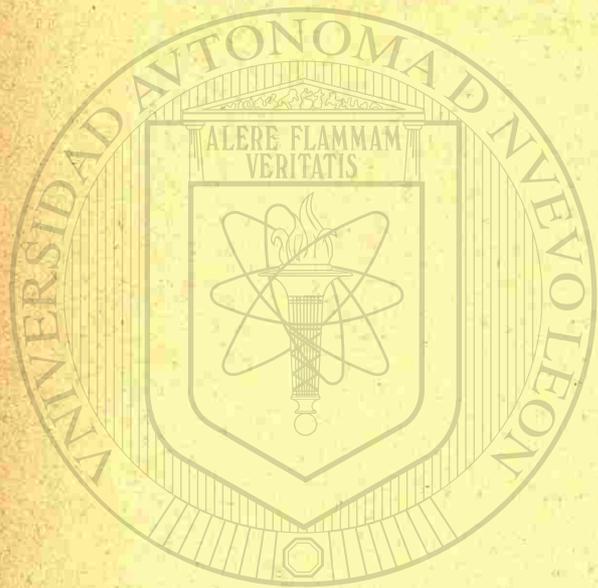
*actor inteligente y buen amigo,*

**El Autor**

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta La Campana y La Esquilla, Olmo, 8, Barcelona

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO



## ACTO PRIMERO

---

Forman la escena restos de una antigua Cartuja, situada al pié de una montaña, y en los alrededores de un pueblcito de rústicos labradores, que se verá, en el fondo en una hondonada, donde se extiende un valle.

A la derecha del espectador la mole vetusta de la Cartuja; á la izquierda, una pobre choza, donde habita el guarda, que está al cuidado de ella, D. Leandro.

Las vecindades de la sierra, que con una de sus vertientes está invadiendo la escena, dan al lugar un aspecto agreste, que no desaparece del todo, con la abundante lozanía de los árboles.

Delante de la Cartuja, restos de una cruz de piedra, con escalones por donde trepan plantas silvestres; no lejana, una fuente, también de ruinoso arquitectura.

Se levanta la cortina sobre un crepúsculo tibio y suave de la Sierra.

Sentadas las unas y otras en pié, entorno de la fuente, con las herradas, al lado suyo, en el suelo, hay un grupo de muchachas del pueblcito que está en el Valle.

La conversación es íntima y tranquila en el lugar y la hora apacibles.

### ESCENA PRIMERA

MAGDALENA—ROSA—UNA AMIGA ALEGRE

Magdalena, que ocupa el centro del grupo de muchachas: Rosa, á su lado, sentada un poco más abajo; las otras amigas, rodeándolas.—Una amiga alegre va y viene por la escena. ®

ROSA

Habría de cambiar el mundo ¿no?  
¡Parecen tan iguales, tan pesadas,  
todas las cosas!

UNA AMIGA ALEGRE

Y, por eso, á tí  
te apetece cambiar; cambiar de trajes  
y de cortejos ¿no sabéis, la niña?  
Su traje es el pregón de sus amores:  
Pañuelo blanco? Mocetón imberbe.—  
Corpiño abierto? Galancillo agudo  
que sabe hablar y distraerse á tiempo.—  
Zapato con tacón? Muchacho grave,  
potrón que no da un paso sin espuela.—  
Mangas de terciopelo, un poco estrechas?  
Labrador rico, acostumbrado al vino.—  
Camisilla...?

ROSA

No más! La deslenguadal  
¿Y tú? ¿No cambias tú? ¿No te fastidian  
todos los hombres? ¿No sabemos todos  
que tienes tres para ir riñendo siempre  
y has despreciado á dos por que no riñen?

OTRA AMIGA (A Rosa)

Y ahora te gusta el Tuerto!

ROSA

Porque tiene  
la cara hecha, á lo menos de otro modo.

UNA AMIGA ALEGRE

Ya me contestarás después de hablarle!

ROSA

¿Qué sabes tú, envidiosa?

UNA AMIGA ALEGRE

Eso sé, eso!

Que es igualito á los demás!

ROSA

Mentira!

UNA AMIGA ALEGRE

Si ha sido novio mío! Si también  
yo le busqué, por diferente, al Tuerto!

(Rien algunas amigas. Magdalena, mirando  
á sus compañeras y reprendiéndolas benévo-  
lamente:)

MAGDALENA

Locas!

ROSA

(Volviéndose á ella y acariciándola:)

Juiciosa mía, Magdalena!

¿Te extrañan nuestras risas aquí, solas  
con estos buenos árboles?

UNA AMIGA ALEGRE

Es claro!

¡Como se va á casar!

MAGDALENA

¿Quién os lo ha dicho?

ROSA

Se sabe ya, mujer! Se sabe todo  
en este pueblo, en que no pasa nada!

UNA AMIGA ALEGRE

Sí, cuéntanos, Magdala! Anda! Sé buena!

¿Quién es él?

ROSA

Es Andrés ¿verdad? El hijo  
de D. Leandro.

UNA AMIGA ALEGRE

Andrés? Me alegró, niña!

Andrés sería un hombre casi bueno,  
si se atreviera á ser un poco malo.

Y ¿cómo ha sido? ¡Cuenta! Te escuchamos como si nos dijeras una historia de los mejores tiempos de tu abuela! ¿Le quieres mucho?

MAGDALENA

(Confidencialmente.)

Ya veréis: jugaba todas las tardes á placer conmigo cuando siendo yo niña todavía venía aquí á por agua: ya más mozos, hablábamos los dos, lo que tardaba mi cántaro en llenarse; luego, quiso acompañarme á casa por las tardes, llevándome la herrada... Un día, supe que por estar conmigo, entró en la hacienda y lo tomó mi padre á su servicio —él entiende de huertos y maizales.— En fin, con mucho tino, me propuso partir conmigo el agua de la herrada á cuyo hervor, tan apaciblemente, hablábamos aquí todas las tardes.

ROSA

¿Y esto es todo?

UNA AMIGA ALEGRE

¿Y no más?

MAGDALENA

Y no más.

ROSA

Bueno;

pero ¿le quieres?

MAGDALENA

No lo sé: no veo

nada, en Andrés, que me haga desearle más que á los otros hombres.

UNA AMIGA ALEGRE

¿Ves? Lo mismo

que decíamos todas, hace un rato cuando nos reprendistes: exactamente lo que yo he dicho siempre y lo que pienso decir, cuando me muera, á los que escuchen: El mundo ha de cambiar: no hay ningún hombre que merezca el regalo de un abrazo!

(Inconscientemente debe dar un poco de grandeza á este dístico.)

ROSA

Si fueras rey ó Dios, ó algo así, grande y pudieras hacer que á tu capricho respondieran los hombres, ¿qué querías?

UNA AMIGA ALEGRE

Me gustarían chiquitines, negros, con los pelitos rojos, puntiaguda la barbilla de chivo; duros, flacos; con los dientes muy blancos, como nieve, y la lengua encendida, como llama; con cuernecitos tercos y patitas con pezuñas y todo. ¡Qué alegría! Ridículos, ridículos, ridículos!

(Rien las amigas.)

ROSA

¿Y tú, Magdala?

MAGDALENA

¿Habéis oído, niñas lo que cuentan de Dimas, el pastor, que ronda, hace unos días, estos valles?

¿Lo conocéis? Le he visto una vez sola.  
Le he visto desde lejos: tan extraño  
que parecía de otro mundo: grande,  
con la cara morena y con las greñas  
revueltas por el viento: allí, perdido  
en la enorme quietud de las montañas,  
amenazando al llano, daba gloria  
mirarle desde lejos y temerle.  
Dicen que mata y asesina, y roba  
lo que le sale al paso; el perro suyo  
le lamía las manos mansamente.  
Un hombre así!...

ROSA

Muchachas! es tan tarde  
que la primera estrella de la noche  
se ve ya, por detrás del campanario,  
encima de los nidos de cigüeñas.

UNA AMIGA ALEGRE

Qué tarde debe ser!... y el pastor ¿dices  
que ronda por el valle?

MAGDALENA (pensativa, contemplan-  
do los montes lejanos.)

Si algún día...

OTRA AMIGA

Yo tengo miedo! vámonos á casa.

LA AMIGA ALEGRE

Vámonos sí, Magdala; á casa, á casa!

(Comienzan á marcharse en grupos las ami-  
gas por el camino del pueblo.—Magdalena  
queda al lado de la fuente y en pié, su amiga  
Rosa la aguarda para salir juntas. Se marchan  
del brazo y cuando llegan á la entrada del ca-  
mino recuerda Magdalena que ha dejado la

herrada en el caño de la fuente.—Todo el mo-  
vimiento sigue las indicaciones del diálogo.)

ROSA

Vienes?

MAGDALENA

Contigo sí... (yendo á su encuentro.)

ROSA

¿La herrada?

MAGDALENA

Es cierto!

la dejaba en la fuente: mira, espérame  
junto al puente primero, que enseguida  
iré yo con mi cántaro á buscarte.

(Sale Rosa y Magdalena muy poco á poco y  
pensativa siempre, vuelve hasta la cruz de la  
fuente: cuando llegue allí, como hablando  
consigo misma, dice:)

Me ha parecido ver sus greñas negras...

(Se dirige á la herrada. En el momento de  
inclinarse para tomarla en sus manos, se oye  
un grito lejano y estremecimiento de esquilas  
en la Sierra. Magdalena vuelve á erguirse rá-  
pidamente y se queda quieta, con la vista lar-  
ga, escuchando en medio del silencio.)

Al poco rato, hace su entrada en escena Di-  
mas el pastor. Viene de sostener una lucha  
con un lobo, al que ha dado muerte, traerá el  
cuchillo corto y puntiagudo en una mano y  
se verán manchadas de sangre sus ropas. Pa-  
rece contrariado al ver que no está solo, y en-  
seguida, confiado, á gusto y como entre algo  
suyo, al dejar caer la vista en la hermosura  
franca de Magdalena.)

ESCENA II

MAGDALENA — DIMAS

DIMAS

Mujer! estoy cansado.

MAGDALENA

¿Ha sido largo  
el camino hasta aquí?

DIMAS

Largo y penoso.

Las piedras y cambroños de la sierra  
estorban el camino á cada paso  
y es difícil andar por esas sendas  
para seguir á un lobo.

MAGDALENA

¿A un lobo?

DIMAS

Al mismo

que devoró, hace días, un chicuelo  
de aquel pueblo de allá, sobre el camino.  
Tres noches le he buscado: hoy finalmente,  
mordiéndome el hambre en él, ha sido necio  
para venir en busca mía: ¡pobre!  
¡con qué humildad venía y qué obligado  
á mis antiguas atenciones! Tristes  
de compasión los ojos; afilado  
de miseria el hocico; despeinado,  
sin pretensiones, el modesto pelo  
que hace toscas sus flancos y las patas

protegiéndose él mismo con la cola...  
Toda una buena bestia, que, al principio,  
me ha hecho reír de buena gana. Apuesto  
que me la han enviado á estas montañas  
para ponerme alegre: yo le he abierto  
los brazos, con dulzura; no me habría  
reñido con el lobo, si me hubiera  
pagado mi cariño — pero el necio  
me ha hecho traición: el animal pequeño,  
cobarde al hombre, ha pretendido hincar  
los dientes largos en mi propio cuello: —  
si no le rompo el corazón me mata,  
y con la lucha, deliciosamente  
se han llenado mis miembros de fatiga  
parece que la vida, doblemente  
me abraza ahora, y quiere, con más fuerza  
por mis venas correr, aunque me ahogue.

MAGDALENA

Siéntate aquí; descansarás!

DIMAS

¿Conoces

estos lugares tú?

MAGDALENA

Desde chiquilla

corro por ellos y me entrego á ellos.

DIMAS

El cielo copia bien las placideces  
de tus ojos de niña.

(Sentándose.)

Estoy rendido!

MAGDALENA

Quieres beber del agua mía?

DIMAS

Quiero

beber el agua del lugar hermoso  
recogida en el fresco de tu herrada.

(Magdalena toma con las dos manos la jarra y el pastor bebe, á pequeños sorbos, en ella. Magdalena estará en pié esbelta y noble: el pastor sentado al borde de la fuente. Para que la herrada quede á la altura de los labios de Dimas, Magdalena sin inclinarse, dejará caer los brazos luengos y finos á lo largo de su cuerpo.)

DIMAS

¡Bendiga el cielo el agua, hermana nuestra  
su buena voluntad y su frescura!  
¡Bendiga el cielo á la mujer, que llega,  
sin preguntarle el nombre, al caminante  
y le tiene cariño y le socorre  
con don sencillo, sin poner orgullo  
en el socorro que le da!

MAGDALENA

Quisiera,  
siempre que siento, en mis entrañas mismas,  
deseos de ofrecer, encontrar dones  
como este don del agua, que no tiene  
más precio que el amor con que se ofrece!

DIMAS

Por la primera vez, desciendo al llano  
y hago descanso en él y cobro fuerzas  
y doy pasto á mi sed y no deseo  
volver á andar ni abandonar el llano.  
En esta tarde, abriéndose á mis ojos  
como una flor, la placidez del valle  
me llena de perfumes: yo, que nunca

dejé los picos de la Sierra mía  
ni entre en la calma de las tierras quietas  
más que para nutrirme, hoy he sabido  
cosas hermosas de la tierra vieja:  
hoy sé que hay otras fuerzas por encima  
de la necesidad: hoy sé que agrada  
sentarse sin fatiga, y conversar  
sin pedir nada y encontrar mujeres  
sin abatirlas... ¿donde vives, niña?  
porque la casa que te guarde, quiero  
contemplarla, de hoy más, desde mis cumbres  
roja, con el aliento azul del humo,  
la puertecita abierta desde lejos,  
diminuta en el valle, quieta, inmóvil,  
atrayéndome á ella, ingenuamente,  
como querida cabritilla, joya  
de mi rebaño, sola entre las yerbas,  
y echando aliento azul al aire frío!  
¿Cual es tu casa y cual tu nombre? dime  
cosas, nada más tuyas: necesito  
reducir solo á tí; todo el cariño  
que siento por las cosas de la tierra!

MAGDALENA

Mi nombre es Magdalena y la más grande  
de las casas de allí ¿la ves? Aquella  
con rosas que se ríen, por encima  
de las tapias del huerto, es donde vivo!

DIMAS

Como si toda el agua de las nieves,  
en un día de sol de nuestra Sierra,  
se juntara en un hoyo y allí, quieta,  
la fina luz del aire recogiera,

me parece que todas las palabras  
con que espresamos hermosura de algo  
se juntan en tu nombre y allí toman  
color de luz y trascendencia de aguas.  
Tu nombre romperá, cuando las ansias  
de dar al mundo mi deleite, puncen  
mis labios torpes, la torpeza mía  
y diré *Magdalena*, cuando quiera  
decir satisfacción y decir goce  
y decir hermosura y decir vida!

(Pausa.)

Sí, Magdalena, veo entre las otras  
tu casa roja, con las flores blancas,  
y me parece hundirme allí, como árbol  
en el hoyo en que duermen sus raíces.  
Mis pasos, hasta ahora, malgastados  
dispersos, como cabras de un rebaño  
que no tienen pastor, se hacen acordes,  
se ordenan todos armoniosamente  
se dirigen á un fin: son como notas  
de un ruido musical, que se hacen canto  
y espresan el amor, cuando las juntan  
en un solo cantar, labios cantores!

(Pausa.)

¿Qué tienes Magdalena? ¿no me escuchas?

MAGDALENA

Ni una sola palabra de tus labios  
se apartará ya más, de mi memoria.  
¿Piensas que no te escucho? Tus palabras  
me parecen tan bien, que estoy muriendo  
de oírte hablar, desde que estoy contigo,  
y te escucho, sin pena de morirme!

DIMAS

Morirte tú? ¿por qué? ¿por qué amor mío?  
¡cuéntale á tu pastor las penas tuyas  
que tu pastor saldrá con su cayado  
á tu defensa!

MAGDALENA

¿Cómo hablarte? ¿Quieres  
que, con mis propias manos te destroce  
el corazón querido? ¿qué mis lágrimas  
apaguen para siempre, tu alegría,  
como la arena el fuego de una hoguera?  
Nada te he de contar: tarde te he visto  
y mejor fuera no encontrarte nunca:  
toma del cuerpo el alma mía, amor,  
como has tomado el agua de mi herrada  
y vuélvete á tus cumbres y no bajas  
y no vuelvas al llano, donde nadie  
fuera de mí te mira con cariño!

DIMAS

¡Mi Magdalena!

MAGDALENA

Sí, tu Magdalena

que no quiere arrancarte de tu Iglesia  
imágen milagrosa, para hacerte  
puntal de árboles viejos en el llano.  
Vuelve á las cumbres con la luz y déjame  
en la noche del mundo y del espíritu.

DIMAS

(Con calma la abraza y se dispone á partir.)

Yo traeré luz al valle.

MAGDALENA

Y yo la espero

con las ventanas de mi casa abiertas.

(Sale Dimas, firme de andar, y sin volverse á ver á Magdalena, que le sigue, con los ojos llenos de lágrimas, hasta perderle de vista.

Por el camino del pueblo llega Andrés á quien ella no ve por estar vuelta de espaldas. Ya á su lado el mozo le toma una mano y con el sobresalto se vuelve ella repentinamente olvidándose de ocultar sus lágrimas. Así empieza la

ESCENA III

ANDRÉS

¿Llorabas?

MAGDALENA

Ya lo ves: esta hora es triste.

ANDRÉS

¿Qué miras?

MAGDALENA

Las montañas...

ANDRÉS

Yo esperaba

que mirarías el camino: sabes

que te vengo á buscar todos los días:

¿por qué no has de mirar con impaciencia?

MAGDALENA

Porque ya sé que vienes á buscarme  
todas las tardes...

ANDRÉS

¡Magdalena!

MAGDALENA

¿Qué?

ANDRÉS

No estás bien. En tus ojos hay tristezas  
más intensas que nunca.

MAGDALENA

Es la hora triste.

ANDRÉS

En tus labios hay solo desaliento.

MAGDALENA

Es la puesta de sol.

ANDRÉS

En tus palabras  
hay una pena oculta que me aflige.

MAGDALENA

Es mi modo de ser.

ANDRÉS

¡No! Magdalena.

Bien presiento que no: tienes el alma  
lejos siempre de mí: ¡yo, que entraría,  
con las manos unidas y los labios  
llenos de rezos, en el alma tuya,  
no he podido encontrarla un solo día  
con las puertas abiertas! Tus palabras  
la cubren de misterio, tus deseos  
duermen allí, sin sonreirme nunca;  
parece que tus manos me rechacen  
con despedidas, cuando me saludan;  
¡si yo tuviera fuerzas, si no fuera  
como la yedra yo, tu como el árbol,

MAGDALENA

¿Lo acabarías?

ANDRÉS  
Magdalena, nó!

Aunque me odieras, aunque viera ardiente  
resplandecer en tí, como una aurora,  
el fuego de otro amor, no, Magdalena,  
yo te amaría, yo me arrastraría....

MAGDALENA  
¡Basta! ¿Por qué me dices estas cosas  
que yo no te pregunto?

ANDRÉS  
¡Amor!

MAGDALENA  
La noche  
comienza á hacerse oscura; ya mi padre  
estará á punto de volver á casa.

(Andrés se dispone á tomar la herrada y  
Magdalena, con grito del corazón, dice:)

MAGDALENA  
¡No! Déjamela á mí: quiero llevarla,  
aunque me canse: nunca más ¿entiendes?  
la fiaré á ninguno! ¡Es mía, es santa!  
La herrada medio llena, que ya nunca  
se volverá á llenar!

ANDRÉS  
Dime, ¿qué tienes?  
¿Por qué me hablas así?

MAGDALENA (con la herrada bajo el  
brazo y marchando al lado de Andrés hacia el  
pueblo.)

¿Sabes? El lobo  
que devoró, hace días, un chicuelo,  
ya no vive. Hoy me han dicho que lo ha muerto

un pastor: debe ser un hombre fuerte  
ese pastor, ¿verdad?

ANDRÉS (tristísimamente)  
Un... hombre... fuerte!

(Desaparecen.)

(Queda la escena sola unos segundos. Al po-  
co rato se entrea bre la puerta del monasterio y  
aparece D. Leandro. Viejecito, con greñas  
blanquísimas, traje negro, rostro de pergami-  
no, muy blanco y terso y la espalda encor-  
vada.)

#### ESCENA IV

LEANDRO, solo

Lo de arriba abajo, lo de abajo arriba.  
¡Bueno marcha el mundo!  
¡Bueno marcha el mundo, con el gorro puesto  
para empezar el sueñecito último!

(Mirando á los que se van.)

¡Buenas van las cosas! Ella no le quiere,  
y él la quiere mucho!

(Cerrando una puerta.)

Cerremos la puerta para que no llegue  
hasta mi cama el jadear del mundo.

(Volviendo hacia el monasterio.)

Tú, Leandro, quieto! Tú, Leandro, en calma!  
Tú, Leandro, mudo!

¡Mudo, y á ir mirando como acabá todo  
y á dar las buenas noches á este mundo!

(Cuando, arrastrando los pies, se prepara á  
entrar en su casa nuevamente, le llaman los

hombres del pueblo que vienen por donde ha venido el pastor, armando gritería. El se vuelve á mirarlos desde la puerta.)

ESCENA V

DON LEANDRO—TOMÁS EL RICO—HORMIGUILLO

ALGUNOS HOMBRES

TOMÁS EL RICO

¡Leandrooo!!

HORMIGUILLO

¡Señor Leandro!!

LEANDRO

¿Qué hay muchachos?

TOMÁS EL RICO

¡Venga á cuentas el viejo que tenemos necesidad de su experiencia, ahora!

LEANDRO

Mal cosa la experiencia de un anciano para arreglar un mundo de chiquillos!

HORMIGUILLO

Sentarse y no insultar, señor sentencias!

TOMÁS (á Hormiguillo)

Callarse y no estorbar, señor antojos.

El caso es claro: el Tribunal escuche, díctese la sentencia y á cumplirla cada mozo después, según sus fuerzas!...

Hace días salió para la sierra

Ramón, el hijo de María Sacos

la Molendera: el muchachón no ha vuelto y hoy encontramos, á unos cuantos pasos

de aquí, señor Leandro, esta zamarra toda empapada en sangre que da grima.

(Muestra una zamarra manchada de sangre, que D. Leandro examina con curiosidad.)

LEANDRO

¿Por qué me la enseñais? No es de mi hijo.

HORMIGUILLO

Ni mía, ni intención de hacerla mía, ¡qué horror! ¡Pobre zamarra, y pobre cuerpo que cubrió esa zamarra!

TOMÁS EL RICO

¡Andar á palmos!

El cuerpo que ha cubierto esta zamarra, el propietario de esta piel sangrienta se pasea feliz por esos montes y triunfa y rie, ¡infame! y hace burla de la justicia: el dueño de estas ropas es Dimas, el pastor.

LEANDRO

¡Ya salió el hombre!

TOMÁS EL RICO

Es Dimas el pastor y el asesino.

LEANDRO

La cosa empieza bien.

HORMIGUILLO

¡Calle el anciano!

TOMÁS (á Hormiguillo)

¡Reviente el respondón y no interrumpa! Ese Dimas, venido no se sabe de qué tierras de allá, sin rumbo fijo, sin patria conocida, sin amigos, sin casa, sin arraigo y sin parientes,

no respeta cercado, no respeta  
propiedad, ni maizales, ni sembrados:  
cuando sus cabras tienen hambre, mete  
sus cabras en los campos, todos llenos  
de frescura de yerbas ó de briznas  
de heno á medio segar, y despedaza  
un montón de heredad en pocas horas.  
Hace sus tropelías por las noches.  
A la mañana son dos pobres viejos  
llorando sobre un campo de despojos;  
y una casa sin pan y un hogar falto  
de leña que lo aguante y lo esclarezca,  
y el pastor, allá va, peñas arriba,  
pasando el Rebentón con su rebaño.

HORMIGUILLO (con sorna)  
Afortunadamente, aquí, en el llano,  
nos queda el buen Tomás, Tomás el rico,  
Tomás, entrañas de cordero, que hace  
tantísimas limosnas y remedia  
las tropelías del pastor sin alma.

TOMÁS EL RICO  
Tomás no hace limosnas: es alcalde,  
y prefiere Tomás hacer justicia.

HORMIGUILLO  
Es más honroso y más barato

LEANDRO  
¡Calla!  
Que hable Tomás.

TOMÁS EL RICO  
Pues bueno, hablando, digo,  
que estoy seguro (y estas ropas sucias  
no me dejan mentir) de haber hallado

el cuerpo de un delito: Dimas solo  
es culpable, á estas horas, de la muerte  
de Ramón, nuestro amigo.

HORMIGUILLO  
Es más probable  
que Ramón haya muerto simplemente  
despedazado por los lobos; todos  
sabemos que Ramón murió hace días,  
y esta sangre está fresca en la zamarra  
todavía y pudiera ser que Dimas,  
topando con el lobo, se enredara  
á mordiscos con él dándole muerte,  
y esa es sangre del lobo: ya sabéis  
que no estaba muy lejos la zamarra  
del lobo muerto, miserablemente  
magullado.

TOMÁS  
¿Y qué importa? ¿No soy yo  
quien debe hacer la luz? Digo que Dimas  
asesinó á Ramón; digo que Dimas  
debe morir, y digo que se premia  
al mozo que me traiga su cabeza.  
Hablaré con el Juez y... está entendido?  
Si le topáis, Leandro, detenedle!

LEANDRO (que se ha medio dormido  
durante la relación última de Tomás.)  
¿Sabéis? Me dormí un poco: ya hablaremos  
mañana más despacio, de estas cosas.

TOMÁS EL RICO  
Hormiguillo ¡al trabajo! este es negocio  
por lo menos, de al filo de tres onzas.

HORMIGUILLO

Daré con el pastor; estad tranquilos.

TOMÁS EL RICO (aparte)

Me vengaré del campo destrozado.

LEANDRO (marchándose)

¡Buenas noches, muchachos! Buenas noches;  
os dejo solos arreglando el mundo.

HORMIGUILLO

El arreglo es sencillo: con un poco  
de intención de pantera, andar buscando  
al dueño de unas ropas destrozadas,  
para vengar en él la sempiterna  
muerte de los muchachos inocentes,  
y los mordiscos, cada vez más duros,  
de unos lobos que nunca están bien muertos.  
¡Mi alcalde y mi señor, brava justicia!

FIN DEL ACTO

## ACTO SEGUNDO

### La misma decoración del anterior

Es, al fin de la tarde. Todavía un poco de sol en las cúpulas azules de pizarra de la Cartuja

UNA AMIGA ALEGRE corre por el patio de la Cartuja con una cabrilla á la que deja desmochar algunas yerbas.

Da, primero, algunos pasos en silencio, luego, ahuecando las manos, para hacerse oír de alguien que se supone distante, grita:

### ESCENA PRIMERA

UNA AMIGA ALEGRE, después HORMIGUILLO

UNA AMIGA ALEGRE

¡Hormiguillo!... ¡El eterno escurridizo!

Ni una vez sola le he tenido á tiro;

listo, ladino, flaco, fino, vivo,

nunca me habló de amores. ¡Hormiguillo!

HORMIGUILLO (entrando, con aires de inocente, un poco corrido de no poder esconder la carabina que procura ocultar todo lo posible.)

¡Qué quieres, local!... ¿Acabarás tus gritos?

UNA AMIGA

¿Te habré, con tanta voz, comprometido?

HORMIGUILLO

Daré con el pastor; estad tranquilos.

TOMÁS EL RICO (aparte)

Me vengaré del campo destrozado.

LEANDRO (marchándose)

¡Buenas noches, muchachos! Buenas noches;  
os dejo solos arreglando el mundo.

HORMIGUILLO

El arreglo es sencillo: con un poco  
de intención de pantera, andar buscando  
al dueño de unas ropas destrozadas,  
para vengar en él la sempiterna  
muerte de los muchachos inocentes,  
y los mordiscos, cada vez más duros,  
de unos lobos que nunca están bien muertos.  
¡Mi alcalde y mi señor, brava justicia!

FIN DEL ACTO

## ACTO SEGUNDO

### La misma decoración del anterior

Es, al fin de la tarde. Todavía un poco de sol en las cúpulas azules de pizarra de la Cartuja

UNA AMIGA ALEGRE corre por el patio de la Cartuja con una cabrilla á la que deja desmochar algunas yerbas.

Da, primero, algunos pasos en silencio, luego, ahuecando las manos, para hacerse oír de alguien que se supone distante, grita:

### ESCENA PRIMERA

UNA AMIGA ALEGRE, después HORMIGUILLO

UNA AMIGA ALEGRE

¡Hormiguillo!... ¡El eterno escurridizo!

Ni una vez sola le he tenido á tiro;

listo, ladino, flaco, fino, vivo,

nunca me habló de amores. ¡Hormiguillo!

HORMIGUILLO (entrando, con aires de inocente, un poco corrido de no poder esconder la carabina que procura ocultar todo lo posible.)

¡Qué quieres, local!... ¿Acabarás tus gritos?

UNA AMIGA

¿Te habré, con tanta voz, comprometido?

HORMIGUILLO

¿Por qué comprometido?

UNA AMIGA

No sé niño.

Te veo extraño, torpe, cohibido.

¿Cazabas ahora? ¿Qué esperabas? ¡Dilo!

HORMIGUILLO

No puedo responder: es un servicio particular de la alcaldía.

UNA AMIGA

El Rico

te encomienda la guarda de sus pinos ó tal vez de sus cabras ó sus trigos que están segados ya?

HORMIGUILLO

¡Calla te he dicho!

UNA AMIGA

Ya sé lo que és! buscas por estos riscos la pista de un pastor, de un asesino...

HORMIGUILLO

¡Calla!...

UNA AMIGA

¿Por qué callar?

HORMIGUILLO

¡Calla, por Cristo!

UNA AMIGA

¿Luego es verdad lo que Magdala dijo?

HORMIGUILLO

Que os ha dicho Magdala?

UNA AMIGA

Nos ha dicho

que su padre Tomás, Tomás el Rico

anda buscando á Dimas; que ayer mismo afirmó que el pastor es asesino y puso precio á su cabeza y dijo que, al que diera con él ó muerto ó vivo le llenaría de onzas el bolsillo!

HORMIGUILLO

De tres onzas no más!

UNA AMIGA

Pues, te has lucido!

por tres onzas andar por estos riscos en busca de un pastor, que es más bravío y más fuerte que tú! pobre Hormiguillo! Si Dimas conociera tus designios, te coje en un Jesús, así, así mismo

(Cogiéndole.)

y te estrella contra uno de esos pinos como un saco de huesos. Hormiguillo! ¿Qué es del hombre de paz, maula y tranquilo? ¿Por tres onzas, corchete de asesinos? ¿Por tres onzas, echarte á un precipicio? Además tu no sabes, ¡pobre niño! lo más grave del cuento: no, hijo mío! Lo más grave es que, Dimas, tu asesino, se muere por Magdalena de cariño, y ayer aquí, en la fuente, se lo dijo, y hoy ya á venir también, y vendrá el tísico de Andrés, al mismo tiempo, y será un cisco delicioso de ver! ¡anda Hormiguillo! deja tu carabina y ven conmigo y hablémonos los dos recogiditos aquí en este rincón, y así, con tino y con mala intención y el ojo vivo,

podremos observar el baturrillo  
que los tres armarán!

HORMIGUILLO (tirando la carabina.)

Ea! Magnífico!

Ni todo el oro de Tomás el Rico  
es capaz de curarme del prurito  
de mirar y reir de lo que miro!  
¿No te parece el mundo divertido?  
¡Ven, amiguita alegre; chisme vivo,  
mujer de sal, con esplendor de vidrio,  
bracito de culebra, cuellecito  
de junco sin corteza; ojo de chivo,  
frente de hielo blanco y quebradizo,  
vestidito sin cuerpo; cuerpecito  
sin vestido especial, fuego, diablillo.  
¡Ven á reir del bien y el mal conmigo!

UNA AMIGA

¡Bravo, seor maldiciente! el discursito  
no te ha salido mal; boca de mirlo,  
sastre para remiendos y cosidos,  
cantarito sin alma, que hace ruido  
de palabritas malas; Hormiguillo  
de nombre y actitudes; pez de río  
lijero y flaco, escurridizo y frío;  
¡por la primera vez he comprendido  
lo hermosísimo que eres, tan feísimo!

HORMIGUILLO

Y por disimular y porque he visto  
que dá buen resultado, aquí juntitos,  
finjiremos que hablamos de amoríos  
y no vendrá ninguno á interrumpirnos;  
el amor debe ser tan aburrido

que á nadie se le ocurre compartirlo!

UNA AMIGA

¡Bien pensado, mi Dios! y empiece el rico  
torrente de palabras y cariños

HORMIGUILLO (cogiéndola de las manos.)

En esa fruta de tus dos carrillos,  
quiero, con gusto, hincar los dientes míos;  
y levantarte, orgullo de estos ricos,  
hacia el sol, como un blanco corderillo,  
para que al verte iluminada, limpio  
pedacito de estrella, convencido  
quede el maestro, á costa de sus libros,  
de que en mitad del cielo azul purísimo,  
ha aparecido un astro nuevecito!  
Quiero verte dormida al lado mío  
y á los aires mandar que no hagan ruido;  
Quiero...

UNA AMIGA

Pues mira, sabes, Hormiguillo,  
que no resultas tan, tan aburrido?

(Siguen hablando, sale Leandro; ellos al verle, simulan que van á abrazarse y el viejo que se dirige á ellos se retira bruscamente por no interrumpirles en su retozo. Ellos celebran con expresivas sonrisas la extratagema. Cuando Leandro vuelve hacia la Cartuja tropieza con su hijo Andrés que viene cabizbajo por el camino del pueblo.)

ESCENA II

LEANDRO—ANDRÉS—UNA AMIGA—HORMIGUILLO

ANDRÉS

Padre ¿nadie ha venido aquí, á la fuente,  
antes de venir yo?

LEANDRO

Dos palomicos (por los que hablan)  
que hartos, por lo que veo, de reirse  
de los demás, hoy quieren ser la risa  
y el jolgorio de todos.

ANDRÉS

Padre, traigo  
mucho tristeza adentro y me da un brete  
de que sean alegres ó aburridos  
los prójimos inútiles, que ocupan  
un pedazo de tierra al lado mío.

LEANDRO

No estás de buen humor!

ANDRÉS

¡Que tiempos hace  
que dura el mal humor, padre del alma  
sobre tu pobre Andrés! Es como niebla  
que no me deja nunca y como nube  
que aprieta, y llena y pesa y no hace lluvia!  
Para acordarme de una risa mía  
tengo que andar atrás; solo fué alegre  
algo de mi niñez, que ahora, pensando,  
no se bien si fué alegre ó si fué triste!

LEANDRO

¿Estás enamorado y te parece  
que tu amor no te quiere? Esa es la causa  
de toda tu tristeza; pues bien, hijo,  
yo pondré fin á la tristeza tuya!

ANDRÉS (esperanzado.)

¿Sí?

LEANDRO

De seguro, Andrés, todas tus penas  
son por *no saber bien*, si tu tormento  
gusta de tí ó no gusta.

ANDRÉS

Justamente!

LEANDRO

Pues yo puedo sacarte de tus dudas  
y acabar, para siempre, tus tristezas.  
Sus! hijo mío, alienta como un hombre,  
y no dudes ya más! Te lo aseguro:  
Magdalena, no solo no te quiere,  
sino que te odia francamente, vamos!  
se acabaron las dudas, tranquilízate!

ANDRÉS

Padre, padre del alma, no son cosas  
para echarlas á juego estas tan tristes.

LEANDRO

No son cosas de echémoslas á juego  
ni son cosas de echémoslas á muerte.  
Un hombre es siempre un hombre; el amorío  
tiene algo del cazar, mal comparado.  
—Va la liebre botando por el monte:  
la apunta el cazador, le da en la entraña  
y la deja en el polvo, hecha un ovillo.

Aquella liebre es suya; se comprende que se la cargue al hombro, que la envuelva en yerbas olorosas de montaña, que la llame *mi* liebre y que la ponga hasta un precio subido; él es su dueño. Pero dispara la escopeta, el torpe, y no hace blanco y la menuda liebre allá más allá va, bebiendo el aire. ¿Se ha de matar el cazador por eso? ¿se ha de sentar en medio del camino y abandonar la caza?—¡fuera bueno! ¡si en lo cerrado del tomillo oscuro relampaguean atrevidamente cien pares de ojos chicos de otras liebres que están diciendo á la escopeta «mátame!» Las mujeres son liebres, que no tienen más precio que el que quiera adjudicarles el cazador que las rindió en el monte. La mujer es vacía; no se aguanta sin el peso del plomo de una bala dentro del corazón! ¿esquiva el tiro? pues; déjala correr bebiendo el aire! y tu vuélvete al monte y no regreses del monte aquel con el zurrón vacío!

(En este momento *Una amiga* y *Hormiguillo* se levantan señalándose mutuamente el camino del monte y hablando de alguien que viene por él.)

ANDRÉS

Pasados unos días—si yo vivo— volveré, padre, y me darás consejos; y como entonces ya no habrá remedio

ya no te enfadará que no los siga..

LEANDRO

Pues mira no es tan grande tu locura como yo me pensaba.

ANDRÉS

¿Por qué?

LEANDRO

Dices

*pasados unos días* y el lenguaje del verdadero loco enamorado es instantáneo siempre como el rayo y como los pistones del retaco.

(Pausa.)

(Leandro da algunos pasos y viendo á alguien que baja por el monte, dice:)

LEANDRO

¿Quién viene monte abajo?

HORMIGUILLO (viniendo con *Una amiga* al centro del escenario.)

El pastor Dimas!

LEANDRO (á Hormiguillo.)

Yo me quedé dormido ayer ya sabes...

HORMIGUILLO (en el mismo tono de Leandro.)

¡Sí! ya sé! Don Leandro: y á mí, ahora, me ha entrado un sueño atroz!

(Entra Dimas con un corderillo ensangrentado colgado de un palo á las espaldas.)

ESCENA III

DIMAS—ANDRÉS—LEANDRO—HORMIGUILLO—  
UNA AMIGA

DIMAS

Salve á la gente!

(Se echa atrás las greñas, se descarga del  
corderillo sangriento y pregunta:)

Habitáis todos juntos esta casa  
ó es nada más de alguno entre vosotros?

LEANDRO

Yo vivo aquí, pastor, y soy el guarda  
de esta Cartuja, como mi alma vieja.

DIMAS

Y á tí, porque eres tú, quien aquí habita.  
Vengo á ofrecerte en don este cordero  
que escojí, con empeño, esta mañana,  
entre los más hermosos del rebaño.  
Yo ayer en este sitio fuí dichoso  
y cobré fuerzas y aplaqué mi sed  
y hoy quiero, con mi don, traerle fuerzas  
y alegría y salud, al que lo habita.

LEANDRO

Gracias, pastor; yo soy un pobre viejo  
y he visto en este mundo tantas cosas,  
fuera de la bondad, que me sorprende  
esto tan natural y esto tan bueno  
de cambiar don por don unos con otros.  
Siéntate donde ayer y como ayer  
sé feliz en el sitio de tu agrado.

Yo cargo con tu don y entro en mi casa,  
donde te espero, si al llegar la noche,  
se te hace dura la subida al monte.

UNA AMIGA (haciendo á Hormiguillo  
gestos de inteligencia.)

Si don Leandro lo permite, yo  
salaré por mi misma este cordero:  
dicen que lo hago bien y hoy tengo empeño  
en aplicarme, lo mejor que sepa,  
á hacer las cosas bien, solo por gusto.

LEANDRO

Ven, pues, conmigo á casa y si Hormiguillo  
no nos ha de estorbar, en demasia,  
que nos siga también. (No te perece

(A una amiga en voz baja)

que el pastor lo que quiere es estar solo?  
¿quién será este pastor?)

(Hormiguillo después de dudar un momento  
y convencido al fin por las señas de Una ami-  
ga que le señala una ventana y le dice que  
desde ella podrán verlo todo, grita:)

Voy don Leandro.

ESCENA IV

(Entran en la casa los tres. Andrés ha esta-  
do sentado hasta entonces sin mezclarse en la  
conversación. Dimas, al quedar solo, se fija en  
él y dice:)

DIMAS

¿Cómo está triste en medio de estas cosas,  
el hombre sano y joven?

ANDRÉS

Porque veo

tristes todas las cosas.

DIMAS

¡No blasfemes!

Mira, no te conozco, pero advierto  
resplandor de ternura en tu mirada,  
y es agradable conversar contigo.  
Nadie más empujado á la tristeza  
que yo sobre la tierra, y, sin embargo,  
¡cómo acompaño al sol cuando se ríe!  
No sé dónde he nacido: nunca supe  
cuál fué mi padre, ni en qué tierra dura  
duermen los huesos de mi madre muerta.  
A los diez años, al nacer de un día,  
me encontré solo, en medio de unos campos,  
con un rebaño que bullía en torno.  
Se abrían los caminos á mi vista,  
como brazos dispuestos á acogerme;  
contemplaba, á lo lejos, las montañas  
solemnes de actitud, como regazos  
de madres poderosas, y era el cielo  
allá, al fin del camino, azul tranquilo  
como pupila de mujer querida  
que me atrajera sin cesar y ¡entonces!  
¿Yo qué sabía de las leyes vuestras  
ni del obrar extraño de los hombres?  
Llamé al rebaño y me siguió: el rebaño  
que me seguía por amor, por santa  
confianza en mí de cada animalillo,  
porque ellos, los pequeños y yo, habíamos  
pasado tantas noches bajo el cielo

haciendo vida igual, aquel rebaño  
era mío ¿verdad? y con él ¡anda  
que te andarás! por la gloriosa Tierra  
atravesando viñas y maizales,  
echando por los puertos de la sierra,  
dejando atrás ciudades, caseríos,  
yendo á besar la boca de la aurora  
y hundiéndome en la noche, rojo el rostro  
como el sol de la tarde. Esta es mi vida.  
A ninguno, jamás, privé la entrada  
en el lugar donde descanso á gusto,  
porque no quiero que me prive nadie  
la entrada en su lugar. Y estoy alegre.

ANDRÉS

Yo comprendo, pastor, esta alegría  
y abro bajo ella el alma, porque siento  
que me refresca las entrañas: mira  
si he de gustar, pastor, de tu existencia,  
cuando la mía á mi me pone triste,  
porque es en todo opuesta á la que llevas.  
Yo no soy dueño de mi vida: sirvo  
por el salario que me dan. Un hombre  
me dice, «haz esto, aquí», y aunque no guste  
ni del lugar, ni del trabajo, debo  
hacer lo que me mandan.

DIMAS

¡Tristes hombres

que no buscan amor para el trabajo  
sino obediencia sola! Se contentan  
con *apariencias de obras*. ¿Y te pagan  
por un trabajo en que no pones alma?  
El trabajo hecho solo con las manos

32859

es una cosa sin valor: ¡el otrol,  
el hecho con amor y con cariño  
no tiene precio; todo el oro junto  
no lo puede pagar: su precio solo  
está en el goce del que lo hace á gusto.

ANDRÉS

Sí, pastor. Pero nacen hombres débiles  
que no saben vivir y necesitan  
que otros les hagan vida en torno suyo.

DIMAS

Y si nadie vendiera su existencia  
á las demás, no habría tanto débil  
que no sabe vivir porque no aprende.

ANDRÉS

¿Y el amor á los otros? ¿Y el cariño  
á los que viven en tu misma casa,  
en esta inmensa casa de la tierra?

DIMAS

¿Pero les amas tú? ¿Les *das* tus obras  
ó se las *vendes*? ¿Y hay cariño en esto?  
El cariño es cambiar, unos con otros,  
los frutos de una vida productiva.  
Yo, por un rato alegre y por un sorbo  
de agua bebida ayer en estos sitios,  
hago don al buen viejo de un cordero,  
tomado entre los muchos que me sobran,  
él me ofrece su cama bajo techo  
agradecido á mí; la moza alegre  
se brinda á preparar el corderillo,  
contagiada del bien que mueve el mundo,  
y lo que pasa aquí, pasa á cien leguas  
de estos sitios hermosos: no habrá vida

como la vida humana, desde el día  
en que los hombres sepan estas cosas:  
que en el fondo de todas las entrañas  
hay bondad, que las gentes no son malas,  
y que de todo *sobra* en esta tierra  
coronada de frutos!

ANDRÉS

Serán días

de verdadera placidez entonces:  
nadie se afanará por la existencia  
cuando, llegando á cultivar un campo,  
no le digan que el campo tiene dueño,  
y que el trigo que brote de aquel campo  
porque él lo sembró á tiempo, y á su tiempo  
bajó á segararlo y lo trilló con pena  
y que sin él no hubiera sido nunca,  
pertenece también al que era dueño  
del campo aquél; la tierra ha sido hecha  
para entenderse á solas con el hombre  
que la cultiva, ¿no es verdad? Entonces  
la tierra *bastará* para los hombres;  
no seremos judíos que la fuerzen  
á venderse á unos y otros para hacernos  
ricos, á costa suya; solamente  
seremos los casados con la tierra  
satisfechos en ella y en sus frutos  
sin obligarle á que se venda á nadie  
y pidiéndole amor y no riquezas.

DIMAS

¡Sí, hermano mío, sí! Desde tu cárcel  
ves el azul del cielo y lo deseas.  
Como tú, casi todos los que sufren,

se mueren de inacción; porque se sientan,  
viendo lejos la aurora de su dicha,  
y no saben andar constantemente  
en busca de la Aurora; tenéis miedo;  
miedo á los propios juicios de los hombres  
que fingís despreciar; os gustaría  
haceros libres con el beneplácito  
de los que os tiranizan: no, mi hermano,  
¡los primeros que luchan por sí mismos  
han de luchar en contra de los otros!

ANDRÉS

Por eso te persiguen en los pueblos  
á donde vas, y cuentan de tu vida  
escándalos y horrores.

DIMAS

Me persiguen  
porque no he respetado ni respeto  
el ridículo estorbo de una cerca  
que me corte el camino: hace unos días  
entré, con mis rebaños, en un campo  
del que llamáis Tomás el Rico: había  
toda la luna en la mitad del cielo  
y aquella claridad nos consagraba  
en el momento aquel: ¡qué hermosamente  
se derramó el rebaño por el campo  
haciendo suyo, haciendo de la tierra,  
todo el tesoro aquel aglomerado  
para el único goce de un estéril!  
Al masticar la yerba, hacían ruido  
de vida que se forma mis corderos;  
la claridad opaca les vestía  
de extraña majestad, y cuando bravos

con el reparo aquel, á una voz mía,  
abandonaran el lugar fecundo,  
andaban con tal ímpetu, los fuertes,  
que derribaron la ruinosa valla  
y el campo aquel, hasta aquel punto aislado,  
volvió á ser un pedazo de la tierra!  
Por esto me persiguen, porque vivo  
de esta manera nueva: ellos se encierran  
y construyen paredes que los hacen  
como muertos en nichos, inservibles  
hermano para hermano; yo derribo  
las paredes enormes y construyo  
caminos generosos que nos junten!  
Cuando, en medio de todos mis corderos,  
los veo hervir, bajo mis pies, quisiera  
dar un beso de paz á cada uno  
y decirles «partid» y que ellos fueran  
en todas direcciones y llevaran  
aquel beso de paz á cualquier sitio  
en donde un hombre alienta.

ANDRÉS

Según eso  
¿tú no eres enemigo de los hombres?

DIMAS

Yo los quisiera á todos ver felices,  
y creo que esto es ser feliz; que todos  
tengan un sitio igual bajo la copa  
del árbol generoso de la vida.  
Y cada cual podrá coger los frutos  
que necesite para sí!

ANDRÉS

Y entonces

cuando así fuera todo y tu creyeras  
que la felicidad ya era de todos  
yo todavía, Dimas, lloraría  
y vería las cosas con tristeza.

DIMAS

Yo digo: cada cual coja los frutos  
que necesite para sí: yo quiero  
que mis hermanos *puedan* ser dichosos;  
no digo *lo serán*; la propia dicha  
se la hace cada cual, si tiene fuerzas;  
Dispongamos la tierra de tal modo  
que la felicidad sólo dependa  
de nuestro propio esfuerzo: tú ¿por qué eres  
tan desgraciado, amigo?

ANDRÉS

Es muy posible  
que tú no lo comprendas. Soy de aquellos  
que ponen su alegría en el amor  
de una mujer.

DIMAS

Y me parece, amigo,  
que debe ser intensa una alegría  
fundada en el amor.

ANDRÉS

Pero estoy triste  
porque soy un vencido que no logro  
imponer mi cariño.

DIMAS

Si lo sientes  
con verdadera fuerza, amigo mío,  
lograrás imponerlo.

ANDRÉS

¿Y cómo quieres

que yo sienta con fuerza alguna cosa?  
¿Crées que no comprendo la cerrada  
trampa de lobo torpe en que vejeto?  
Si yo tuviera fuerza, si nosotros  
nos sintiéramos fuertes, estas cumbres  
serían un paseo de hombres libres  
comulgando en el sol cada mañana!  
Pero en nosotros el vivir es sólo  
hijo de cobardías; si hay triunfantes  
es porque hunden la planta en la derrota  
de los demás; si nuestro amor se impone  
es porque quiere una mujer cobarde  
darle acogida en su regazo débil;  
Si hay riquezas y fausto, es solamente,  
porque hay miseria y hambre: en nuestra vida  
no existe aisladamente la grandeza:  
nada se impone; nada triunfa; solo  
lo que es indiferente y no halla obstáculos  
parece victorioso: hay algún fuerte  
á condición de que ninguno ponga  
su fortaleza á prueba: ¿y tú imaginas  
que he de imponer mi amor? No, no tenemos  
nosotros más remedio que la muerte  
cuando llevamos dentro un sentimiento,  
como este mío, grande. A tí te sirven  
para vivir glorioso tus pasiones  
porque tienes dos brazos que las llevan  
por donde deben ir; yo soy la víctima  
de mis pasiones propias, bestias duras  
se ceban en mi mismo antes que nada,

y cuando son ya grandes y comienzan  
á imponerse, rugiendo á mis hermanos,  
es porque han devorado mis entrañas  
y asoman ya sangrientos los hocicos  
sobre la ruina de mi cuerpo muerto.

DIMAS

No: yo también he puesto mi alegría  
en el amor de una mujer y siento  
que mi existencia se ha llenado toda  
de doble claridad.

ANDRÉS

¡Ella es hermosa!

DIMAS

Los ojos claros como de agua pura,  
recogida en lo fresco de una gruta.

ANDRÉS

Cuando viene á la fuente con la herrada...

DIMAS

hace agradables todos estos sitios...

ANDRÉS

Es dulce acompañarla por las tardes...

DIMAS

hasta el rosal primero de su huerto...

ANDRÉS

y entregarle la herrada...

DIMAS

y contemplarla

por la postrera vez, guardando el alma  
iluminada del mirar aquel...

ANDRÉS

Y decirle...

DIMAS

Mañana, Magdalena!...

ANDRÉS (transición)

¿Magdalena, pastor? ¿Es Magdalena  
*mi* Magdalena? ¿Y tú la quieres? ¡Debe  
gozarse intensamente en tu cariño!  
¿Y he podido no verlo? ¿Y he podido  
oirte tanto rato, sin hallar  
temblores de traición en tus palabras!  
Lobo de nuestras sierras, asesino,  
ladrón de haciendas, cuervo de los débiles.  
¿Mi Magdalena tuya? Sí, no dudo  
que lo será, si vives; pero aguarda,  
aventador de lo que está podrido;  
hurón de cementerios, que pretendes  
resucitar los cuerpos de los muertos;  
has descendido aquí para traernos  
la vida y la salud: pues bien, los muertos  
se yerguen contra tí y alzan las manos  
y con los huesos secos te atenazan  
y te chupan la sangre y se reparten  
para beber tu corazón de lobo;  
yo contra tí quiero mover á todos,  
todos me ayudarán, y Magdalena,  
para mayor venganza, estará viendo  
toda la crueldad de tu agonía,  
para que pruebe el goce soberano  
de haber sido la causa de tu muerte.  
Dimas: me has hecho mal, tanto mal...

DIMAS

¡Hombre!

Hermano, amigo, ¿y qué sabía Dimas

de las desdichas tuyas? Dimas sufre cuando te ve sufrir; descansa, vive, ten confianza en tí; descansa, mírame. ¿No estoy tranquilo yo? ¿Me ha dado pena que amases tú á mi amor? Aún no han llegado los momentos del triunfo; aún no han llegado las horas de la muerte! Hoy nos debemos á este divino amor que está en nosotros como la llama en el tizón que arde; da pábulo á tu amor, como yo al mío, vendrá un momento en que la llama tuya alimente el hogar de Magdalena ó te convierta estéril en cenizas; de cualquier modo encontrarás reposo hoy por hoy; vive; vive cuanto puedas para poder morir al dar la hora! No me contestes; de tus pobres labios brotarían injurias que hacen sangre á Dimas el pastor: te dejo solo, ella vendrá: piensa en tu amor, no pienses en tus venganzas: tu mayor venganza será que tu amor triunfe del de Dimas.

(Sale, con cierta grandeza en que no debe haber afectación. En el mismo momento viene descompuesta del largo correr Magdalena, que viéndole salir, sigue corriendo á él y grita.....)

#### ESCENA V

DIMAS, MAGDALENA, ANDRÉS

MAGDALENA

Dimas, ¿á dónde vas?

DIMAS

Arriba! al Monte!

MAGDALENA

Hay hombres en lo oscuro del camino que se armaron ayer para matarte!

DIMAS

Y cuando me hallen les daré mi cuerpo.

MAGDALENA

No! Dimas! yo no quiero que te maten!

(Dimas corriendo á su encuentro sin poder contenerse.)

Magdalena!

(Salen Leandro, Hormiguillo y Una amiga alegre.)

#### ESCENA VI

(Andrés que poco á poco ha ido retirándose á la puerta de su casa, cae en brazos de su padre, sollozando.)

HORMIGUILLO (á una amiga)

Pues mira á mi pesar no sé reirme.

UNA AMIGA

Yo tengo que llorar á pesar mío!

(Suenan voces de Tomás el Rico.)

MAGDALENA (con gran sobresalto)

Vienen por tí te matarán: escóndete!

DIMAS

Ahora ya no, mi amor! ahora te juro que sabré defenderme de sus iras; ¿perder la vida yo, cuando mi vida se viste con la luz de tu cariño?

de las desdichas tuyas? Dimas sufre cuando te ve sufrir; descansa, vive, ten confianza en tí; descansa, mírame. ¿No estoy tranquilo yo? ¿Me ha dado pena que amases tú á mi amor? Aún no han llegado los momentos del triunfo; aún no han llegado las horas de la muerte! Hoy nos debemos á este divino amor que está en nosotros como la llama en el tizón que arde; da pábulo á tu amor, como yo al mío, vendrá un momento en que la llama tuya alimente el hogar de Magdalena ó te convierta estéril en cenizas; de cualquier modo encontrarás reposo hoy por hoy; vive; vive cuanto puedas para poder morir al dar la hora! No me contestes; de tus pobres labios brotarían injurias que hacen sangre á Dimas el pastor: te dejo solo, ella vendrá: piensa en tu amor, no pienses en tus venganzas: tu mayor venganza será que tu amor triunfe del de Dimas.

(Sale, con cierta grandeza en que no debe haber afectación. En el mismo momento viene descompuesta del largo correr Magdalena, que viéndole salir, sigue corriendo á él y grita.....)

#### ESCENA V

DIMAS, MAGDALENA, ANDRÉS

MAGDALENA

Dimas, ¿á dónde vas?

DIMAS

Arriba! al Monte!

MAGDALENA

Hay hombres en lo oscuro del camino que se armaron ayer para matarte!

DIMAS

Y cuando me hallen les daré mi cuerpo.

MAGDALENA

No! Dimas! yo no quiero que te maten!

(Dimas corriendo á su encuentro sin poder contenerse.)

Magdalena!

(Salen Leandro, Hormiguillo y Una amiga alegre.)

#### ESCENA VI

(Andrés que poco á poco ha ido retirándose á la puerta de su casa, cae en brazos de su padre, sollozando.)

HORMIGUILLO (á una amiga)

Pues mira á mi pesar no sé reirme.

UNA AMIGA

Yo tengo que llorar á pesar mío!

(Suenan voces de Tomás el Rico.)

MAGDALENA (con gran sobresalto)

Vienen por tí te matarán: escóndete!

DIMAS

Ahora ya no, mi amor! ahora te juro que sabré defenderme de sus iras; ¿perder la vida yo, cuando mi vida se viste con la luz de tu cariño?

HORMIGUILLO

Vienen! entra en la casa!

UNA AMIGA

Les diremos  
que no estabas aquí; pastor, escóndete!

DIMAS

No! Les direis que por la sierra arriba  
me ido en busca de luz; que allí me espera  
mi rebaño impaciente y la mullida  
yerba de las montañas donde duermo  
que han de subir allí para matarme;  
y que se guarden de que baje al llano  
nuevamente el pastor, porque del llano  
la única flor se llevará á sus montes!

MAGDALENA

¿Te vas?

DIMAS

Aun es preciso: si me encuentran  
quiero morir sin dar tristeza á nadie.

(Echa á andar camino arriba.) (Pausa larga.)  
(Viene el grupo de los que le persiguen á  
tiempo que el pastor desaparece.)

TOMÁS EL RICO

Dimas!

HORMIGUILLO

Mírale allí!

TOMÁS

Le habéis dejado  
escapar, maldición!

OTRO DEL GRUPO

Ya ¿quién le alcanza?

HORMIGUILLO

No os apureis! ya volverá el maldito.

TOMÁS

Y hasta entonces ¿qué hacemos?

MAGDALENA (á su padre, con cierto  
misterio ingenuo y natural.)

Aguardarle!

TELÓN RÁPIDO

## ACTO TERCERO

Últimas luces del crepúsculo. En una parte del escenario (la izquierda del espectador) se ve la casa rústica de Tomás el Rico; colocada casi en el camino de la Cartuja, cuya mole si es posible, se columbrará á lo lejos, en el telón de fondo.

A la otra parte de la escena, dependencias para los mozos de labranza.

La escena representa una especie de patio ó corral de la casa con una puerta de madera, abierta en la tapia que lo cerca por el fondo; la puerta estará abierta, al levantarse el telón, y el patio lleno de mozos de labranza que acarrean sacos de grano á los corrales.

Tomás el Rico dirige la faena, sentado en una mesa, al lado de la puerta del corral, tomando nota de los sacos, según indicaciones de Andrés que está á su lado, haciéndole luz con un candil

Está muy oscuro el escenario.

### ESCENA PRIMERA

TOMÁS EL RICO

Ea! muchachos!... apretad el hombro miraba mal el sol cuando empezásteis y me parece que os saldrá la luna...

ANDRÉS

Van los cincuenta!

TOMÁS

¿Cómo? ¿estás durmiendo?

cincuenta hace dos horas apuntamos ahora son ya los cien... Aguarda

(escribe.)

Ciento!

Mira! si queda alguno que lo suban hasta el granero nuevo. No me gustan los números en punta. Me parece que es más seguro hacer cuenta redonda. «Señor Tomás,—si usted pudiera un saco.»

«—Hijo, no puede ser, tengo cien justos y si los descabalo ya tu ves...—

¡Y fuera compromisos! Ciento cuatro son cuatro que se pierden; ciento siete son por lo menos ocho que se van siempre de dos en dos.—¡Cuenta redonda que se conserva bien; entera, dura, como un pilar de números de mármol!

ANDRÉS (á los mozos)

Lo dijo hace un momento: que subáis los tres que quedan al granero nuevo.

ANTONIO saliendo del grupo)

Se subirán mañana, hoy no tenemos necesidad de fatigarnos tanto porque se ha puesto el sol.

VOCES

Verdad.

TOMÁS

¿Qué dicen? ®

ANDRÉS

Que, puesto el sol, no vienen obligados á trabajar!

TOMÁS

Verdad! Y ea! no quiero  
que murmuréis de mí por poco espléndido.  
Consideraos libres desde ahora  
de toda obligación en favor mío;  
ni mañana, ni el sábado, ni nunca  
os volveréis á fatigar por mí!  
A la holganza, gandules!... y si el hambre  
os muerde las entrañas, á esplicarle  
vuestras hambres al sol que os hace libres!  
Largo de aquí, canalla!

ANTONIO

Y si mañana  
te amarillea el campo de sequia  
y se deshinchán tus graneros viejos  
y los maizales se te inclinan mochos  
sobre la tierra seca, ¡á echarte al campo  
y á menear los brazos y aguantarte  
por tí mismo la vida que se escapa!

TOMÁS

Largo de aquí!

ANTONIO

Prudencia! no comprendes  
que nos vamos de aquí porque queremos  
que somos más que tú?

TOMÁS

Largo!

ANTONIO

Hasta pronto.

Muchachos á vivir! Buen apetito  
y cena de esperanzas esta noche!

(Salen todos.)

(Andrés los vé salir melancólicamente.—  
Por algun rato se oyen en la noche sus gritos  
de amenaza y alegría.)

TOMÁS

Canallas holgazanes!—¿Y es posible  
que ese pastor me salga siempre al paso  
y yo no dé con él! Ira del cielo!  
Primero me destroza todo un campo;  
siembra después en estos sus locuras  
y me los arrebatá. ¿Y no habrá nadie  
que me defienda á mí? ¿Soy yo tan malo?

ANDRÉS

Malos debemos ser, no hay más remedio,  
cuando el triunfante es él y no es odioso.  
Procura no encontrarle; si le encuentras  
será mayor que nunca tu derrota.

TOMÁS

Como lo sabes tú?

ANDRÉS

Porque también  
me ha arrebatado á mi toda mi vida,  
y no he sabido, á mi pesar, matarle.

TOMÁS

Tu vida á tí?

ANDRÉS

Mi vida!

TOMÁS

Explica, cómo?

ANDRÉS

No, no jamás; ni una palabra basta  
deja, en silencio, al que no tiene nada  
que expresar en la tierra.

TOMÁS

Traidor, habla!

¿Qué ha podido arrancarte ese pastor que te aniquile así? No tienes tierras; no tienes huertos ni rebaños, eres pobre de todo, vives de tus manos, pero yo no soy lerdo; yo te he visto sonreír, cuando pone Magdalena tus platos en la mesa, al lado suyo; ó cuando limpia y bien cosida guarda, tu ropa en el arcón cada semana tu alimentabas en el alma sueños que yo dejé nacer, porque los sueños me estorban poco, son como las moscas que pueden molestarme hasta que salto y las aplasto de una manatada ¿y hoy no sonríes ya? ¿y hoy me aseguras que te arrebató toda tu alegría este pastor? Respóndeme: es preciso que me respondas: te lo ordeno: canta ¿cuando ha visto el pastor á Magdalena? ¿qué se dijeron? ¿donde, como pueden verse después?

(Sale Magdalena de la casa, con la herrada bajo el brazo; está muy pálida y triste.)

ESCENA III

TOMÁS (transición)

A donde vas Magdala?

MAGDALENA (pasando)

A la fuente, á por agua

TOMÁS

Es ya muy tarde.

MAGDALENA

Es más fresca también cuanto más tarde. Si queréis empezar, dejé la cena sobre la mesa; yo vuelvo enseguida. Entornad el portón, porque yo vuelvo enseguida.

TOMÁS (con intención)

No tardes que te aguardo con impaciencia.

MAGDALENA

No, no tardaré.

(Sale Magdalena.)

ESCENA IV

TOMÁS

Y ahora él la aguarda en la maldita fuente y viniendo los dos por el camino, se burlarán de mí; tu lo sabías, tu conocías esta historia negra y has callado, maldito: *hombre de coreho!* Arriba á prepararse, á la defensa! Vendrán aquí los dos! Estoy seguro: hasta la misma puerta de mi casa vendrá el lobo, husmeando mis ovejas. Gracias Señor! Que sea más oscura la noche todavía; que no salga ni una estrella tan solo; que no vuelvan á salir las estrellas en el cielo! Arriba, perro flaco, á la defensa.

ANDRÉS

Señor! Señor!

TOMÁS

Arriba ó el primero  
que muerde aquí la tierra eres tu mismo.  
(Pausa)

Estoy contento Andrés: tengo segura  
esta noche la presa; están mis venas  
hirviendo como pólvora; mis ojos  
son los perros de presa de mi cuerpo  
y saltan recreándose en la víctima.  
Caza soberbia á fé! La trampa ha sido  
mi propia casa, el cazador no teme;  
el cebo de la trampa es Magdalena  
mi propia hija: el cazador se arriesga  
A ver Andrés: (cojiéndola y mirándole)  
no tiembles, en tus ojos  
veo una calma grande; se diría  
que no miran ya nada ó que se clavan  
en un punto lejano, tan lejano  
como la noche y todavía más.  
Estás bien decidido?

ANDRÉS

*Decidido*

completamente.

TOMÁS

Nada te da miedo?

¿Todo lo intentarás *por tu cariño?*

ANDRÉS

Todo lo intentaré por mi cariño  
y mi reposo.

TOMÁS (irónico)

Bravo! Y si triunfamos,  
te casarás con Magdalena.

ANDRÉS (sereno)

Y dime

¿qué es triunfar para tí?

TOMÁS

Que demos muerte  
al pastor.

ANDRÉS

Ah! dar muerte! Vuestro triunfo  
es matar!... El pastor ayer decía  
que no hay victoria fuera de la vida!  
Loco ¿Verdad? ¿verdad extravagante?  
La victoria es morir y dar la muerte  
y aniquilarlo y acabarlo todo  
y poner fin á este luchar constante  
de un mundo hermoso que no llega á serlo!  
La muerte es nuestra salvación (sarcasmo.)

TOMÁS

Arriba!

á la defensa que vendrán ya pronto!

ANDRÉS

A la defensa que la muerte espera!

(Suben los dos. Andrés dando una última  
mirada al camino entorna la puerta.) (Escena  
sola unos instantes.)

ESCENA V

(Entra Magdalena entornando tras de sí la puerta. Va muy lenta y melancólicamente hacia el portón que hace un rato ha entornado Andrés.)

MAGDALENA

Y por tercera vez nadie en la fuente.  
Todo acabado. Para siempre lágrimas.

(Se abre violentamente la puerta del fondo, empujada por el pastor.)

ESCENA VI

DIMAS

Magdalena!

MAGDALENA (corriendo á él)

Mi amor!—Tres días hace que no he podido hablarte, cada día iba más tarde á la dichosa fuente porque pensaba, «el bajará de noche no se puede arriesgar durante el día,» y cada día me volvía sola, con el alma más negra que la noche desesperada, atormentándome!...

DIMAS

Y en este tiempo yo, mi Magdalena, con más fervor que nunca he procurado, traer el bien á la llanura; siempre me rodeaban gentes; les he hablado

de mi vida apacible, les he dicho que no me persiguieran explicándoles por qué vivía así; cada hombre ha sido para mí, como campo sin cultivo, donde he sembrado las semillas mías. Siempre me rodeaban! hubo algunos que prometieron imitarme; todos me contaban sus penas y el trabajo que les cuesta vivir... Yo mientras tanto pensaba en tí, quería abandonarles para venir á tí; pero decía «Esto también es acercarme á ella» no muevo yo los pies, ni doy un paso para llegar al lado suyo, pero las cosas y los hombres que me cercan quedan llenos de mí; todo este llano florece ya con mis ideas, suenan por todas estas fuentes mis palabras, ella vive en el centro de una vida que le alimento y le sostengo yo. Este es amor realizado en obras: este es abrazo que trasciende á todo! No bastan las palabras, las caricias quedan sin expresión, los besos duran pocos instantes; el amor reclama continuidad, correr no interrumpido! Es necesario hacer con el cariño, con las ideas, con los sentimientos, un hueco inmenso en medio de la vida y que descansa allí la mujer santa querida de nosotros: yo deseo tomarte, con mis brazos, y arrancarte

como una rosa del arbusto antiguo,  
para tenderte; amor de mis amores  
en el nido tejido por mi mismo  
con cosas propias, con palabras, obras  
acciones grandes y esperanzas mías!

MAGDALENA (atemorizada)

No grites! En la casa está mi padre  
y con mi padre Andrés, si nos oyeran  
eres muerto, mi amor: hablemos bajo  
tengo presentimientos y no veo  
luz en el cuarto donde estar debiera  
recogido mi padre.

DIMAS

No te asustes!  
escúchame con calma y no respondas  
sin comprenderme.—Vengo á hacerte mía  
Saldremos juntos de esta casa; el cielo  
y los tranquilos campos nos esperan;  
andarán por delante de nosotros,  
alfombrando de blanco la llanura,  
mis corderos, que encarnan mis ideas  
y las llevan dormidas en los ojos.  
Magdalena, ¿me sigues?

MAGDALENA

¿No es posible  
dejar de obrar así?

DIMAS

¿Tiemblas, Magdala?

MAGDALENA

Tiemblo como al principio de un camino  
que no conozco bien, cuando es de noche.  
¿Por qué obligarme ha responderte? ¿Piensas

que tengo voluntad? Tiende los brazos  
á la muerta de amor y sal con ella  
de este sepulcro, en que no vives tú,  
y hazla resucitar al lado tuyo  
mañana, ébria de sol, sobre los montes!  
¿Por qué no hacerlo así? ¿Por qué obligarme  
á que te escuche bien y te responda?

DIMAS

Porque no basta, amor con que yo quiera  
y tu consientas; porque yo no busco  
triunfar de tí, y hacerte mi despojo,  
sino triunfar contigo de la muerte  
y de la falsedad que te rodea.  
Porque tu has de querer, para que sea  
la vida de los dos vida fecunda.

MAGDALENA

Y dejaré á mi padre...

DIMAS

Y cuando quiera  
subir tu padre á tí, que estás más alta  
le tenderás con voluntad la mano.

MAGDALENA

Y dejaré mi casa...

DIMAS

Como un día  
dejarás esta casa de la tierra  
para habitar otra mejor.

MAGDALENA

Y sola

de noche...

DIMAS

Y con el hombre que te quiere

le harás don de tu amor grandiosamente  
como sola, de noche, ya le entregas  
todo tu noble amor de pensamiento!

MAGDALENA

¡Dimas!

DIMAS

¡Magdala! (Se abrazan.) (Ruidos en la casa.)

MAGDALENA

Escucha! han sorprendido  
nuestro hablar en la casa. ¡Dimas, vete!

DIMAS

¡No temas, Magdalena! Duermen todos  
en la casa cerrada!

MAGDALENA

No, no duermen;  
vienen en busca tuya, te persiguen.

DIMAS

Me persiguen; dormidos no les temas!

MAGDALENA

Márchate; bajan en tu busca.

(Al ver que se abre la puerta y antes de re-  
parar en Andrés.)

¡¡Auxilio!!

ESCENA VII

ANDRÉS

No temas, Magdalena: soy yo solo;  
yo arrepentido, yo vencido y muerto.  
Dejé á tu padre arriba que me envía  
á que os vea venir por el camino.

«Cuando vengan los dos, cierra tras ellos  
la puerta del corral y vuela al pueblo  
y que vengan las gentes á mi casa  
y que presencien mi venganza todos.»  
Estas son sus palabras. Yo te digo:  
ponte á salvo en el monte, Magdalena,  
y cumple tu destino. Yo me quedo  
tranquilo aquí; pastor, la llama viva  
está acabando de abrasarme el alma:  
reposaré dentro de pocas horas.

(Con intención.)

DIMAS

Abrázame al partir; comprende, hermano,  
que todo es grande y bello sobre el mundo;  
la vigorosa bestia de la vida  
necesita de carne en que cebarse  
y de carne triunfante que conduzca;  
tú y yo divinamente, exactamente,  
hemos amado á Magdalena, dime  
que no reniegas de tu amor muriendo.

ANDRÉS

No, pastor; no, Magdala: en este punto  
soy necesario; hago mi obra: sirvo  
para el logro de un triunfo, estoy contento.  
Partid, volad, hermanos, y mañana,  
cuando agrupada, á vuestros pies, la turba  
de los hombres felices que os imiten,  
sobre la tierra en flor echeis sonrisas,  
recordaréis al débil, que no siendo  
bueno para triunfar, para seguiros,  
se puso entre vosotros y los hombres  
que asesinan, y supo dar el pecho

y la sangre y la vida por salvaros!

DIMAS

No, Andrés; no, hermano: ¡nunca! No: tu muerte me horroriza. ¡Tal vez soy yo quien muere!

Próximo al logro de mis votos grandes, comienzo á vacilar; toda la tierra se hace oscura de nuevo, en torno mío.

La fuerza que vibraba en mis entrañas, llevándome seguro por la vida, parece rota; estoy abandonado sobre un abismo impenetrable; acaso subí más alto, que subir es lícito; no hay ley que ampare en estas obras grandes.

No sé por donde voy: la razón sola se pierde aquí, yo mismo me condeno, yo mismo me disculpo de tu muerte.

¿Qué hacer, Señor, flaquearán ahora los últimos esfuerzos?

ANDRÉS

No, pastor.

Caminas bien; obras y vives justamente.

Yo lo veo mejor, yo, que ya tengo sobre mi pobre frente, las primeras luces del gran misterio, que revela

todas las cosas de la vida; deja de pensar si es un mal, si es bien acaso lo que hacer te dispones: tu camino

está ya más allá del bien y el mal.

Lo que haces hoy debes hacerlo; es obra,

es obra tuya, es obra para todos;

es obra por sí misma, que los hombres

harán después buena ó nociva: tú

cúmplela hasta el final, y cuando mueras habrá una idea más en este mundo.

DIMAS

¿Y tú debes morir?

ANDRÉS

¡Y qué me importa!

MAGDALENA (cogiéndose á Dimas, pegando su cara al hombro.)

Tú no, Dimas; amor, tú no es posible que mueras; me lo dice claramente el corazón; salgamos, te acompaño: quiero vivir contigo una existencia de largas alegrías.

DIMAS

¡Sí, mi amor!

vuelvo á encontrar vibrando en tus palabras, como un hilo de luz sobre una fuente la fuerza ordenadora de mi vida. Flaqueó mi razón; tu sentimiento no ha sido desleal un solo instante.

ANDRÉS

Partid los dos, no me será difícil morir después que os alejéis: mi alma con vosotros se marcha: aquí no queda más que un montón de carne inútil.

DIMAS

Dame

los brazos al partir: tú, Magdalena abrázale también.

(Se abrazan.)

ANDRÉS

Y cuando alguno

os pregunte después, si á mí me matan  
«Por qué quise morir», y otro suponga  
que me dejé matar de despechado  
decidle, «no, murió porque sabía  
»que las ideas necesitan sangre  
»para extenderse y germinar; murió  
»para aplacar con su cadáver sólo  
»la sed de la justicia de los hombres  
»y hacer que no evitara el cumplimiento  
»de la Justicia Eterna!»

DIMAS

Y cada día  
cuando se ponga y cuando nazca el sol  
rezaremos los dos estas palabras  
que hacen santa tu muerte.

(Dimas y Magdalena salen lentamente por  
la puerta y se les ve perderse en la distancia.)

DIMAS

Adiós.

ANDRÉS

Adiós...

(Andrés las sigue con la vista desde la puer-  
ta: luego la cierra y tira fuera la llave.)

### ESCENA VIII

TOMÁS (desde dentro)

Andrés, ¿en dónde estás?

(Saliendo con una carabina vieja en la mano.)

Andrés: responde.

¿Dónde están?

ANDRÉS (señalando)

Míralos: juntos en medio  
de esta completa paz que los protege.

TOMÁS

¿Les has dejado huir?

ANDRÉS

Si se querían!

TOMÁS

Déjame: están aún cerca: ¡deja! ¡Suelta!

(Forcejeando en la puerta que no cede.)

¡Abre, traidor!

ANDRÉS

No puedo: está la llave  
en medio de esas hierbas.

TOMÁS

Y ellos huyen.

¡No les veo! ¡Malditos! Me han vencido!  
¿Y este furor? ¡Quiero morder, cebarme,  
destronar!

ANDRÉS (yendo á él)

¡Sí, destroza!

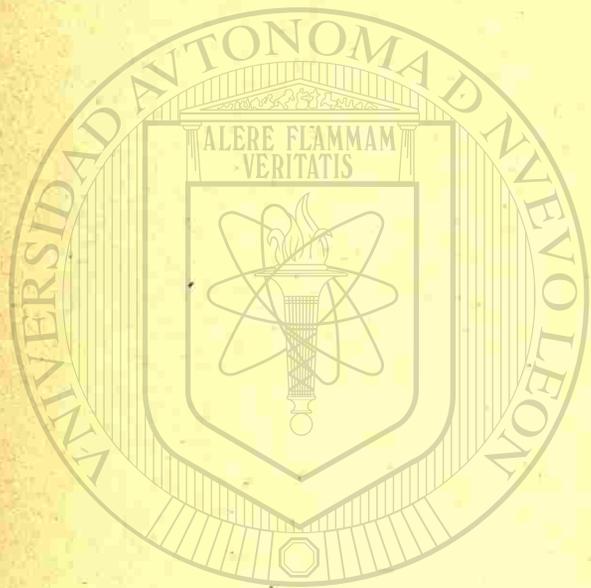
TOMÁS

¡Muere! ¡Muere!

que tengo sed y quiero beber sangre.

(En el momento en que tirando la carabina  
le echa las manos al cuello para matarle, cae  
rápidamente el telón.)

FIN DE LA OBRA



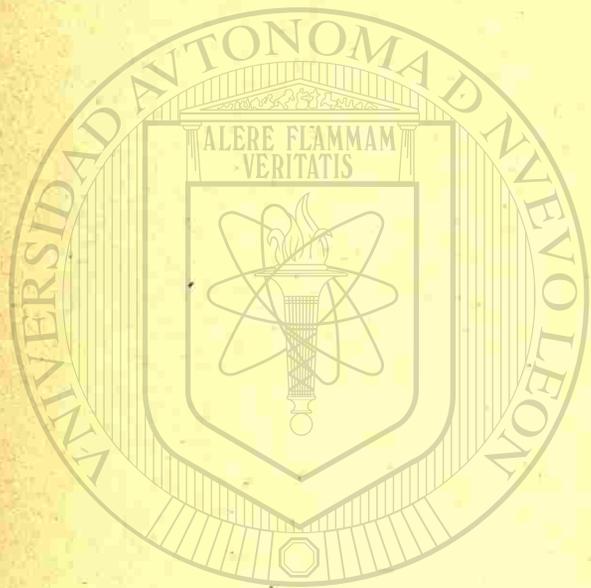
## EPÍLOGO

---

No quiero cerrar este libro sin dar las gracias á los señores Cristóbal de Castro, Federico Urales, Eduardo Bustillo, Eusebio Blasco y Joaquín Dicenta que juzgaron honesto y honrado apañar con las gotitas de bálsamo de sus críticas amables, los arañazos y heridas, que en mi pobre Dimas abrieron, con sus plumas aceradas, otros críticos.

No me he propuesto con esta obra resolver nada trascendental, ni quebrar moldes, ni reformar nada en nuestro Teatro. En primer lugar á mí lo único que me interesa es *mí* teatro y además no me creo con fuerzas para meterme á redentor.

Igualmente, pues, doy las gracias á cuantos señores críticos me atribuyeron tan descomunales intenciones y les aseguro, para su tranquilidad, y la del gran Durmiente, cuyo reposo guardan, que es-



## EPÍLOGO

---

No quiero cerrar este libro sin dar las gracias á los señores Cristóbal de Castro, Federico Urales, Eduardo Bustillo, Eusebio Blasco y Joaquín Dicenta que juzgaron honesto y honrado apañar con las gotitas de bálsamo de sus críticas amables, los arañazos y heridas, que en mi pobre Dimas abrieron, con sus plumas aceradas, otros críticos.

No me he propuesto con esta obra resolver nada trascendental, ni quebrar moldes, ni reformar nada en nuestro Teatro. En primer lugar á mí lo único que me interesa es *mí* teatro y además no me creo con fuerzas para meterme á redentor.

Igualmente, pues, doy las gracias á cuantos señores críticos me atribuyeron tan descomunales intenciones y les aseguro, para su tranquilidad, y la del gran Durmiente, cuyo reposo guardan, que es-

cribí mi obra con la más desarmada inocencia, sin intención ninguna maquiavélica, y que justamente en esa inocencia y en ese candor con que la hice, es en lo que me apoyo para darla hoy á la estampa.

Me parece que hay aquí algunas escenas llenas de fresca y dulce poesía; que la figura de Dimas dice algo de lo que nos dicen al oído *estos días* en que vivimos; que Andrés se queja con la tristeza de muchos compañeros degenerados, y que la generosa alma de Magdalena, inclinando gentilmente la herrada para consuelo de nuestras fiebres, será siempre símbolo de una amable y fortificadora esperanza para los que luchan.

Todas las amargas luchas y todas las pocas atentas indicaciones de los críticos, no han bastado á enfriar en mi alma la dulce y calorosa sinceridad conque concebí y desarrollé las pocas páginas que forman mi poema.

Es más: he olvidado tan por completo sus indicaciones que, corrigiendo en pruebas *EL PASTOR*, no he curado de atender ni seguir la más pequeña de ellas.

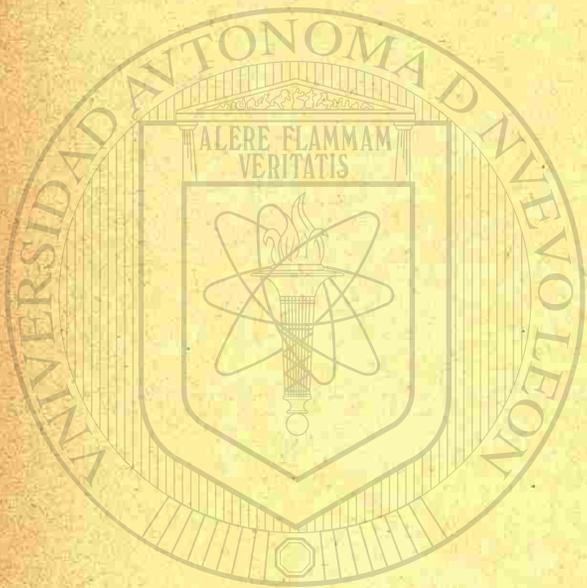
Me complazco en asegurarles que, si he echado en olvido las críticas he olvidado también el malestar punzante que me produjeron, y la animosidad viciosa que despertaron en mi espíritu, cuando las recorría con ojos anhelantes, á la mañana siguiente del estreno de *EL PASTOR*.

En cambio no olvidaré jamás los nombres de los amigos que estampo con todo agradecimiento al principio de este Epílogo; ni la buena voluntad de los actores que dieron valer y vida á mi obra, ni la gentil benevolencia del maestro Pérez Galdós, que con toda bondad, me fué un apoyo en las tormentas de bastidores.

Este dulce agradecimiento y la convicción de que toda lucha es en sí misma remuneradora; son lo único que ha dejado en mi alma el estreno de *EL PASTOR*.

Que no es bueno condenar desde luego, porque punzan, las rosas, que se abren fresca y rítmicamente, que adornan la luz y que tienen perfume.

*E. Marquina.*



LA MORISCA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## OBRAS DEL AUTOR

### VERSOS

ODAS (Agotado.)  
ÉGLOGAS.  
LAS VENDIMIAS (Poema geográfico.)  
ELEGÍAS (Segunda edición.)

VENDIMIÓN (Poema.)  
CANCIONES DEL MOMENTO.  
JUGLARÍAS.  
TIERRAS DE ESPAÑA.  
BREVÍARIO DE UN AÑO.

### TEATRO

EL PASTOR (Poema dramático.)  
BENVENUTO CELLINI (Biografía dramática.)  
LAS HIJAS DEL CID (Premio de la Real Academia Española.—Segunda edición.)  
DOÑA MARÍA LA BRAVA (Romancero dramático. — Tercera edición.)  
EN FLANDES SE HA PUESTO EL SOL (Premio de la Real Academia Española.—Cuarta edición.)  
LA ALCAIDESA DE PASTRANA (Primera parte de la trilogía *Teresa de Jesús*.—Segunda edición.)  
CUANDO FLOREZCAN LOS ROSALES (Comedia sentimental en tres actos, en prosa.)  
POR LOS PECADOS DEL REY (Drama en tres actos, en verso.)  
LA HIEDRA (Tragedia vulgar, en tres actos, en prosa.)  
EL RETABLO DE AGRELLANO (Drama religioso-fantástico, en verso.)  
UNA MUJER (Comedia sentimental en tres actos, en prosa.)  
LAS FLORES DE ARAGÓN (Comedia histórica, en verso.)  
EL GRAN CAPITÁN (Leyenda dramática de amor caballeresco, en verso.)  
TAPICES VIEJOS (Entremeses y pasos de comedia, en verso.)

### NOVELA

LAS ALMAS ANÓNIMAS.  
BESO DE ORO (Un tomo.)

LA CARAVANA (Un tomo.)

### TRADUCCIONES

LAS FLORES DEL MAL, de Ch. Baudelaire. (Segunda edición.)  
OBRAS COMPLETAS, de Guerra Junqueiro. (Cinco tomos.)  
LA ENEMIGA, de Dario Nicodemi. (Drama en tres actos, en prosa.)  
JESÚS QUE VUELVE, de Ángel Guimerá. (Drama en tres actos, en prosa.)

EDUARDO MARQUINA

# LA MORISCA

DRAMA LÍRICO

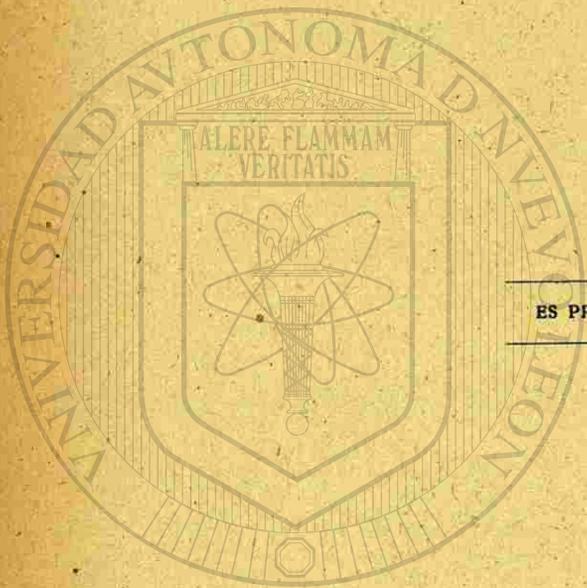


RENACIMIENTO

SAN MARCOS, 42  
MADRID

1918

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FUND. 1925 MONTERREY, MEXICO



ES PROPIEDAD

A NUESTROS MORISCOS  
EN EL PASADO, EN EL FUTURO,  
EN TIERRAS DE ESPAÑA  
ALLENDE EL MAR,  
RECOGIENDO EN TAZA DE BARRO  
LAS LÁGRIMAS  
DE SU QUEJA SECULAR,  
DOLORIDA Y SUMISA,  
ESTA CANCIÓN  
CONSAGRO Y DEDICO.

E. M.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Monte de Peña Roa, Septiembre 1914.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imp. de Ramona Velasco, Viuda de P. Pérez, Libertad 31.



## REPARTO

### PERSONAJES

### ACTORES

MARI-CRUZ, LA MORISCA.....	
MENCIA.....	
CAUTIVA 1. <sup>a</sup> .....	
CAUTIVA 2. <sup>a</sup> .....	
CAUTIVA 3. <sup>a</sup> .....	
DON ALONSO DE TORRE GOMARA.	
BEN AFAR.....	
EL VIGÍA.....	
OMAR.....	
ALIATAR.....	
EL VIEJO CAUTIVO.....	
BALLESTERO 1. <sup>o</sup> .....	
BALLESTERO 2. <sup>o</sup> .....	

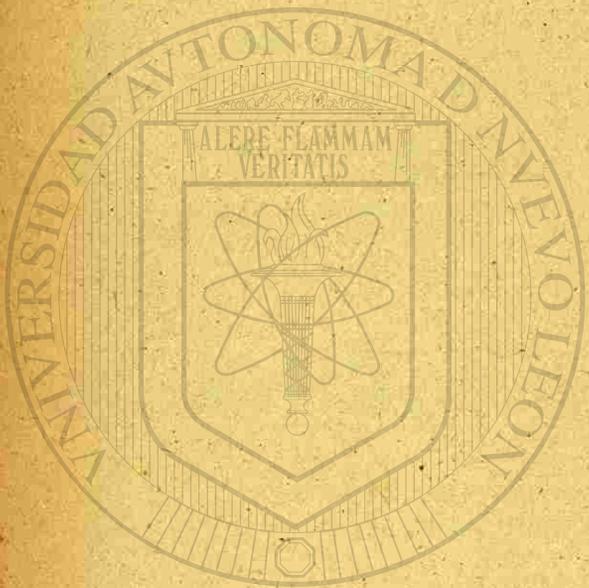
BALLESTEROS, PECHEROS, CAUTIVOS, CAUTIVAS, ETC.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La acción ocurre hacia el año 1490, antes de la rendición de Granada, y cuando ya empezaba a formarse entre las gentes la dolorosa aversión de raza, que cristalizó en la llamada «Expulsión de los moriscos».





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

## ACTO ÚNICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"EL PASO DE LOS REYES"  
Año de 1962

Patio cerrado o sala baja, en el castillo fronterizo de TORRE GOMARA.

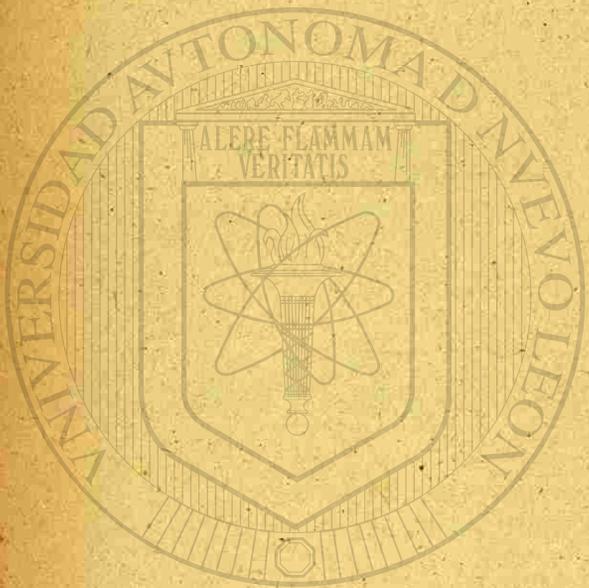
El ambiente entre guerrero y campesino, como era el de estas torres, destacadas de poblado y a los alcances de una vega feracísima convertida por los moros labradores en «tierra de promisión».

En el fondo, hacia la derecha, gran portalón abierto sobre el adarve o primer recinto almenado del castillo.

En el muro lateral de la izquierda, reja que deja ver unos peldaños mugrientos que descienden a los subterráneos o cisternas donde solía encerrarse a los cautivos.

Haciendo rincón con este muro y el del fondo, chimenea de hogar y campana. Pielés de carnero ante la chimenea, donde se tienden ballesteros y pecheros.

En el muro lateral de la derecha, dos puertas. Una pequeña, en segundo término, comunicando con la torre donde tiene su habitación MARI-CRUZ, LA MORISCA. Otra mayor, en primer término, dando paso al castillo propiamente dicho. A medio muro, entre ambas puertas, especie de ventanal o tragaluz enorme, correspondiente a una de las habitaciones superiores.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

## ACTO ÚNICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"EL PISO PEYES"  
Apto. 1625 - MONTEGOMER, MEXICO

Patio cerrado o sala baja, en el castillo fronterizo de TORRE GOMARA.

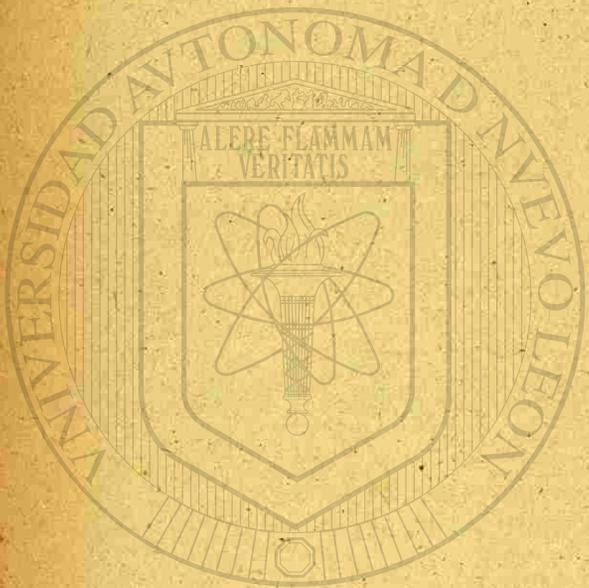
El ambiente entre guerrero y campesino, como era el de estas torres, destacadas de poblado y a los alcances de una vega feracísima convertida por los moros labradores en «tierra de promisión».

En el fondo, hacia la derecha, gran portalón abierto sobre el adarve o primer recinto almenado del castillo.

En el muro lateral de la izquierda, reja que deja ver unos peldaños mugrientos que descienden a los subterráneos o cisternas donde solía encerrarse a los cautivos.

Haciendo rincón con este muro y el del fondo, chimenea de hogar y campana. Pielés de carnero ante la chimenea, donde se tienden ballesteros y pecheros.

En el muro lateral de la derecha, dos puertas. Una pequeña, en segundo término, comunicando con la torre donde tiene su habitación MARI-CRUZ, LA MORISCA. Otra mayor, en primer término, dando paso al castillo propiamente dicho. A medio muro, entre ambas puertas, especie de ventanal o tragaluz enorme, correspondiente a una de las habitaciones superiores.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

## ACTO ÚNICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"EL PASO DE LOS REYES"  
Año 1962

Patio cerrado o sala baja, en el castillo fronterizo de TORRE GOMARA.

El ambiente entre guerrero y campesino, como era el de estas torres, destacadas de poblado y a los alcances de una vega feracísima convertida por los moros labradores en «tierra de promisión».

En el fondo, hacia la derecha, gran portalón abierto sobre el adarve o primer recinto almenado del castillo.

En el muro lateral de la izquierda, reja que deja ver unos peldaños mugrientos que descienden a los subterráneos o cisternas donde solía encerrarse a los cautivos.

Haciendo rincón con este muro y el del fondo, chimenea de hogar y campana. Pielés de carnero ante la chimenea, donde se tienden ballesteros y pecheros.

En el muro lateral de la derecha, dos puertas. Una pequeña, en segundo término, comunicando con la torre donde tiene su habitación MARI-CRUZ, LA MORISCA. Otra mayor, en primer término, dando paso al castillo propiamente dicho. A medio muro, entre ambas puertas, especie de ventanal o tragaluz enorme, correspondiente a una de las habitaciones superiores.

Habrá en la escena, hacia la derecha, pequeño estrado con mesa de nogal y bancos; sillón de cuero para el señor. Arcones, armarios, astillero para lanzas junto a la puerta y jarros y vasos sobre la mesa.

La cortina se levanta sobre un cielo de primeras horas de la tarde en otoño. En la lejanía suenan, apenas perceptibles, clarines y atambores. EL VIGÍA, apoyado en las almenas, escruta la vega desde los adarves. MENCÍA, nodriza que fue de DON ALONSO, hila su copo en un rincón de la sala.

VIGÍA

(Asomando por la puerta del fondo.)

 Vieja, la tala ha terminado!

 Nuestro señor regresa!

MENCÍA

 Dios sea loado!

Vigía,  hicieron presa?

VIGÍA

Verás, entre los corceles,  
asomar, a lo lejos,  
la nieve de los alquiceles

y un fulgor de turbantes bermejos:  
Torre Gomara cabalga detrás.  
Llega y verás.

(La vieja, curiosa, le sigue hasta las almenas, desde donde observar  la vega. En lo interior del castillo suena la voz de LA MORISCA, que desciende de la torre, abriendo la puertecita lateral.)

MORISCA

Pasando a la artesa  
los trigos del llano,  
le pongo al cristiano  
su pan en la mesa:  
morisca me soy,  
la cruz me dieron, lo que tengo doy.

(Mira hacia las almenas; ve al soldado y MENCÍA; llama.)

 Menc a!

MENCÍA

(Acudiendo.)

 Mari-Cruz!

MORISCA

 Llega el señor!  
He trepado al más alto mirador

y vi al señor que trae, viniendo,  
los estandartes desplegados  
y un son de clarines y un bélico estruendo  
de cascos y petos en cuero aforrados.

MENCÍA

¿Te da alegría?

MORISCA

¡Todo el aire se enciende, Mencía,  
cuando vuelve el señor!

(Abre un armario, coloca en un extremo de la mesa pan, jarro y un vaso, apercibiendo colación para el señor, cuyo sillón de cuero arrima al sitio preparado.)

MENCÍA

(Mientras ajetea LA MORISCA.)

Tu eres, Morisca, levadura en casa;  
desde que estás, prospera la masa;  
si a su bien mirara

y no a la sangre que tuviste un día,  
¡contigo, en los altares, casaría  
el señor de Torre Gomara!

MORISCA

¡Mofas, Mencía!

MENCÍA

¡En mi cruz cristiana, que lo digo a veras!

MORISCA

¡Soñaste!... ¡sería  
juntar con el viento paja de las eras!

CAUTIVO

(Llega su voz por la reja lateral;  
a los pocos momentos asoma en  
ella el medio busto del anciano,  
que tiende suplicante los descarnados brazos.)

¡Agua, en la sed!

MORISCA

(Impresionada.)

¡El cautivo!... ¿has oído?

MENCIA

El corazón dejóme transido.

CAUTIVO

¡Agua!

(LA MORISCA se decide a socorrerle; toma un jarro y un vaso.)

MENCIA

¿Vas a darle?

MORISCA

(Grave y serena.)

Como siempre, hermana;  
que negando el agua no fuera cristiana.

(Afuera un griterío sordo se hace por momentos atronador. LA MORISCA se apresura a dar agua al anciano. Se oye llegar por los adarves la tropa lamentable de los nuevos cautivos. Cuatro ballesteros penetran bruscamente en escena para abrir la mazmorra. Obligan a alejarse a LA MORISCA, que retrocede horrorizada del triste espectáculo que va a presenciar.)

BALLESTERO PRIMERO

¡Las mazmorras!

(Al viejo, empujándole con la ballesta y haciéndole hundirse.)

¡Aparta, y tus quejas  
se traguen estas rejas!

MUJERES CAUTIVAS

(Aproximándose entre el rumor de las turbas.)

¡Nos mataron al dueño que nos defendía;  
nuestros hijos ahogaron  
en la acequia, que turbia de sangre venía!

(Elegan a escena en pelotón, atadas con cuerdas y cadenas hasta seis mujeres cautivas; las siguen unos diez musulmanes apresados también.)

¡Todos nuestros rebaños apresaron!  
¡por el pan que partimos un día,  
rompe las cadenas con que nos ataron!

(Las mujeres cayeron a los pies de LA MORISCA; el grupo de los hombres apretado por las lanzas,

aguarda que abran la cueva; MEN-  
CÍA, curiosa, se reunió a las turbas  
en el recinto almenado.)

MORISCA

¡Nada puedo, mujeres, nada puedo!

CAUTIVA PRIMERA

¡Naciste en mis montes y en mi propio aduar!

CAUTIVA SEGUNDA

¡Sacudiste olivos, junto a mi viñedo!

TODAS

¡Somos de la familia de Almuzar!

MORISCA

(Reconociéndolas y crispando  
sus brazos de dolor.)

¡Mis gentes! ¡crueldad de mi destino,  
que vos trajo a morir en mi camino!

BALLESTERO PRIMERO

(Brutalizando a las cautivas y ha-  
ciéndolas caer una tras otra en la  
mazmorra.)

¡A las mazmorras!...

MORISCA

¡Espera, cristiano!

¡sabré de mis padres!

BALLESTERO PRIMERO

¡Lo manda el señor!

MORISCA

¡Si el señor llegara, besando su mano,  
caridad tendría para mi dolor!

(A un anciano casi centenario,  
que con otros tres conducen los  
Ballesteros a la cueva.)

¡Tú eres Omar, el de la barba blanca!...

OMAR

(Grave; mirándola y reconocién-  
dola.)

Mi nuera te crió.

MORISCA

Me devolviste a casa, de tu mula en el anca...  
¿y mi padre?

OMAR

(Dejando una pausa.)

¡Murió!

(LA MORISCA solloza; los cuatro primeros cautivos desaparecieron en la cueva; pasan cuatro más.)

MORISCA

(A uno de ellos, el más joven.)

Tus dos primos, que son mis hermanos,  
¿dónde están Aliatar?

(ALIATAR se detiene para responder.)

ALIATAR

En torre de Yllora los guardan cristianos,  
como aquí me vais a guardar.

(Desaparecen también éstos; quedan dos cautivos que por su pie

se dirigen a la cueva; uno de ellos coge el brazo con que LA MORISCA ocultaba su rostro sollozando, y dice.)

AFAR

¿Me conocen tus ojos, aunque el llanto los vela?

(LA MORISCA le mira; una gravedad casi trágica sucede a la emoción tiernísima de antes; LA MORISCA dice mirándole.)

MORISCA

Afar, Ben Afar, nieto de Almuzar.

AFAR

Y tú Zulima, llamada Gacela,  
de la casa de Hasan, en las lomas de Ajar.  
Una mañana nacía la aurora  
en tus ojos, para mí:  
¿dónde está la luz de aquel día?

MORISCA

de verte aquí!

¡Llora,

AFAR

¡Malhaya el día, Morisca perjura,  
que empezó mi pasión!  
¡ya eres loba, entorno de mi sepultura!

MORISCA

No ves en mi corazón.

AFAR

De tu corazón un sepulcro hicieron  
y en él te pusieron  
la cruz de los muertos sobre mi pasión.

MORISCA

¡Mi corazón, por la cruz en quien vivo,  
sabrás tenerte caridad, cautivo!

BALLESTERO PRIMERO

(Sobreviniendo y empujando a  
BEN AFAR.)

¿A qué te tardas? ¡toda charla es vana  
si eres cautivo, tú; y ella, cristiana!

AFAR

¿Zulima cristiana?

(Mostrando sus manos.)

¡y entre estos zarzales  
el vellón aun queda del primer amor!  
¡coge todo el fruto de los almendrales  
quien coge la flor!

BALLESTERO SEGUNDO

¡Dáale priesa!

BALLESTERO PRIMERO

(Volviendo a empujarle.)

¡Correl!

AFAR

(De un salto, sin que puedan de-  
tenerle, se apodera de las llaves de  
la cisterna y las arroja a los pies de  
LA MORISCA, diciendo.)

¡Para ti, Zulimia!

¡quiero que tú misma nos cierres la sima!

¡sabrán a miel mis dolores  
si soy, por tus manos, cautivo de amores!

(Le empujan los soldados y desaparece. LA MORISCA, tomando las llaves con un supremo esfuerzo se acerca paso a paso a la mazmorra; tiene que afianzarse en los hierros para no caer. Hay un movimiento entre las gentes de la almena; se oye la voz de EL VIGÍA.)

VIGÍA

¡Gomara por Don Alonso!  
¡paso al señor!

LAS TURBAS Y LOS BALLESTEROS

¡Gomara por Don Alonso!  
¡paso al señor!

(LA MORISCA, volviendo en sí, escucha: por el fondo, entre las gentes de su casa, viene el señor. Llegando a la puerta, como buscando a LA MORISCA, grita:)

DON ALONSO

¡Mari-Cruz!

(La ve junto a la reja de los cautivos y despechado concluye:)

Dios te guarde.

MORISCA

(Con un estremecimiento; cerrando la reja.)

¡Dios guarde a mi señor!

DON ALONSO

(Vuelto a las turbas que obedecen su voz.)

¡Huelguen las gentes de mi casa!

(Queda desierto el adarve; DON ALONSO se quita el casco y la espada; LA MORISCA hace ademán de tomarlos; DON ALONSO, mirándola grave, dice:)

Tarde:

¡sirve a los cautivos, que pagan mejor!

(Entrega el casco a MENCIA y dice al entregarle la espada.)

¡Mal que a nadie interesa,  
desde hoy veré doblados  
mi hacienda y mis establos de ganados:

llamarás a mi gente, para que en la mesa  
me acompañen pecheros y criados!

(MENCIA, dejando en un banco, junto al astillero, el casco y la espada, sale por las almenas a cumplir las órdenes de su señor. Malhumorado apartó DON ALONSO su sillón de cuero sentándose de espaldas a la colación que preparó LA MORISCA. Ésta, al quedar solos, confiando en la generosidad de su señor, cae a sus pies.)

MORISCA

En tanto tiempo como te he servido,  
nada te he pedido;  
pero éstos, que hoy cayeron  
en tu poder, señor,  
de niña, en sus rodillas me tuvieron;  
si por ellos no te rogara,  
no fuera digna de Torre Gomara:  
¡perdónales, señor!

DON ALONSO

¡Te vende el corazón!

MORISCA

¡Yo besaré con mis labios tu planta!

DON ALONSO

¡Tus labios te hacen traición!

MORISCA

¡Son mis hermanos!, ¡míos!

DON ALONSO

(Obligándola y ayudándola a ponerse en pie.)

¡Levanta!

Tu lengua finge, musulmaná;  
pero tu corazón no me puede engañar  
¡yo sé que no naciste hermana  
de Afar, Ben Afar!

MORISCA

Señor!

DON ALONSO

¡Yo sé que de sus cuellos  
mi cuchilla apartas, para serle fiel!  
¡yo sé que al rogarme por ellos,  
me ruegas por él!

MORISCA

¡Nuestros amores los traga el olvido!  
 ¡nuestra sangre es más nuestra en el dolor!  
 ¡por los que son sangre mía te pido:  
 perdónales señor!

DON ALONSO

¡Tu corazón podía  
 decir que me engañaba  
 y evitarme el dolor de este día;  
 ¡porque tu corazón sabe que yo te amaba!

MORISCA

¡Testigo Dios, que jamás te he mentido!

DON ALONSO

¿Y Afar, Ben Afar?

MORISCA

¡Nuestros amores los traga el olvido  
 y la cruz que plantaste sobre mi pecho herido  
 me da una miel que te sabré pagar!

Guardé tu hacienda, que más no sabía;  
 sequé fruta en la paja de tus llares;  
 cocí alfarería  
 para tus vasares;  
 tejí el esparto que en tu huerta  
 crece por los caminos;  
 hilé, a tu puerta,  
 la lana de tus merinos;  
 morisca me soy,  
 poco tenía, lo que tengo doy.

DON ALONSO

Y yo, al verte, dejé sin rastrillo  
 mi torre cristiana;  
 te di la rueca en que hilaba mi hermana,  
 te abrí mi castillo  
 como si fueras la castellana...  
 Y hoy, haciendo la vía  
 gozoso de llegar  
 porque llegando te vería,  
 ¡clavé mi caballo, para no escuchar  
 que de tus amores escándalo hacía  
 la boca de Afar, Ben Afar!

MORISCA

¡Por él mismo, señor, abre tu mano!  
 La nube que trae el granizo

que maltrata la mies y el panizo  
de tu cosecha tierna,  
¡no la quieras guardar en tu cisterna!  
¡Por míos, las mujeres, los niños y los viejos  
salgan de aquí!... Y él salga; para que vaya lejos.  
¡No mirarán mis ojos a dónde va, cristiano!  
¡ténles piedad, señor! ¡abre tu mano!

DON ALONSO

¡No sé olvidar; no soy de tu raza!  
Lejos Ben Afar, en ti le hallaría;  
tu boca, callando, su nombre diría;  
comería su trigo en mi hogaza.  
Si agrió mi vino, en el cazo de barro,  
le doy suelta y que inunde el camino;  
¡pero aplasto, en las piedras, el jarro  
que guardaría el regusto del vino!...  
¡Quebró mi fe; nunca más la tendría,  
y en Dios y en mi alma que mi amor ha muerto!

MORISCA

¡Piedad!

DON ALONSO

¡Basta, Moriscal ¡todavía

no cojo flores en ajeno huerto!

(Arrojándole las llaves de la mazmorra.)

¡Abre tú misma sus puertas!... ¡no llores!  
¡no pasarán a más mis atropellos!  
¡tórnate a Ben Afar con tus amores!  
¡salgan los cautivos y véte con ellos!

MORISCA

¡Y tú, señor?...

(Cerca de las almenas suena la voz de los pecheros convocados por MENCÍA que vienen a celebrar la victoria del señor.)

LOS PECHEROS.

¡Gomara, alegría!

DON ALONSO

(Como si le confortara y consolara el grito nativo de la gente de su raza.)

¡Yo tengo a mis pecheros!  
Son adustos y fieros

y no saben de amor... ¡en mi torre sombría  
más quiero un encierro  
de piedra y de hierro,  
que no de falsía!

(Llega al adarve el tropel de los  
pecheros castellanos; gente zafia y  
ruin; algunos con armas de solda-  
dos; otros con los distintivos de su  
oficio: taneros, curtidores, herreros,  
armeros, torneros, pastores, labra-  
dores y otros.)

LOS PECHEROS

¡Gomara, victorial! ¡Gomara, alegríal!

DON ALONSO

(Saliendo hasta el adarve a reci-  
birles.)

¡Salud, escuderos, armeros, herreros!

LOS PECHEROS

¡Gomara, alegríal!  
¡corra el vino, destripen los cueros!

DON ALONSO

¡A ver si en mi mesa

festejando la presa,  
saben embriagarse mis pecheros!

LOS PECHEROS

¡Peores caminos no tenga la huesal  
¿fué grande la tala? ¿fué mucha la presa?

DON ALONSO

Para los cautivos que en ella tenemos  
se basta mi cueva con harto trabajo;  
¡mandé que la abrieran y mientras cenemos,  
echarán las sobras almenas abajol

LOS PECHEROS

¡Por el camino de cabras y chivos,  
almenas abajo, caerán los cautivos!  
¡já, já, já, já!¡y alguna cautiva, que quede en el suelo,  
prendida en las zarzas la punta del velo,  
medrada estará!  
¡já, já, já, já!

DON ALONSO

¡Pasad, escuderos, armeros, herreros!

## LOS PECHEROS

(Invadiendo la sala.)

¡Gomara, alegría!

## DON ALONSO

(Conduciéndoles hasta el estrado: LA MORISCA, como una almaña acosada ha retrocedido hasta pegarse al muro, oculta en un rincón.)

¡Seguidme, pecheros!

## LOS PECHEROS

(Rodeándole.)

¡Gomara, victoria!

Nuestro señor en un día de gloria,  
nos llena los vasos del vino mejor...

¡Pule, tornero!

¡Bruño, espadero!

La copa...

El acero...

¡La copa, el acero de nuestro señor!

## DON ALONSO

(En el estrado, dominando a los pecheros que le rodean y llenando su vaso en el jarro de vino.)

¡En el umbral, el vaso primero!  
¡Por la cruz de mi gente castellana!  
¡por mi Gomara y por su fe cristiana!  
¡por mi estandarte en la ventisca  
siempre avanzando, sin mirar atrás!

(Con intención que no pueden comprender sus pecheros y que le cuesta un esfuerzo heroico, como si se arrancara el corazón.)

¡y porque mis hijos no tengan jamás  
ni sangre judía, ni sangre moriscal

(Apura el vaso y desciende del estrado.)

## LOS PECHEROS

¡Por la cruz de la gente cristiana!

DON ALONSO

(Abre por su mano las puertas de la lateral y dice, dando paso a sus hombres.)

¡La mesa han puesto para cuatro días:  
pecheros, compartid mis alegrías!

(Los pecheros van desapareciendo por la escala del castillo, de la que caen sobre la escena torrentes de luz.)

LOS PECHEROS

(Mientras se alejan.)

¡Pule, tornero!  
¡Bruñe, escudero!  
¡La copa, el acero de nuestro señor!

(Pasa el último; temerosa, tras él, avanza LA MORISCA dispuesta a seguir a DON ALONSO; éste la detiene apartándola de sí.)

DON ALONSO

¡No hay paso!

MORISCA

¿Me castigas?...

DON ALONSO

En sus patrios olivos,  
pude segar con mi espada sus cuellos;  
pero da libertad a los cautivos.

MORISCA

¡Así, jamás!

DON ALONSO

¡Lo mando! ¡Sal con ellos!

(El gesto de su señor la clava en su sitio; DON ALONSO sale de escena por la lateral, siguiendo a sus pecheros.)

## LOS PECHEROS

(Suena el estribillo muy lejano,  
en alto, casi como un eco.)

¡Pule, tornero!  
¡Bruñe, espadero!  
¡La copa, el acero de nuestro señor!

(LA MORISCA ha quedado en  
actitud de supremo abandono y do-  
lor; pensativa murmura.)

## MORISCA

¡Casa de barro tenía,  
—morisca me soy—  
hice labor de alfarería!...  
En mis propias llamas el barro cocía  
y era tanto el fuego, que no vi hasta hoy  
que mi casa en las llamas crujía...  
En mal hora vinisteis,  
mis gentes agarenas;  
que, del viento fatal que movisteis  
al pasar las almenas,  
helóseme el barro, partióse la masa  
y os lleváis los pedazos de mi casal!...  
Sola me estoy

cuando más confiada vivía;  
¡morisca me soy,  
hice labor de alfarería!...

(Suavísima y tierna la queja de  
las cautivas se exhala del fondo de  
la cueva, como un vaho de dolor.)

## MUJERES CAUTIVAS

¡Nuestros hijos ahogaron  
en la acequia, que turbia de sangre venía!  
¡nuestros rebaños apresaron!  
Zulima, Gacela, la hermana de un día,  
rompe las cadenas con que nos ataron!...

(Tres de las cautivas llegan hasta  
la reja, tendiendo las manos supli-  
cantes al decir el último verso.)

## MORISCA

(Emocionada y resuelta.)

¡Sí, vos oigo y os libro: Dios lo quiso!  
¡bebed, en mi dolor, vuestra alegría!

## LAS TRES CAUTIVAS

(Mientras LA MORISCA abre la reja.)

Como nos abres esta celosía,  
¡que Aláh te abra, Zulima, el Paraíso!

MORISCA

(Con infinita piedad, en íntimo consorcio familiar con las tres buenas mujeres.)

¿Volveríais a vuestros hogares?  
¿seríais felices,  
tornando a cavar las raíces  
de los olivos tutelares?...

## LAS TRES CAUTIVAS

¡No burles, Zulima, de nuestro dolor!

MORISCA

Las cuerdas os vengo a quitar,  
volved a las lomas de Aijar:  
¡sois libres; lo manda el señor!

## LAS TRES CAUTIVAS

¡Mi corazón como recién nacido,  
llorando, vuelve a palpitar!

MORISCA

¿Dejasteis amores en vuestro adüar?

CAUTIVA PRIMERA

De mis viejos me había despedido...

MORISCA

Los volverás a abrazar.

CAUTIVA SEGUNDA

La ceniza en mis llares, el viento ha esparcido...

MORISCA

La volverás a juntar.

## CAUTIVA TERCERA

De mi techal colgaba un nido...

MORISCA

¡Verás los polluelos volar!

## LAS TRES CAUTIVAS

Si no nos engañas, la hermana de un día,  
Zulima, Gacela ¡bendígate Aláh!

MORISCA

¡Bebed, en mi dolor, vuestra alegría!  
su bendición será.

Llamad a los vuestros, que son mis hermanos;  
aliviad su dolor;

¡decidles que, por mis manos,  
se aviene a libertaros mi señor!

(En un revuelo de alquiceles blancos, las cautivas se dirigen a la reja; la abren de par en par y gritan.)

## LAS TRES CAUTIVAS

¡Side Omar, hermano Aliatar!...  
¡venid!... ¡Somos libres; no piden rescate!...

(Como un alarido, surge del fondo de la caverna el grito de libertad de los cautivos restantes.)

## CAUTIVOS

(Hombres y mujeres.)

¡Libres! ¡libres!... ¡el sol vuelve a andar!

(Las tres cautivas corren otra vez al lado de LA MORISCA que, rígida, apoyada contra el muro, procuraba dominar sus encontradas emociones; la rodean.)

## CAUTIVA PRIMERA

(Abrazando a LA MORISCA y besándole las manos; las otras dos la imitan.)

De mi casa, en las lomas de Aijar,  
tengo en la azotea, sobre el arriate,  
albahacas floridas:

¡Tantos besos te pongo en las manos  
cuantas son, en sus tallos enanos,  
las hojas nacidas!

TODAS

¡Tantos besos te pongo en las manos  
cuantas son, en sus tallos enanos,  
las hojas nacidas!

Y rodeada de las tres que le tienen cogidas las bienhechoras manos, encuentran a ZULIMA, al salir, BEN AFAR y el resto de los cautivos.)

AFAR

(Se adelanta, grave; las tres cautivas se apartan de LA MORISCA que aguarda las palabras de AFAR; hombres y mujeres formarán un grupo al fondo, siguiendo con interés creciente la escena que va a desarrollarse.)

¡Dios bendiga al cristiano,  
si acaba el cautiverio para los dos!

Pero si el castellano  
me aparta de Zulima, guardándola en su mano,  
¡maldígale Dios!

MORISCA

Afar: la malicia de tu lengua avara  
se anticipa al dolor;  
Ben Afar, yo os sigo...

(Entre sollozos.)

¡quiere mi señor  
que también yo salga de Torre Gomara!

AFAR

(Dirigiéndose a sus hermanos de raza, con imprecación de sarcasmo:)

¡Esta es la alegría  
con que vuelve a la casa de sus padres!...

(A LA MORISCA.)

¡No llores!

¡el corazón que fué traidor a sus amores,  
no llora, publicando que mentía!

MORISCA

¡El corazón no es la labor de un día!  
¡Lo forjan de la vida en la herrería!

y cada golpe le cambia el sentido!  
¡mi corazón no acabó todavía!  
¡y ha sido procurar vuestra alegría  
la saeta postrera que le ha herido!

AFAR

¡Yo no soy buitre, que busca en el llano  
la carne muerta para su ración!  
¡No nos sigas, Zulimal! ¡es en vano,  
si dejas, a la puerta del cristiano,  
colgado el corazón!

(LA MORISCA, en tanto, llegó  
hasta la puertecita lateral de la to-  
rre; la ha abierto; quitó de ella una  
cruz de palma bendita, la besa, y  
ocultándola en su pecho, dice.)

MORISCA

¡Por la cruz que le ha dado a mi pasión,  
Dios bendiga al cristiano!

(Se dispone a salir, reuniéndose  
a los cautivos: AFAR la detiene  
con el gesto; con la voz se impo-  
ne a los demás.)

AFAR

¡Detened el paso!...

(A LA MORISCA.)

Tú nos has traído  
la libertad que yo no te pedi:  
¡yo, sin tomar venganza de tu olvido,  
no salgo de aquí!

CAUTIVOS Y CAUTIVAS

(Avanzando para aconsejarle.)

¡Al sol de las lomas de Aijar  
retoñarán vuestros amores!...

AFAR

(Rechazándoles.)

¡Las raíces quemadas no dan flores!

MORISCA

(Heroica; afrontándole.)

¿Qué intentas, Ben Afar?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1946. 1823 MONTERREY, MEXICO

## AFAR

Confiado el guerrero en la orgía,  
 los ojos en sueño, los brazos caídos,  
 ¡no ve relucir la gumía!  
 ¡Side Omar, hermano Aliatar,  
 venidme a la vera, los tres reunidos,  
 aun podemos morir!... ¡aun podemos matar!

## CAUTIVOS Y CAUTIVAS

(Como antes.)

La libertad que te han dado  
 ¿pagarás con la muerte, cuitado?

## AFAR

(Empuñando un corto alfanje  
 que traía oculto en el pecho.)

¡Muerte por muerte, herida por herida!  
 ¡no hay cuartel, en la lucha emprendida:  
 me da la libertad: yo me tomo su vida!

(Algunos cautivos, imitando el  
 gesto de AFAR y armándose tam-

bién con las lanzas que habrá en  
 el astillero, se agrupan a su lado  
 decididos; movimiento de estupor  
 en los demás.)

## LOS QUE SIGUEN A AFAR

¡No hay cuartel, en la lucha emprendida!

## MORISCA

(Erguida ante todos, amena-  
 zante.)

¡Temblad; vuestros aceros  
 la cota encontrarán de sus pecheros!

(Descompuesta, llega de lo inte-  
 rior la letra báquica que oye BEN  
 AFAR, reteniendo hasta el respiro  
 para escucharla.)

## LOS PECHEROS

¡Pule, tornero!  
 ¡Bruñe, espadero!  
 ¡La copa, el acero de nuestro señor!

AFAR

(Radiante, a LA MORISCA.)

¡Tu señor ya no tiene soldados!  
 ¡por la grasa y el vino cebados,  
 tú verás como nadie le socorrel  
 ¡Llévanos, Zulima, donde está la mesa  
 y cayendo sobre él, por sorpresa,  
 morirá tu señor en la torrel

MORISCA

(Procurando desasirse de la mano  
 con que la sujeta BEN AFAR.)

¡Por Aláh, os conjuro!

AFAR

¡Llévanos a su mesal

MORISCA

¡Mi señor se salvel

AFAR

¡Morirá por sorpresa!

TODOS

¡Tú verás como nadie le socorrel

MORISCA

(Que logró desasirse, saltando  
 hacia la puerta y cerrando el paso  
 a los que intentan avanzar.)

¡Te engañas, Ben Afar;  
 que del pan que he comido en su mesa,  
 no me quiero olvidar!

(Entreabre la puerta, y con un  
 grito supremo y desgarrador ex-  
 clama.)

¡Torre Gomara, alarmal

VOCES DE BALLESTEROS

(Dentro.)

¡Alarmal ¡alarmal

MORISCA

(Triunfante a BEN AFAR.)

¡Si das un paso, mueres!

AFAR

(Retrocediendo.)

¡Dios maldiga tu estrella!

LOS QUE SIGUEN A AFAR

¡No cejes, Ben Afar!

AFAR

(Dispuesto a seguir.)

¡Pasaremos sobre ella!

(Se abre en alto el ventanal; se agolpan a él unos pecheros; se les oye gritar, dejando la sala desierta.)

PECHEROS Y BALLESTEROS

¡Alarma! ¡alarma!

CAUTIVAS Y CAUTIVOS

(Poniéndose a salvo y obligando a BEN AFAR a seguirles por fuerza.)

¡Huyamos!

AFAR

(Desde las almenas donde le arrastraron los suyos, volviendo la cara y amenazando.)

¡Volveremos!

(Ve a LA MORISCA, que les sigue paso a paso, como si se dejara el corazón, andando; coge un puñado de tierra y se lo arroja al rostro, gritando.)

¡¡no nos sigas, que no te conocemos!!...

(Los cautivos se retiran; LA MORISCA, recibiendo la ofensa y las piedras que le hieren el rostro, se detiene vacilante; se apoya en el quicio de la puerta, los brazos caídos, como una imagen de la desolación.)

MORISCA

¡Sola y sin ventural  
¡no soy de Castilla, no soy de Granada!  
¡no tengo otra tierra que la mal cavada  
de mi sepultura!...

(La alarma cundió en el castillo; llegan ballesteros a las almenas por el lado opuesto al que tomaron los moros, saliendo; se abre la lateral derecha y entra en escena DON ALONSO, seguido de pecheros y lanzas.)

DON ALONSO

(Detiene a su gente sin dejarles entrar; ve a LA MORISCA que se dispone a andar de nuevo y la interroga.)

¿Quién gritó?

MORISCA

(Sonriendo entre sus lágrimas; con trágica mansedumbre hasta el final.)

¡Los cautivos!... Ya salieron.

DON ALONSO

¿No les seguiste tú?

MORISCA

No me quisieron.

DON ALONSO

(Emocionado, vacilando.)

¡Para en mi torre, hasta romper el día!

MORISCA

¡Quebró tu fe; no basta la mía;  
sin la fe del dueño, mala sierva haría!

(Y empieza a andar, saliendo al recinto almenado, después de besar las piedras del muro.)

DON ALONSO

¿Dónde vas?

MORISCA

(Sola en la noche, apoyándose un instante en las almenas y desapareciendo luego.)

Donde mande el destino:  
¡ya pediré mi pan por el camino!

(Salió. Un enorme silencio en escena; el señor da unos pasos; silba afuera el aire; el señor dice a MENCÍA.)

DON ALONSO

Prende el hogar... la noche será fría...

MENCÍA

(Obedeciendo.)

¡La quería el cuitado, la quería!...

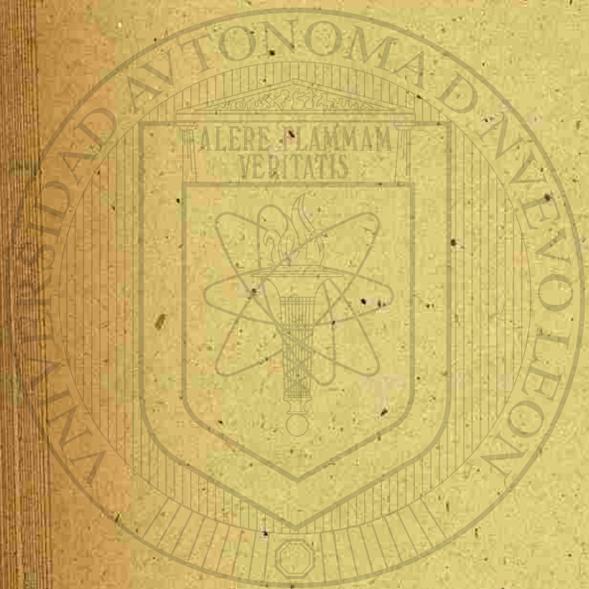
MORISCA

(Su voz dolorida, alejándose.)

Morisca me soy,  
dolor me dieron, lo que tengo doy...

(El señor se sentó ante el hogar; algunos pecheros se tienden sobre las pieles; prende la llama; el señor deja caer contra el pecho su cabeza; silba el aire de otoño... Lentísimamente, sobre este cuadro, cae el telón.)

FIN



U A N L

**UNA MUJER**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# UNA MUJER

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

EDUARDO MARQUINA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"JULFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID

4 VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.  
Teléfono número 551

1915

Esta comedia se estrenó el día 11 de Enero de 1915, en el Teatro de la Princesa, en Madrid, con el siguiente reparto:

PERSONAJES	ACTORES
PILAR.....	María Guerrero.
CARMINA.....	María Fernanda L. de Guevara.
CONDESA DE HUSADAS...	Avelina Torres.
ROSITA GARCÉS.....	Elena Salvador.
SYLVIA.....	María Hermosa.
FIFÍ.....	Carmen de León.
AGUSTINA.....	Matilde Bueno.
LORENZO.....	Emilio Thuillier.
CASANOVA.....	Fernando Díaz de Mendoza.
JAVIER PASTOR.....	Pedro Codina.
SEÑOR MANHEIM.....	L. Mancha.
OLMEDO.....	Ricardo Juste.
JULITO VALENCIA.....	Luis Medrano.
LUCITO.....	Pedro L. de Guevara.
IGNACIO.....	F. Urquijo.

La acción en Madrid.—Epoca actual

## ACTO PRIMERO

Cuarto ó sala de estudio, que fué de juegos y donde pasan hoy la vida Carmina y su maestra, parte por gusto de reclusión y parte porque la existencia un tanto revuelta de Lorenzo, padre de Carmina, las fuerzan á ello.

A la derecha, las dos puertas de las habitaciones de Pilar y Carmina. A la izquierda, balcón ó mirador alegre sobre el jardín. Al fondo, puerta grande y antesala que pone en comunicación esta parte de la casa con el resto de ella. Ya en la antesala, tapices, arcones, cuadros antiguos, dan un anticipo del atavío en todo el resto de la morada suntuosa.

(CARMINA sale de su cuarto de puntillas. Escucha á la puerta del cuarto de Pilar; llama, no responden y abre la puerta.)

**Carm.** ¡No está!... ¡Qué fastidio! (Pulsa un llamador eléctrico, espera un instante y se dirige á una silla donde hay una muñeca, junto al balcón.) Buenos días, señorita Paca... ¡Uy, qué cara de no haber dormido! ¿Se enamoró también usted, Paquita de mi alma?

(A la puerta del fondo.) Señorita Carmina...  
**Carm.** Ignacio, ¿salió Pilar? ¿Fué á misa? No está en su cuarto.

**Ign.** La señorita Pilar bajó al comedor hace un momento. Se le ha servido el desayuno como todas las mañanas.

**Carm.** ¿Tan tarde?  
**Ign.** La señorita es quien ha madrugado más que de costumbre. Son las nueve.

Esta comedia se estrenó el día 11 de Enero de 1915, en el Teatro de la Princesa, en Madrid, con el siguiente reparto:

PERSONAJES	ACTORES
PILAR.....	María Guerrero.
CARMINA.....	María Fernanda L. de Guevara.
CONDESA DE HUSADAS...	Avelina Torres.
ROSITA GARCÉS.....	Elena Salvador.
SYLVIA.....	María Hermosa.
FIFÍ.....	Carmen de León.
AGUSTINA.....	Matilde Bueno.
LORENZO.....	Emilio Thuillier.
CASANOVA.....	Fernando Díaz de Mendoza.
JAVIER PASTOR.....	Pedro Codina.
SEÑOR MANHEIM.....	L. Mancha.
OLMEDO.....	Ricardo Juste.
JULITO VALENCIA.....	Luis Medrano.
LUCITO.....	Pedro L. de Guevara.
IGNACIO.....	F. Urquijo.

La acción en Madrid.—Epoca actual

## ACTO PRIMERO

Cuarto ó sala de estudio, que fué de juegos y donde pasan hoy la vida Carmina y su maestra, parte por gusto de reclusión y parte por que la existencia un tanto revuelta de Lorenzo, padre de Carmina, las fuerzan á ello.

A la derecha, las dos puertas de las habitaciones de Pilar y Carmina. A la izquierda, balcón ó mirador alegre sobre el jardín. Al fondo, puerta grande y antesala que pone en comunicación esta parte de la casa con el resto de ella. Ya en la antesala, tapices, arcones, cuadros antiguos, dan un anticipo del atavío en todo el resto de la morada suntuosa.

(CARMINA sale de su cuarto de puntillas. Escucha á la puerta del cuarto de Pilar; llama, no responden y abre la puerta.)

**Carm.** ¡No está!... ¡Qué fastidio! (Pulsa un llamador eléctrico, espera un instante y se dirige á una silla donde hay una muñeca, junto al balcón.) Buenos días, señorita Paca... ¡Uy, qué cara de no haber dormido! ¿Se enamoró también usted, Paquita de mi alma?

(A la puerta del fondo.) Señorita Carmina...  
**Ign.** Ignacio, ¿salió Pilar? ¿Fué á misa? No está en su cuarto.

**Ign.** La señorita Pilar bajó al comedor hace un momento. Se le ha servido el desayuno como todas las mañanas.

**Carm.** ¿Tan tarde?  
**Ign.** La señorita es quien ha madrugado más que de costumbre. Son las nueve.

- Carm.** (Consultando su relojito.) Tienes razón. Pues no he dicho nada. Puedes marcharte. Y á Pilar, que no vaya esta mañana á San José. Que quiero hablarle (Sale el Criado.) ¡Las nueve! ¿Y qué hago en pie á estas horas? (Hablando otra vez á la muñeca.) Señorita Paca: siéntese usted de una manera decente, por lo menos, y hableme usted de sus amores.
- Pilar** (Entra por el fondo y dice entre alarmada y sorprendida.) ¿Qué es eso? ¿En pie, Carmina? ¿Qué te pasa?
- Carm.** (Corriendo á ella.) Mamá Pilar, muy buenos días. Dame un beso. No te puedo decir de sopetón lo que me pasa porque es grave: ¡el corazón!
- Pilar** Vamos, déjame en paz.
- Carm.** Estoy enamorada.
- Pilar** Calla, tonta.
- Carm.** (Viendo á Pilar disponer la mesa de estudio.) ¿Qué haces, Pilar?
- Pilar** ¿Me lo preguntas? Un día que podemos dar lección antes de que venga el señor Manheim para su horita de alemán, creo que vale la pena de aprovecharlo. Cuatro meses llevamos sin abrir un libro.
- Carm.** ¡Cómo vuela el tiempo! (Acercándose á la mesa y por los libros.) ¡Cuatro meses sin vernos, amiguitos! ¡Y la poquisima falta que me hacíais!
- Pilar** No creo que á tu padre le hiciera mucha gracia saber que tira de este modo el dinero que me da.
- Carm.** ¿Quieres callarte?
- Pilar** ¡A ver!... Para educarte y enseñarte estoy aquí.
- Carm.** (Apartando los libros.) Pues estando tú, sobran los libros.
- Pilar** ¡Basta de gazmoñerías!... Señorita Carmina, ocupe usted su sitio y empecemos la lección. (Grave. Carmina, á reserva de echar luego los pies por aito, compuestita y sumisa, se sienta frente á Pilar.) Hoy ¿qué nos toca?
- Carm.** Astronomía.
- Pilar** ¿Astronomía?
- Carm.** Sí, verás por qué. ¿No has observado que todas estas noches, antes de acostarnos,

- salía un minuto al jardín? Bueno: llamémosle jardín á ese macetón metido entre paredes.
- Pilar** Deja ver el cielo... Y como tú no hacías otra cosa que echarle al cielo una mirada y volver aquí en dos saltos...
- Carm.** ¿Ah, me observabas?
- Pilar** Desde el balcón.
- Carm.** ¡Fisgona!
- Pilar** Bueno, ¿á qué viene?...
- Carm.** Verás: durante nueve noches seguidas—pero han de ser seguidas, que si no, no vale—cuentas en el cielo nueve estrellas. Si una noche está nublado y no se ven estrellas, vuelves á empezar.
- Pilar** ¿Y qué?
- Carm.** La noche que hace nueve te acuestas como todas, sin pensar en nada; te quedas dormida, dormidita, dormidita... (Se la ve con miedo de acabar.)
- Pilar** ¿Y qué?
- Carm.** ¡Y sueñas con la persona que te quiere!
- Pilar** ¡Carmina!
- Carm.** Me lo enseñó Agustina hace ya tiempo. Yo hice la prueba y soñé con papá... ¡si quieres más!
- Pilar** Lo que quiero es no escucharte tonterías.
- Carm.** ¿Y si me dieran qué pensar?
- Pilar** ¿Pero es posible?
- Carm.** ¿Y si me hicieran sufrir?
- Pilar** Dime, hija, dime.
- Carm.** Yo no sabía que estaba enamorada; bueno: eso no se conoce hasta después.
- Pilar** ¿Pero á tí quién te enseña?... ¿Tú que sabes?
- Carm.** ¡Más que tú! Tú no entiendes de eso... ¿Recuerdas que una tarde, no hace muchos días, después de estarte contemplando un rato, te dije así, de repente: «¿Sabes que eres guapa?» Tú, te echaste á reír; te llevé á un espejo y respondiste: «No soy fea.» Pero en el modo de decirlo comprendí que te habías parecido bien y que hasta entonces no habías caído en la cuenta de que eres bonita. Pues si tú te enamoras algún día, va á pasarte igual. No caerás en la cuenta y tendré que decirte yo también: «Mamá Pilar, ¿sabes

que estás enamorada?» Por qué, no sé, pero me parece que yo entiendo de eso.

**Pilar** Tú eres una criatura loca y habrá que atarte corto.

**Carm.** Entonces, callo.

**Pilar** ¡Ahora, no callas! ¿Por qué se te ocurrió contar las estrellas estas noches?

**Carm.** Porque sufría muchísimo, Pilar. ¿Recuerdas la primera tarde que salimos al jardín este invierno, después de la nieve?

**Pilar** En Marzo: fué un día que tu padre estaba solo y te llamó a almorzar con él.

**Carm.** Y contigo.

**Pilar** Y conmigo, es claro.

**Carm.** Después, cuando paseábamos por el jardín, vino Lucito. No me acuerdo de las muchas cosas que me dijo: entre otras, que yo estaba como los almendros. Y yo no sé por qué, me puse encarnada; pero encarnada hasta las cejas. Hablé muy poco aquella tarde. Se me llenaban los ojos de lágrimas. Me sentía extraña en el jardín. Y así hasta hoy.

**Pilar** ¿Por qué hasta hoy?

**Carm.** Hice la prueba... y he soñado. ¡Lucito!

**Pilar** Tú estás loca... ¡Un hombre así!

**Carm.** No podían caberme muchas dudas. Creo que después de papá, es el único hombre a quien habré visto más allá de seis veces en mi vida.

**Pilar** Y este es el mal. Pero, después de todo, cuando tu padre, que te quiere tanto, te tiene aislada de sus amigos en este rincón de la casa, que él llama su jaulita, por algo será. Pocos amigos de tu padre tuvieron el privilegio de llegar hasta aquí por esa puerta.

**Carm.** Lucito, alguna vez.

**Pilar** Porque es el más audaz y, según veo, el más taimado. Pero tampoco tu padre se mordió nunca la lengua para echarle. Y yo lo apruebo.

**Carm.** (Muy furiosa.) ¡Pilar!

**Pilar** ¿Si tú no le quieres! ¿Sabes tú lo que te pasa? Que imaginas quererle y nada más. Eso es tu corazón que ensaya el vuelo, criatura. ¿A quién no le ha pasado alguna vez?

**Carm.** ¿Ah, sí?

**Pilar** Como el que sueña que anda, el corazón, dormido que esté, sueña que quiere.

**Carm.** ¿Y también sueña la persona y el modo de vestir y lo que dice?

**Pilar** No siempre. Pero cuando lo sueña, es peor. Porque si atribuyes a una persona real los sueños de tu corazón y empiezas a preocuparte, corres más peligro.

**Carm.** Natural.

**Pilar** Llegas un día a confundir las cosas. Y te parece realidad el sueño.

**Carm.** ¿Y sufres mucho?

**Pilar** Mucho. ¿No comprendes que la persona con quien sueñas no se preocupa de tus sueños, y es como es, y vive a su modo, muchas veces en contra de lo que sueñas y todo te parecen desengaños y desprecios?

**Carm.** Eso es lo peor.

**Pilar** ¡No! Lo peor es despertar; como despiertas infaliblemente, un día. Y entonces ves que para nada había fundamento; ni para sufrir. Pero te queda un mal sabor de corazón. Y darías años de vida por no haber despertado; porque las cosas fueran como en tus sueños; por encontrar razones para seguir sufriendo todavía... ya es inútil. Estás despierta. Nada existe, ha sido un sueño. Y te da pena.

**Carm.** (Entre conmovida y maliciosa.) Mamá Pilar, ¿sabes que estás enamorada?

**Pilar** (Transición brusca; puesta en pie y mirando por los cristales al jardín.) ¡Niña!

**Carm.** ¡Si es que tiene tanta gracia! ¡Valiente lección! Y acabo por tener que enseñarle a la maestra. Mamá Pilar...

**Pilar** ¡Pilar; y basta.

**Carm.** (Compungida.) Como quieras.

**Pilar** Ya sé, hija mía, que es cariño que me tienes y estando solas no me importa. Pero delante de tu padre, delante de la gente, no está bien. Pilar, Pilar a secas. (Vuelve a la mesa; aparta los libros y concluye.) Y tenías razón. Sobran los libros. Vamos a empezar otros estudios y tu dictarás el texto en adelante. Pero con lealtad, porque el texto vas a ser tú misma.

- Carm.** Entonces seguirá la lección de astronomía.  
**Pilar** Con tan poco esfuerzo para tí, que no vas á tener otro trabajo que olvidar.
- Carm.** ¿A Lucito?  
**Pilar** Lucito no es el texto; es un borrón que te cayó al copiarlo. Lo que tendrás que olvidar es lo mucho que sabes de esta ciencia. Porque es verdad; entiendes mucho.  
**Carm.** ¿Cómo pude aprenderlo? No sé cuando.  
**Pilar** Hace siglos.  
**Carm.** ¿Siglos?  
**Pilar** Desde que la primera de tus abuelitas contó una noche las estrellas como tú, hasta que en el corazón de tu padre fuiste un latido nada más. Para una cabecita de mujer es mucha ciencia y habrá que administrarla bien. (La abraza y la besa en la frente. Ahora, al jardín. Yo bajo pronto. Corre y salta, hasta cansarte. Despierta al corazón)
- Carm.** Mamá Pilar, hasta después.  
**Pilar** Hoy tienes alemán, ¿has estudiado?  
**Carm.** ¡Me olvidé!  
**Pilar** No importa; ¡correl! (Carmina va á salir y vuelve desde la puerta.)
- Carm.** Mamá Pilar, dame otro beso.  
**Pilar** ¿Pero todavía «mamá Pilar»?  
**Carm.** Ahora no hay nadie. (Y se va á saltos, como un pájaro. En la antesala, se inclina dejándole paso Javier. Pastor. Pilar, se acerca al balcón, esperando verla en el jardín.)
- Javier** Señorita Pilar... (Distraída Pilar no le oye.) ¿Da su permiso?  
**Pilar** ¡Ah, es usted, Javier?  
**Javier** Sí no molesto.  
**Pilar** Nunca; no faltaba más. ¿Qué se le ofrece?  
**Javier** Vengo de despachar con don Lorenzo las cartas del día...  
**Carm.** ¿Se levantó ya el señor?  
**Javier** Hace un rato; anoche regresó temprano; serían las dos.  
**Carm.** Temprano; madrugando. ¿Qué quería usted, Javier?  
**Javier** Nada. El libro que le dejé la otra tarde: ¿lo ha leído?  
**Pilar** El libro, sí. ¿Quiere usted hacerme el favor de recogerlo usted mismo? Está sobre mi

- mesa. ¿Sabe usted? Yo estoy esperando á Carmina que bajó al jardín y...  
**Javier** (Entrando en el cuarto de Pilar.) No se moleste usted; yo lo recojo. (Queda en el mirador Pilar. De pronto, hace gestos con la mano, saludando, como si hubiera visto aparecer á Carmina en el jardín; abre un cristal y grita.)  
**Pilar** ¡No, no corras tanto! Así... Se nos hizo tarde. Tienes pocos minutos. ¡Aprovecha!... Ya sabes que el señor Manheim es muy puntual. Adiós. (Y se aparta del balcón dejando el cristal abierto; Pastor vuelve á salir llevando el libro en la mano.) ¿Lo encontró?  
**Javier** Sí; estaba á la vista. ¿Le ha gustado á usted?  
**Pilar** Mucho; es grave y poético como todas las cosas alemanas... (Javier abrió el libro y retira de él un sobre cerrado.)  
**Javier** Pero...  
**Pilar** (sonriendo.) ¿Qué pasa?  
**Javier** ¿No abrió usted siquiera el sobre?  
**Pilar** No señor.  
**Javier** Era una carta para usted.  
**Pilar** Ya he visto.  
**Javier** La había escrito yo.  
**Pilar** Lo sé; es su letra.  
**Javier** Y ni siquiera por curiosidad...  
**Pilar** No soy curiosa.  
**Javier** Entonces debo suponer...  
**Pilar** Amigo Javier: no tengo en esta casa otra amistad que la de usted, nuestras conversaciones de vez en cuando, sobre los libros que leemos, no varían mucho, pero son un modesto pasar para el espíritu; yo estoy sola en el mundo, huérfana desde chiquilla y usted me habla de su madre viejecita que quedó en el pueblo y que le escribe unas cartas tan lindas y tan candorosas. Casi un idilio, y usted es tan cruel que quiere acabarlo.  
**Javier** ¡Acabarlo no, Pilar! Hacerlo realidad. Si hubiera usted leído...  
**Pilar** No, Javier. Aunque es usted el primero, llega tarde. Son muchas las contrariedades que he pasado en pocos años y así crece el tiempo. Cuando la Condesa de Husadas, tía de don Lorenzo y mi madrina, me recomendó al señor y entré en esta casa, mi corazón ya

era viejo y el de usted no había nacido. Aquí encontré a Carmina. Se moldeó mi alma en su cariño y hoy ya no cabe en ella otro sentimiento, sin romper el molde. Mien tras Carmina me necesite, yo estaré a su lado y después... Pero lo que tenga que ocurrir después, prefiero no pensarlo.

Javier

Por consiguiente...

Pilar

Por consiguiente no ha escrito usted nunca esa carta; rómpala usted y seamos buenos amigos como siempre, Javier: esta es mi mano. (Tendiéndole su mano.)

Javier

Conste que yo la conocía a usted, Pilar; sabía de sobra que usted no había de consentir en nada que la separase de Carmina y hablé a don Lorenzo. (Movimiento nervioso de Pilar que suelta la mano de Javier.)

Pilar

¿Ab, le habló al señor?... ¡Pero qué joven es usted Javier!

Javier

Y como él es bondadoso y parece contento de mis servicios en secretaría, me nombraba su administrador, nos señalaba habitaciones en la casa...

Pilar

¡Qué bondad!

Javier

Y así podía usted seguir al lado de Carmina. Los dos esperábamos que usted se decidiera.

Pilar

Vea usted por dónde, Javier, usted que ha estado a punto de merecerle esta atención, tiene usted mucho que agradecer a don Lorenzo y yo, como nada le he pedido, no he de agradecerle nada. (Va a salir hacia su cuarto.)

Javier

¿Se va usted y... ni siquiera una esperanza?

Pilar

No.

Javier

¿Pero, por qué? Razones habrá. Diga usted por qué, Pilar.

Pilar

Rompa usted la carta... Y que su vanidad de escritor no se resienta. Le juro a usted que presiento el estilo y supongo que haría honor a su pluma... No me guarde usted rencor.

Javier

Adios, Pilar. (Sale Pilar por la puerta de su cuarto. Ignacio entra por la del fondo, precediendo al señor Manheim, un viejecito con levita y gafas; el bigote rasposo, rojo y cano.)

Ign.

El señor profesor de alemán.

Javier

(Saliendo a su encuentro.) Señor Manheim...

Sr. Man.

Don Javierito: yo estoy bien de salud, ¿y usted está bien?

Javier

Muy bien, señor... ¿quiere usted que avise a la señorita Carmina? un grito, desde el balcón, no cuesta nada.

Sr. Man.

No; la señorita Carmina me ha visto y viene siguiéndome. (Entra Carmina con una brazada enorme de ramas de jazmín floridas.)

Javier

Aquí está.

Carm.

Javier, ayúdeme usted; no puedo más.

Javier

Con mucho gusto. (Entre los dos dejan sobre la mesa el montón de flores.) La señorita parece fatigada.

Carm.

Y para descansar, una hora de alemán con este pelma. Señor Manheim, con permiso; pero tengo que sujetarme un poco el pelo y... (Se arregia un poco delante de un espejo.) ¡Jesús, qué greñas!

Javier

¿La señorita Carmina no tiene algo que mandarme?

Carm.

¿Papá está en casa?

Javier

Y no piensa salir.

Carm.

Hágame usted el favor de decirle que necesito verle... No; espere usted; le escribiré. (Aparta los jazmines, busca una pluma y en un rinconcito de la mesa empieza a escribir.)—«Padrecito de mi alma»... Señor Manheim: ¿cómo se dice padrecito de mi alma, en alemán?

Sr. Man.

«Padrecito de mi alma» (Traducción: Väterchen meiner Liebe.) (Carmina escribe y cierra su cartita.)

Carm.

Señor Manheim ¿cómo se dice «urgente, urgente» en alemán?

Sr. Man.

«Urgente» (Traducción: Dringend.)

Carm.

¿Las tres veces lo mismo?

Sr. Man.

Es natural.

Carm.

Por eso en alemán debía cambiar. ¡Váyale con naturalidades a su lengua! (Entrega a Javier su cartita, diciendo:) Para papá y dígame usted que venga pronto.

Javier

(saliendo.) Se lo diré, señorita Carmina.

Sr. Man.

Vamos a empezar... ¿la gramática?

Carm.

¡Uy, la gramatical debe estar ahí, debajo de las flores. (El profesor la busca, muy apurado.)

- Sr. Man.** No; no está.  
**Carm.** Será de esta parte. (La busca por su lado, echándole todas las flores encima al pobre viejo. Algunas caen por el suelo.)
- Sr. Man.** (Con sentimentalismo alemán.) ¡Oh, pobrecitas flores!
- Carm.** La gramática tiene la culpa.  
**Sr. Man.** No la busquemos. De todos modos, no la necesito.
- Carm.** ¡Vamos!... Además, señor Manheim, es que hoy tengo muchos nervios. Espero á mi padre para hablarle de una cosa importantísima: ¡de un novio!
- Sr. Man.** ¿De un novio? ¡ah, sí!... Flores de azahar, la bendición...
- Carm.** Eso es: ya nos casó.  
**Sr. Man.** Señorita Carmina: En España, las novias, ¿no llevan siempre flores de azahar cuando se casan?
- Carm.** Sí señor; es la costumbre.  
**Sr. Man.** Y nada más se casarán cuando los naranjos tengan flores.
- Carm.** ¡No faltaba más! Se llevan de cera, artificiales, que á primera vista se confunden.  
**Sr. Man.** ¡Oh! menos poético... ¡de cera!
- Carm.** No vamos á esperar...  
**Sr. Man.** ¿Por qué no? En Alemania, naranjos no hay. Es un dolor, ¿verdad, señorita? Naranjos no hay. Pero poesía, más. Los españoles son fuertes y valerosos, señorita; pero los alemanes tienen corazón. Estando en España, un alemán se enamoraba de usted profundamente, verdaderamente: y bien: para casarse, para que no llevara usted flores de cera, esperaría. Estoy seguro: hasta que fuera necesario, esperaría.
- Carm.** (Mirándole compasivamente.) Esperaría... esperaría mucho ¡ya lo creo!
- Sr. Man.** ¿Qué? (Entra Lorenzo por la puerta del fondo.)  
**Carm.** ¡Papá!  
**Lor.** ¿Dabais lección?  
**Carm.** No, papá; acabamos ahora mismo. (Al profesor, empujándole.) Váyase usted; no me desmienta usted, señor Manheim; es por el novio. (Encantado con la intriga y haciéndole signos de inteligencia el profesor va á retirarse.)

- Sr. Man.** ¡Yal... Señor don Lorenzo, la señorita Carmina progresa mucho cada día.  
**Lor.** Y yo lo celebro, señor Manheim.  
**Sr. Man.** Habrá usted visto, escribe alemán como yo mismo.  
**Carm.** (Desde el fondo, riéndose.) Adios, señor Manheim.
- Sr. Man.** ¡Y buena suerte!  
**Lor.** ¿Qué dice este ganso?  
**Carm.** ¡Por Dios, papá! es que se ha empeñado en dominar el español y se hace un lío con cada frase que aprende.
- Lor.** ¡Ah, vamos!... ¿Y Pilar?  
**Carm.** Suele bordar mientras damos alemán: ¿la llamo?  
**Lor.** No, ¿por qué?... Estaba acabando de arreglarme cuando recibí tu cartita y más puntual no puedo ser: ¿qué pasa?  
**Carm.** ¿Cuándo almorzaremos juntos otro día?  
**Lor.** Pronto... Me dan ganas de combinar otro almuerzo como aquel, solos: ¿recuerdas?  
**Carm.** Sí, papá. ¿Tendrás hoy mucha gente?  
**Lor.** Pues no sé... Lucito, desde luego; ese no falta.
- Carm.** Si no es más que Lucito...  
**Lor.** ¡Basta para aguar-me á mí la fiesta!  
**Carm.** Pero...  
**Lor.** ¿Vamos á cambiar de conversación, si te parece? Porque creo que es bastante soportarle todo el día y parte de la noche, para que aquí también, en mi jaulita... ¿eh?... preferiría marcharme.
- Carm.** No, papá; ya no le nombro. (Un pequeño silencio.)  
**Lor.** Tu dirás. Tenias que hablarme de un asunto.  
**Carm.** ¡No, después! Ahora así, de sopetón, me da vergüenza. Tu ve diciendo lo que se te ocurra; que yo, á mi tiempo, ya hablaré.
- Lor.** ¿Porqué no habeis puesto esas flores en un jarro?... Me teneis la jaulita abandonada.  
**Carm.** Se las traje á Pilar.  
**Lor.** Razón de más; cuando se las vayas á dar, estarán mustias. (Después de dar una ojeada á todo el cuarto, se sienta y añade.) Oye, hijita: supongo que ya estamos preparando el equipaje.

**Carm.** ¿Ya?... ¿Tan pronto?  
**Lor.** ¿No te lo avisó Pilar?  
**Carm.** Sí, me habló ayer tarde; pero...  
**Lor.** ¿Apostamos á que es este el asunto urgente, urgente, á que te referías en tu carta?  
**Carm.** Pues bien, sí; de esto se trata. Hay otras cosas además; pero el viaje las engloba á todas.  
**Lor.** Habla entonces.  
**Carm.** ¡No, primero tú!  
**Lor.** Pronto está. Llega el verano, tengo obligaciones y asuntos que me reclaman fuera de Madrid, á ti te convienen campo y aire libre como el pan que comes: pues dentro de quince días, á lo sumo, hacéis las maletas con Pilar y al Norte, ¡al Caserón! Ya hablé el primero ¿qué respondes?  
**Carm.** ¿Qué he de responder? Que es una pena. Que por el dichoso veraneo, cada año adelantamos la partida y retardamos el regreso. Anteayer nevó en Madrid y hablamos del verano. Cada año me prometes venir al pueblo y nunca vienes. Además, nadie ha dicho que durara el verano hasta Diciembre. Y allá, en el Caserón, lloviendo siempre, desde Octubre, solas Pilar y yo con tía abuela...  
**Lor.** Mi tía, la Condesa de Husadas, fué una gran dama en sus juventudes: ¿no te cuenta historias divertidas de aquel tiempo?  
**Carm.** Pero papá, al cabo de los años y durante seis meses cada año, por muy divertido que sea, todo cansa. ¡Allí quisiera verte! Ya no soy una niña, y este año precisamente...  
**Lor.** Este año precisamente porque eres una mujercita, no es tan fácil decidir respecto á ti como cuando eras una niña. Yo te llevaría conmigo de buena gana á donde fuera...  
**Carm.** ¿Sí?  
**Lor.** Pero... pero la señorita ya no es una niña, no; y abrigos y trajes y sombreros, todo eso es necesario y nada se improvisa. Se me había ocurrido anticiparte un poco el veraneo y hacia el mes de Septiembre, pensaba recogeros en el Caserón. El otoño en París para tus trajes. Y los primeros meses del invierno, en Niza. Pero si tú prefieres que

darte en Madrid todo este tiempo, al fin y al cabo á mí, ¿qué más me da?  
**Carm.** ¡No, papá!  
**Lor.** Escribiremos á la Condesa para que venga á acompañaros...  
**Carm.** ¡No, papá!  
**Lor.** ¡Si es que yo tendré que marcharme por fuerza de Madrid y no voy á dejarte sola en casa con Pilar!  
**Carm.** Nosotras saldremos mañana mismo si tu quieres, ¿eh?  
**Lor.** ¿No decías?  
**Carm.** ¡Ya no digo nada! No sé que tienen las cosas, cuando las dispones tú, que aunque á una le den rabia...  
**Lor.** Acaba, acaba.  
**Carm.** Acabaré porque no es ninguna ofensa: aunque á una le den rabia, gustan. ¿Quieres más? (Besándole las manitas.) Me basta. (Entra Pilar á escena por la puerta de su cuarto.)  
**Lor.** ¡Ah, usted, don Lorenzo!  
**Pilar.** Pilar, no se vaya usted, porque...  
**Pilar.** Perdón, como es la hora de alemán, creí que duraba la lección.  
**Carm.** (Rápidamente.) Ya se acabó hace rato.  
**Lor.** La señorita me citó á consejo y he sido puntual, ¿verdad, Carmina?  
**Pilar.** Ha hecho usted una obra de misericordia: visitar al preso. Carmina se cree prisionera en casa todas las horas que no ve á su padre. Continúen ustedes; me ha dado mucha pena interrumpirles.  
**Lor.** No; no me contraría ver á usted, Pilar; tengo que hablarle.  
**Pilar.** ¿Alguna observación respecto á Carmina?  
**Lor.** Un detalle insignificante; nada más.  
**Pilar.** Carmina... Papá está hablándome de ti; nada perderías atendiendo.  
**Carm.** (Levantando la cabecita de entre unos libros y planos que está consultando.) Estoy llegando á París desde el Caserón; me dispongo á bajar vertiginosamente á Niza y hasta que no acabe de combinar mi itinerario, no soy de este mundo.  
**Pilar.** ¿Qué dices?  
**Lor.** Es que antes hablamos... Déjela usted... yo

lo prefiero... (Obliga á Pilar á seguirle al otro extremo del cuarto, diciendo.) Acérquese usted y perdone usted mi observación: ¿quiere usted decirme si este es el cuarto de una mujercita ó el de un estudiante? ¿Dónde hay un detalle femenino que lo aclare?... Esas flores, tiradas sobre los papeles, ¿cómo han de sugerir que las han puesto á agonizar ahí las manos de mi hija?... No tenían otro remedio; no hay un jarro en todo el cuarto. Y se explica. Mire usted á Carmina. La peinan sus enemigos: ese cinturón de *fraulein* alemana le sienta como un tiro; ha hincado la pierna en una silla, los codos en la mesa, las manos que le desharán la piel en los carrillos, y la otra pierna, cuando no la llega al suelo para descansar, torciendo el cuerpo, cuelga sin gracia, de cualquier manera dando puntapiés al aire... un chico, un mocetón con faldas, ¡y es mi hijal... ¿entiende usted?

**Pilar**  
**Lor.** (Con serenidad, sonriendo.) Sí, don Lorenzo. Pues es imposible que esto que reproducen aquí todos los detalles, no responda á un plan.

**Pilar**  
**Lor.** Claro que no; es voluntario.  
**Pilar** ¿Verdad?

**Lor.** ¿Cómo negarlo? He retardado, año por año, minuto por minuto, la aparición de la mujer en esa criatura.

**Lor.** ¿Y por qué?  
**Pilar** ¿Cree usted, don Lorenzo, que está la casa para que ande por ella una mujercita? Pues para su jaula, bien está Carmina.

**Lor.** (Con noble lealtad, después de un silencio.) Tiene usted razón.

**Pilar** Y no le acuso á usted. Recién nacida Carmina cuando murió su madre, no podían influir en su vida de usted los primeros pasos de una niña. Pero hoy es distinto. Hoy, si los pasos de Carmina recibieran la influencia de la casa, me lo reprocharía yo.

**Lor.** Y para evitarlo, ¿me suprime usted en Carmina á la mujer?

**Pilar** No puedo suprimir la casa; esa es cuenta de usted, don Lorenzo.

**Carm.** (Dando un manotazo en la mesa y levantándose.) ¡Ya he llegado! ¡Niza!

**Lor.** (Transición. Atendiendo á Carmina.) Ajá... ¿te gusta Niza?

**Carm.** No hay un rincón más bonito en toda la tierra. Ya está el itinerario; va marcado, ¿te parece bien? (Le da el libro á su padre.)

**Pilar**  
**Carm.** Carmina, ven acá. ¿Quién te ha peinado? (Acercándose, y mientras Pilar le arregla un poco el pelo.) ¡Uy, no me mires! Hacía un poco de aire en el jardín, y al volver, de prisa y corriendo, me sujeté las greñas como pude.

**Pilar** (Mientras va arreglándola.) Sus enemigos... la verdad es que sus enemigos... ¡y con un pelo tan bonito!... ¿á ver ahora? (Carmina se aparta, se mira al espejo y grita palmoteando.)

**Carm.** ¡Perfecto!

**Lor.** Sí, Pilar.

**Ign.** (Anunciando.) Un amigo del señor.

**Lor.** ¿Quién? (Entra Lucito, radiante por el fondo.) ¡Lucito!...

**Lucito** (Al pasar, sin mirarle.) Hola, Lorenzo. (Saludando á las dos mujeres.) Carmina... Pilar... No hay que mirar el calendario para fijarle un sitio al día de hoy; con verlas á ustedes... Entre Abuil y Mayo...

**Lor.** Y perdonen ustedes que la frase no haya resultado más redonda. No ha tenido más que cuarenta y ocho escalones, desde el Hall aquí para pensarla. (Brusco y con cara de pocos amigos, á Lucito.) ¿Llegas ahora?

**Lucito** Hace un instante, chico.

**Lor.** Ya... ¿y hay gente abajo?

**Lucito** Un colmo: Julito Valencia, Casanova, Olmedo, Rosita Garcés, que vuelve de Venecia; se ha empeñado en que la acompañara; almuerza con nosotros y viene extraordinaria.

**Lor.** Pues llévalas á todos mis saludos y espérame abajo.

**Lucito** Rosita...

**Lor.** ¡Espérame abajo!

**Lucito** Te contará de una noche en el Canal..

**Lor.** ¡¡Espérame abajo!!

**Lucito** (Desconcertado.) ¡Bien, pues discúlpenme ustedes, señoritas! Ya lo oyen ustedes; quien

manda manda. (Y sale casi atropellado por Lorenzo. Carmina da una patadita graciosa y se retira á su cuarto. Lorenzo grita desde la puerta.)

Lor.

¡Ignacio! ¡Ignacio!

Ign.

Señor...

Lor.

¿Es usted quien ha tenido la ocurrencia de traerme aquí á ese hombre?

Ign.

Le acompañaba al cuarto del señor; pero él...

Lor.

Pero yo mando en mi casa, y este rincón no es para nadie, ¿entiende usted? ¡Ese canalla, ni descalzo como los moros en la Mezquita, puede entrar aquí! (Sale Ignacio, Lorenzo vuelve la espalda á la puerta y se encuentra en escena solo con Pilar.) ¿Y Carmina? Se retiró... á su cuarto.

Pilar

Pero...

Lor.

Con lagrimitas y todo... ¿No quería usted que apareciera pronto la mujer?

Pilar

¿Lucito?... ¡No es posible!

Lor.

¡Oh, no me inquieta nada, don Lorenzo! Estoy tranquila. Ella es muy buena, y ahora, además, con tierra de por medio y en el Caserón...

Pilar

Lor.

¡No, no, Pilar! Carmina no se marcha así; debemos procurar que olvide... Yo lo ignoraba todo; yo estaba lejos, distraído, creyendo cumplir con haber colgado tan alta mi jaulita... ¡y aquí se sufría!

Pilar

No; se soñaba.

Lor.

Es lo mismo; aquí se vivía, ¡y yo sin verlo! ¿No me guarda usted rencor?

Pilar

¿Yo, don Lorenzo?

Lor.

Las dos. Pero hoy se acaba este encierro y para siempre. ¡Carmina entra en mi vida!

Pilar

¿Lo ha pensado usted?

Lor.

¡Sí, Carmina entra en mi vida, porque cuando mi hija llora, tengo obligación de ver sus lágrimas y de enjugarlas.

Pilar

(Radiante.) ¡Sí, don Lorenzo! (Suena el gong llamando para el almuerzo y se oyen gritos, voces femeninas que dicen: «Lorenzo!», carcajadas, etc., todo ello muy rápido, como un paso por el Hall.) ¿Pero cree usted que van á dejarle con su hija? ¡Si llevan la casa!

Lor.

(Con desaliento sincero.) Tal vez porque está va-

cia y nadie les detiene. Pero tampoco es misión para Carmina. Ya lo veo... ¡Viviré sin ella! (Va á salir, y Pilar, respetuosa, pero decidida, le detiene.)

Pilar

¡No, don Lorenzo! No malogre usted el fruto de las primeras lagrimitas de Carmina. Antes tenía usted razón. Carmina debe llenar su casa, y es la jaulita la que se ha de abrir, inútil ya. Ella y usted ganarán acompañándose. No deje usted de hacer lo bueno por miedo á lo malo. Si el mal estuviera en usted, usted es padre y usted sabrá vencerlo antes de hacer daño á Carmina. Pero si el mal está en los que gritaban, en esos que llenan su casa, borrando de ella hasta la sombra de Carmina, témalos usted menos; porque esos no herirán á Carmina sin tropezar antes conmigo. Ha reclamado usted á su hija, ¡no se marche usted sin ella! ¡Rompa usted su encierro, que yo le abriré paso! (Casí sin palabras, estrechando ambas manos á Pilar.) Gracias, Pilar... y á usted, ¿cómo pagarle?

Lor.

Pilar

No viéndome siquiera, don Lorenzo. Yo, pobre de mí, no cuento en esto; ¡ustedes dos, ustedes dos!

Lor.

Adiós, Pilar.

(Sale por el fondo. La expresión del rostro de Pilar da á entender lo que no cabría en palabras. Se entreabre la puerta del cuarto de Carmina y asoma la cabecita de ésta.)

Carm.

¿Se fué papá? ¿Se ha enfadado mucho?

Pilar

No, Carmina.

Carm.

Me parece que sí; porque á ti te encuentro sería. ¡Es para cogerle tierra á Lucito si ha traído todo esto!...

(Por el fondo entra AGUSTINA, llevando bajo el brazo un mantel y el servicio de platos en las manos. Llega hasta la mesa, echa los libros á un lado y en un cabo de la mesa pone el mantel y dos cubiertos. Entre tanto callan CARMINA y PILAR. Agustina por fin rompe el silencio.)

Agus.

¡Gracias á Dios! ¡Y que yo lo deseaba poco! ¡Alégrese usted, señorita Carmina, que hoy es el último día que la sirvo aquí! Me ha dicho don Lorenzo que desde mañana, abajo todos. Y está bien. ¡Si era conciencia

arrinconar una hermosura de hija como esta!... ¡Vamos, Señor! (Sale. Carmina y Pilar quedan mirándose.)

**Carm.**

¿Es verdad?

**Pilar**

Es verdad. ¿No te alegras?

**Carm.**

¡Sí!... (En seguida, haciendo transición, concluye.) Pero me parece que vas á pasar muchas rabietas.

(Pilar la abraza sonriendo con melancolía.)

**Pilar**

¡Dios quiera que no aciertes, hija mía! (Ocupan su sitio á la mesa, despliegan sus servilletas, y está entrando Agustina con el primer servicio cuando sobre el cuadrito cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

## ACTO SEGUNDO

Sala grande, especie de segundo hall, ataviado con esplendidez. Al fondo puerta sobre el verdadero hall del que se ve, corpórea, una parte. En lo que debiera ser ángulo derecho, ochavada, puerta grande de cristales que da al comedor. Al otro lado puerta lateral comunicando con el resto de la casa. A la derecha, en primer término, mesa y rincón escritorio. A la izquierda, en el mismo término, chimenea grande con plantas, mesitas, sillones, etc.

(CARMINA y su prima SYLVIA están sentadas hablando; la otra primita FIFI viene del comedor. PILAR, en pie, junto á la chimenea, observa á las tres.) Las personas mayores se olvidan de nosotras y no va á quedarnos tiempo para nada.

**Fifi**

**Carm.**

Quando papá y tía abuela empiezan á hablar, no acaban nunca. Como se ven de tarde en tarde...

**Sylvia**

¿Lleva días en Madrid?

**Carm.**

¿La tía? no; llegó ayer.

**Fifi**

(Que anda de acá para allá curioseando, se fija en un retratito con marco de plata que habrá sobre la mesa.) ¡Qué mujer más bonita!... ¡Qué cara! ¿quién es, prima? (Carmina se acerca.)

**Carm.**

No sé. ¡Aquí hay tantos retratos!... A lo mejor, actrices de teatro, amigas de papá.

**Sylvia**

Los meses que pasas en el campo, ¿los pasas con tu tía?

**Carm.**

Sí.

**Fifi**

¿Muchos?

arrinconar una hermosura de hija como esta!... ¡Vamos, Señor! (Sale. Carmina y Pilar quedan mirándose.)

**Carm.**

¿Es verdad?

**Pilar**

Es verdad. ¿No te alegras?

**Carm.**

¡Sí!... (En seguida, haciendo transición, concluye.) Pero me parece que vas á pasar muchas rabietas.

(Pilar la abraza sonriendo con melancolía.)

**Pilar**

¡Dios quiera que no aciertes, hija mía! (Ocupan su sitio á la mesa, despliegan sus servilletas, y está entrando Agustina con el primer servicio cuando sobre el cuadrito cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

## ACTO SEGUNDO

Sala grande, especie de segundo hall, ataviado con esplendidez. Al fondo puerta sobre el verdadero hall del que se ve, corpórea, una parte. En lo que debiera ser ángulo derecho, ochavada, puerta grande de cristales que da al comedor. Al otro lado puerta lateral comunicando con el resto de la casa. A la derecha, en primer término, mesa y rincón escritorio. A la izquierda, en el mismo término, chimenea grande con plantas, mesitas, sillones, etc.

(CARMINA y su prima SYLVIA están sentadas hablando; la otra primita FIFI viene del comedor. PILAR, en pie, junto á la chimenea, observa á las tres.) Las personas mayores se olvidan de nosotras y no va á quedarnos tiempo para nada.

**Fifi**

**Carm.**

Quando papá y tía abuela empiezan á hablar, no acaban nunca. Como se ven de tarde en tarde...

**Sylvia**

¿Lleva días en Madrid?

**Carm.**

¿La tía? no; llegó ayer.

**Fifi**

(Que anda de acá para allá curioseando, se fija en un retratito con marco de plata que habrá sobre la mesa.) ¡Qué mujer más bonita!... ¡Qué cara! ¿quién es, prima? (Carmina se acerca.)

**Carm.**

No sé. ¡Aquí hay tantos retratos!... A lo mejor, actrices de teatro, amigas de papá.

**Sylvia**

Los meses que pasas en el campo, ¿los pasas con tu tía?

**Carm.**

Sí.

**Fifi**

¿Muchos?

**Carm.** Los otros años, seis ó siete.  
**Sylvia** Como nosotras en el colegio poco más ó menos.  
**Carm.** Yo me he librado del colegio, gracias al cariño de tía abuela y de Pilar. Papá quería colegio al principio; y había hablado con la directora de uno en *Montpellier*. Pero yo vivía entonces en casa de mi tía, donde estaba Pilar, que era su protegida y su ahijada; mi tía le habló, fué mi maestra y ya después hemos seguido así.  
**Sylvia** ¿Pilar es tu *miss*?  
**Carm.** Sí.  
**Fifi** ¿Aquella?  
**Carm.** Sí... ¡más buenal! (Se ha vuelto á mirar á Pilar y le sonríe.) Pilar, ¿estás contenta?  
**Pilar** Sí, hija mía.  
**Carm.** Dame un beso.  
**Pilar** (Va hacia Carmina y la besa en la frente sin darle importancia.) ¡Bobal! (Las primas se miran extrañadas y no comprenden mucho aquel cariño. Pilar sigue hasta la mesa, coge con disimulo el retratito de antes y lo esconde en un cajón. Por la lateral entra AGUSTINA y se le acerca: las niñas continúan hablando.)  
**Agus.** La señorita Pilar dijo que se le avisara para disponer el cuarto de la señora Condesa.  
**Pilar** Sí, voy, Agustina. (Y en tono de reconvección cariñosa.) Acabo de encontrar sobre la mesa otro retrato.  
**Agus.** Señorita Pilar, ¡nacen! le aseguro á usted que esta mañana...  
**Pilar** Basta; vámos. (Y salen por la lateral.)  
**Sylvia** ¿Qué meses son los que pasas en el campo?  
**Carm.** De Mayo á Diciembre, por lo menos.  
**Sylvia** ¿Si estamos acabando Junio!  
**Carm.** Digo los otros años; este no sé.  
**Fifi** ¿Pero tu padre no te ha dicho?...  
**Carm.** Vereis lo que pasó. Yo le hablé á mi padre una mañana para que no nos fuéramos tan pronto... Era cuando aquello que os expliqué de aquel amigo de papá.  
**Fifi** Á mí no me explicaste nada. Los secretitos se los cuentas á mi hermana que pregunta más.  
**Carm.** ¿Y tú no le dijiste?...  
**Fifi** ¡Naturalmente! pero le habías recomendado

que callara y por más esfuerzos que hice no pude arrancarle el nombre.  
**Carm.** ¡Si es lo único que no le dije! (Amenazando á Sylvia.) ¡Malal!  
**Sylvia** Hija, estas cosas se cuentan para que se repitan; ya se sabe.  
**Carm.** Bajemos la voz.  
**Fifi** ¿Tu *fraulein* no te deja tener novio?... La nuestra tampoco. En cuanto apunta uno se pasa las noches haciéndonos sermones y el día devorándole con sus ojazos. Infalible. A las pocas semanas el infeliz desaparece; yo creo que les asusta ó se los come.  
**Carm.** ¡Tontal!  
**Fifi** En resumidas cuentas: que convenciste á tu padre, que este año no te mueves de Madrid y que el idilio sigue; ¡enhorabuena!  
**Carm.** No, papá, no suele convencerse fácilmente. Decidió que la marcha sería el quince de Mayo y hasta tuve que acabar pidiéndole que la anticipáramos un poco.  
**Fifi** ¿Tú?  
**Carm.** Papá es así. Pero pasó el quince de Mayo, el quince de Junio, vamos á entrar en otros meses y no se habla de viaje.  
**Sylvia** Yo en tu lugar estaría muy contenta por haberme salido con la mía.  
**Carm.** Pues yo no. Me gusta que papá haga las cosas como las dice. Me tiene acostumbrada así.  
**Fifi** Por de pronto, las vacilaciones de tu padre...  
**Carm.** Papá no vacila: habrá cambiado de idea y nada más.  
**Fifi** Con tu permiso, á eso se le llama vacilar; pero no reñiremos si tú quieres. Iba á decir que al cambio de ideas de tu padre, tenemos que agradecerle por de pronto los buenos ratitos que pasamos juntas.  
**Sylvia** Es la primera vez que te encontramos en Madrid al regresar nosotras del colegio.  
**Carm.** ¡No nos veíamos desde chiquitinas!  
**Sylvia** Pero á ti no puede contrariarte esta demora; no me seas hipócrita, primíta; lo del novio seguirá adelante...  
**Carm.** Te diré: papá me había prometido en cambio un viaje á Niza.

**Sylvia Carm.** ¡Ah, eso es distinto! Por lo demás, sólo tengo motivos para estar contenta. Me abrieron la jaulita. Mi vida es otra. Comemos casi todos los días en familia...

**Sylvia Carm.** ¿Con tu padre?  
Y con Pilar... ¡Ah, me olvidaba! Papá nos ha puesto nueva la jaulita... ya sabeis...

**Fifi Carm.** Sí, tu cuarto.  
Y el cuarto de estudio; y el cuarto de Pilar; ella no quería. Pero ha quedado todo preciosísimo. Su aparadorcito para libros, su mesita, cacharros con flores, porcelanas, dos vitrinas; está una hermosura, ¿quereis verlo?

**Las dos Pilar** ¡Sí, sí, vamos!  
(Entra por la lateral con una toca y un abrigo ligero que deja sobre una silla. Al verlas que salen dice:) Carmina, ¿quieres escucharme un momento? (Carmina se le acerca y hablan.) Esta chiquilla es tonta, Sylvia.

**Fifi Sylvia Fifi** Pavita, Fifi.  
¡Señor, lo que se cuenta en casa del tío Lorenzo y la dichosa prima nos resulta blanca!

**Sylvia** ¿Recuerdas las enormidades que esperábamos saber?

**Fifi Sylvia Fifi Sylvia Fifi Sylvia Pilar** Pues ya has visto.  
Papá es así.  
Papá no vacila.  
Le retrató.  
De cuerpo entero.  
¡Angel de Dios! (Se acercan a Pilar y Carmina.) Si es a ver la jaulita, os acompaño y así conoceré a las primas; digo, si estas señoritas...

**Sylvia Carm. Pilar Fifi** Nosotras veníamos a buscar a usted precisamente.  
¿Ves, Pilar?  
Pues muchas gracias.  
No nos perdonaríamos haber sido la causa de un resentimiento entre amigas tan verdaderas como ustedes dos.

**Sylvia Fifi** No faltaba más.  
Ya nos ha dicho Carmina que es usted una excepción.

**Pilar** No, señorita. Con seguridad Carmina no ha

empleado esa palabra. Ella es tan buena, que sólo cree que es corriente y natural en el mundo la bondad. Para Carmina yo sería una excepción si fuese mala. Y ella no me habrá juzgado así. ¿Verdad, señorita!  
(Fifi le vuelve la espalda murmurando.)

**Fifi** ¡Impertinente!  
(Aparece en la puerta del comedor LORENZO, que da el brazo a la Condesa.)

**Lor. Carm. Cond. Pilar Lor.** ¿A dónde lleva el vuelo la bandada?  
¡A la jaulita!  
¡Valiente algarabía armareis juntas!  
Voy con ellas.  
Y yo con ustedes, cuando deje en el sillón a la Condesa.

**Cond.** ¡No, no, no!... Yo tengo bríos para llegar por etapas y sin auxilio de nadie. Con la más currutaca de mis sobrinitas me pongo a animosa. Y ya no digo con Pilar, que comparada conmigo es una vieja. (Suelta el brazo de Lorenzo y avanza por su pie al sillón.)

**Pilar Cond. Lor. Cond.** Tal vez tenga usted razón, madrina.  
¡Ajá!... Llegamos.  
Sin que haya habido *panne* que lamentar. (Apoyada en el respaldo mientras habla.) Eso es; sin avería como rezábamos entonces, cuando dicen que se viajaba en diligencia... ¿ustedes lo han creído alguna vez, hijitas mías? ¡Quiál!... ¡paparruchas! Cerrando los ojos para recordar, yo juraría que todos los viajes de mi juventud los hice en automóvil. ¡Qué rapidez aquella y qué pasar vertiginoso de una sensación a otra! Es que curiosidad, sentidos y memoria estaban ágiles. Ahora, con los *cuarenta* y los *cien caballos* de que hablan ustedes, es cuando yo empecé a viajar despacio. Mi pensamiento como mis pies va poco a poco, y no se me rían, porque les ha de pasar lo mismo a ustedes. Arrugaditas han de verse como yo, Dios lo permita, y para entonces en el mundo viajarán volando. Volando, los de entonces. Pero estas sobrinitas mías, no. Ustedes sin máquina ninguna y pisando muy duro con zapatitos de tacón sobre la tierra, ahora vuelan; ¡ahora es cuando vuelan!... Aprove

chen ustedes, aprovechen. (Da una vuelta y dice á Pilar.) Pilar, dame tu mano.

**Pilar** ¿Se quiere usted sentar, madrina?

**Cond.** Sí, hija mía: mis bríos, de todas maneras, no van hasta consentirme que haga dos veces un camino inútil. Tráeme toca y abrigo que estarán en mi cuarto.

**Pilar** Los traje ya; allí están. (Señalándolos.)

**Cond.** Pues yo aquí espero sentadita, tocada y compuesta.

**Fifi** ¿De modo que después nos acompañas tú?

**Cond.** Si no os levanta de cascos Lorencito y tardais mucho.

**Sylvia** ¡No son más que las cuatro y el sol quema!

**Cond.** Yo á casa para el té de Carmina; ya sabeis.

**Lor.** ¿Quereis que aplacemos la visita?

**Fifi** No, no, tío; vamos, vamos.

**Cond.** Por la golosina de ir contigo, ¿tendrás suerte?

**Sylvia** Y porque nos dijo Carmina que todo está preciosísimo.

**Lor.** Tampoco os imaginéis que vais á ver nada del otro mundo. En fin, andando.

**Fifi** Tío, el brazo. (Se coge de él.)

**Sylvia** Tío, el otro brazo. (Ídem.)

**Carm.** ¿Vienes, Pilar?

**Pilar** Ahora ya no; me quedaré con la madrina.

**Lor.** ¡Ah, muy bien! Déjala estar. Y tú abre campo. (Con ironía, señalando á las que se quedan.) ¡Desde la esquina de la chimenea, la austeridad, los años, la prudencia y el juicio nos contemplan! ¡Un grito de protesta, amigas mías! ¡Libertad, alegría, juventud! ¡En marcha, en marcha!

(Sale por el fondo el grupo agitando sus pañuelitos de encaje; Sylvia y Fifi cantando, á coro con Carmina, los primeros compases de la "Marsellesa". Las vocecitas se atenúan por la distancia poco á poco; la viejecita sonríe y dice.)

**Cond.** ¡Pero qué canalla sigue siendo este sobrino mío, qué canalla! Por él no pasan años!

**Pilar** ¿Le pudo usted hablar, madrina?

**Cond.** ¡Las que cuenta! Y todo fingido. Está con pretensiones de engañarme á mí, que le sé qué tantas veces de estas trampas. Sería cardoroso, si no fuera cínico. Pero le veo espantatruenos como nunca.

**Pilar** ¿Le ha dicho usted si nos vamos por fin al Caserón?

**Cond.** Vendréis conmigo. Bastó que le hablara de Carmina. «Mira que está entrando Julio, y el calor va á quitarle la carne á puñados; ya sabes que le pasa...»

**Pilar** Y es verdad.

**Cond.** Nada; que fué distracción, pereza de pensarlo y... ¡músicas! Lo que hay es que él, cuando le entra una de estas cerrazones grandes, piensa en lo suyo nada más; dale que dale, como los locos con su tema.

**Pilar** ¿Y de lo otro?

**Cond.** (Afectando en toda la escena cierta candidez y buena fe para obligar más á Pilar á espontanearse con ella.) ¿Qué es lo otro?

**Pilar** Los miedos de usted; lo que me dijo ayer, las sospechas que la trajeron á Madrid.

**Cond.** ¡Ah, sí! Vamos. ¿Tú ves?... Se me había metido en la cabeza, por lo que leía entre líneas de sus cartas, que esta vez te estaba preparando á ti la bribonada.

**Pilar** ¡Madrina, por Dios!

**Cond.** Sí; me engañé.

**Pilar** ¿No se lo dije?

**Cond.** ¡Yo que en mi juventud, tocante á chismes de amoríos, era capaz de detener un grano de pólvora en el aire! Todo acaba. Lo que hay es que no sabe dónde ponerte por lo que estás haciendo con esta casa desde que decidió cambiar de vida, digámoslo así. Y que el orden. Y que la puntualidad siempre. Y que la compostura en todas partes. Y que parecen otros los criados. Y que esto, quien lo ha visto y quien lo ve... La verdad es que está desconocido. Buena maña te das, y así me gusta. Dice que antes tenía jaula en casa, y que ahora, por toda su casa parece que se haya extendido la jaulita de antes.

**Pilar** ¡Buen pájaro está él!

**Cond.** ¡Y bien la engaña! Diga usted, madrina, que esto está peor que nunca.

**Pilar** ¿Qué me cuentas?

**Cond.** Un escándalo. Aquí todo es mentira. ¡O que está á la vista es nada más lo que no importa. Detrás de lo que se dice, como su

sombra, está lo que se calla. Me parece que en el aire, en la luz, en los rincones de los cuartos al caer de la tarde, hay algo, yo no sé cómo explicarme, que pesa y se masca; que se habrá quedado aquí de tanto como ven al cabo del día estas paredes. Dan ganas de abrir de una vez todas las ventanas y barrerlo. Pero el mal está adentro y no se puede. Es como el corazón de esta casa; habría que arrancarlo y una tiene miedo de mancharse. Cuantas más vueltas le doy, más imposible me parece, y menos me dejan descansar mis pensamientos.

**Cond.** Te diré, Pilar, que delante de ciertas cosas, lo mejor que puedes hacer es ignorarlas; cierra los ojos y no pienses.

**Pilar** ¡No se puede, madrina!

**Cond.** ¿Ah, no se puede?

**Pilar**

Como no se puede librar una del fuego en un cuarto cerrado, aunque esté lejos de él; entra el humo en los pulmones y te asfixia!...

**Cond.** ¿Sí, verdad?

**Pilar** Ya le he dicho á usted que esta vez es un escándalo. Está ciego y no lo oculta.

**Cond.** El habla de una...

**Pilar** (Rápidamente.) ¡Rosita Garcés!

**Cond.** Ah, ¿tú sabías?... Sí; ese nombre dijo.

**Pilar** Es ella; es ella.

**Cond.** Bribona, por las muestras debe serlo; pero además, yo no sé; á veces estos hombres se encalabrinan por unos espantajos; puede ser que sea vieja, fea...

**Pilar** No, madrina, no. (Saca del cajón el retratito de antes y lo da á la Condessa.) Mírela usted.

**Cond.** (Con intención y mirando el retrato mientras habla.) Bonita, es bonita. Parece alta y está llena, sin ser gruesa. Mira limpio y segura de sí misma, que ya es mucho. Tiene un hoyuelo en la barba que la anima; viste bien, el cuello es noble...

**Pilar** (Arrancándole el retrato de las manos y como sin poderse contener.) ¿Pues para qué quiere usted más? Con eso basta. Y á la bondad y al corazón les parta un rayo. ¡Si es usted, madrina, y se le rien los ojos disculpando!

**Cond.** ¿Qué te pasa?

**Pilar**

¿No le he dicho á usted que en el corazón de la casa estaba el mal? ¡Pues aquí lo tiene usted! (Mostrando el retrato.) ¡Y hay que arrancarlo! (Tira otra vez el retrato en el cajón y acaba.) ¡Y un día será!

**Cond.** Ven acá, Pilar. ¡Me estás hablando con un fuego... ¿No es que tú?...

**Pilar**

¿Qué? ¡Yo no, madrina!

**Cond.**

Bien, bien; callo. No quiero pasarme de lista contigo también; porque entonces tendrías que retirarme... (Se ha puesto de pie y añade.) Dame eso, que me iré arreglando. No vayan á acabar antes las niñas. Te he visto aquellos mismos ojos conque en el caserón, de chiquitina, decía yo que me anunciabas las tormentas... ¿No te acuerdas?

**Pilar**

Sí, madrina.

**Cond.**

Así brillaban. Yo tenía mis razones para decirte. Tu padre fué marino, y de él imaginaba yo que habrías sacado aquella virtud de presentir el tiempo. (Ha acabado Pilar de ayudarla; la viejecita deja una pausa y añade, mirándola fijamente.) Tu padre fué además un hombre de honor.

**Pilar**

Lo sé.

**Cond.**

(Volviendo á sentarse.) Aparte de eso, se portó como un canalla con tu pobrecita madre. ¡Para que vayamos á fiarnos de los hombres! Piénsalo, Pilar, y vive alerta... ¿sabes? Porque más buena y más santa que la santa de tu madre no serás, ¿verdad?

**Pilar**

¡Madrina!...

**Cond.**

¿Qué?

**Pilar**

Yo sé que usted me quiere... pero cuando me trajo usted aquí, no pensó bien. Con usted yo era feliz, nada pedía... Y ahora, Carmina de un lado... y de otro... ¿qué he de hacer?

**Cond.**

(Con ternura, acercándose á ella y hablándola maternalmente.) De niña, cuando estabas á mi cuidado y yo tenía que dejarte sola, nunca te di más que una orden, ¿la recuerdas? «Pilarita, adiós: haz lo que quieras; pero piensa que has de contármelo después». Eras leal, sincera, franca, ni sospecha había en ti

de la mentira; y para no tener que contarme nada malo, fuiste siempre buena. Pues la vida no te habrá cambiado tanto. ¿Qué has de hacer? (La abraza, la besa en la frente, y concluye.) Pilar, haz lo que quieras, pero piensa que has de contármelo después. ¿Entiendes, hija?

**Pilar** (Con emoción.) Sí, madrina.

**Cond.** Desde esta tarde, desde este momento. ¿Y la conversación de antes no vale?

**Pilar** No, madrina. (Por el fondo vuelve á entrar LORENZO; las niñas quedan charlando en el Hall.)

**Lor.** Cuando usted disponga, tía; las niñas ya están. ¿Quiere usted el brazo?

**Pilar** ¿Sale también Carmina, don Lorenzo?

**Lor.** Sí; me lo ha pedido con tanto empeño, que no he sabido negarle el caprichito. Ella va tan contenta con sus primas... y no le digo que las acompañe usted, Pilar, porque no hay más que cuatro asientos en el coche.

**Pilar** Yo iba á pedirle á usted permiso para quedarme aquí esta tarde.

**Lor.** Entonces, mejor. Todo se arregla. (Ha dado el brazo á la Condesa y van á salir por el fondo.)

**Cond.** ¡Adiós, ahijada!

**Pilar** ¡Adiós!

**Lor.** Diga usted que prevengan á Pastor. Y que esta tarde no recibo á nadie.

**Pilar** ¿A nadie?

**Lor.** A nadie, Pilar; recomiéndelo usted misma, hágame usted el favor.

**Pilar** Está bien. (A CARMINA, que se destacó del grupo de las primitas.) ¿Me dejas?

**Carm.** Yo no quería. Y menos yendo con las primas. Pero papá lo ha dispuesto, y no hay remedio. (Abrazándola y besándola.) Adiós, mamá Pilar.

**Pilar** (Ídem.) Adiós, Carmina.

**Carm.** Diré que me aburro y volveré en seguida.

**Pilar** Adiós. (Salen todos y se les ve desaparecer por el Hall. Pilar queda mirándoles un momento; entra JAVIER por la lateral, deteniéndose dudoso.) Llega usted á punto. Me encargó don Lorenzo que le hiciera llamar para la firma.

**Javier** Aquí le aguardo.

(Javier se dirige á la mesa y Pilar sale por la lateral.)

Al cabo de unos instantes vuelve á entrar LORENZO. El Secretario, que ha dejado la firma sobre la mesa, espera órdenes.)

**Lor.** (Al sentarse.) ¿Habló usted con Pilar, amigo Pastor?

**Javier** Acaba de salir hace un momento; me ha dicho que usted pidió la firma.

**Lor.** Ya. (Deja la pluma para encender un cigarrillo.) No ha entendido usted del todo mi pregunta. Me refiero á lo que me dijo usted respecto á Pilar hace ya tiempo.

**Javier** No había entendido, es verdad.

**Lor.** ¿Y qué?

**Javier** Pues que pasó á la historia; ya no hay nada.

**Lor.** ¿Nada?

**Javier** Nuestra buena amistad de siempre, y nada más.

**Lor.** (Que sigue firmando.) Ajá... ¿no iban ustedes á casarse?

**Javier** Yo cometí la ligereza de hablarle á usted sin saber nada seguro. Y por lo visto...

**Lor.** ¿Se había equivocado usted? ¿La señorita Pilar no estaba decidida?

**Javier** Así parece.

**Lor.** En fin, mujeres sobran, y es usted muy joven. Pero la solución que yo indiqué—¿recuerda usted, Pastor?—me parecía tan aceptable, tan... ¿cómo la encontró Pilar? ¿Se la propuso usted?

**Javier** Sí, don Lorenzo.

**Lor.** (Con interés, dejando el correo.) ¿Y qué?

**Javier** Lo mismo; nada.

**Lor.** (Volviendo á sus cartas.) Ya... Tendrá otros planes... Y á lo mejor, ¿quién sabe!... otros amores... ¿A usted no le ha dicho?...

**Javier** No, señor.

**Lor.** Estas mujeres un poquito sabías son ordinariamente frías y calculadoras... ¿eh?

**Javier** ¡La señorita Pilar es todo corazón!

**Lor.** ¡Ah, vamos!... ¿El libro de cheques?

**Javier** (Que tiene en la mano un talonario de cheques.) Aquí está.

**Lor.** (Leyendo la cantidad en una carta.) Cuatro mil seiscientas.

**Javier** (Leyendo la cantidad en el cheque.) Cuatro mil seiscientas.

**Lor.** Venga. (Javier arranca del talonario el cheque y lo entrega á don Lorenzo. Don Lorenzo firma, y acabando su tarea, se pone de pie.) Ya está todo. Amigo Pastor, mi ofrecimiento del otro día queda en pie; no iba usted á tener desgracia en todo. Me intereso mucho por usted y espero que muy pronto...

**Javier** Debo advertirle al señor que yo molestaré poco al señor.

**Lor.** ¿A mí?

**Javier** Me voy de España.

**Lor.** ¿Usted?

**Javier** A Boston.

**Lor.** Ya; para olvidar... nada tengo que decir, porque supongo que ya usted lo habrá pensado bien. Lo siento. Y si un día vuelve usted á España, para olvidar á alguna yanqui, aquí me tiene usted. Pero el procedimiento va á resultarle caro en pasajes, si es usted propenso á enamorarse... Amigo mío, se hacen viajes para conocer mujeres. Para olvidarlas... ellas... ellas mismas. (Entra por el fondo, un poco bruscamente, PILAR. Se hace una pequeña situación.) ¿Pilar?

**Pilar** Sí, don Lorenzo; y es para excusarme. Di orden de que no se recibiera á nadie como usted me dijo; pero... (Calla un instante y don Lorenzo dice á Pastor que esperaba órdenes.)

**Lor.** Nada más, Pastor. (Sale el secretario.) Siga usted, Pilar.

**Pilar** Desde el estudio, por el mirador, he visto que discutía acaloradamente con Ignacio, en la verja misma del jardín, una señora. Y empujándole casi y á la fuerza, ha entrado en casa.

(IGNACIO presenta una tarjeta que Lorenzo lee. Dice luego al criado.)

**Lor.** ¿Y espera?

**Ign.** Sí, señor.

**Lor.** Avisaré.

(Se va Ignacio.)

**Pilar** Como tal vez ha sido torpeza mía al dar la orden, si esa señora se empeña en pasar y no quiere usted hacer una excepción, yo la recibiré.

**Lor.** (Sonriendo y mostrando la tarjeta, que Pilar no mira.) ¿Usted, Pilar? ¿usted la conoce?

**Pilar** Rosita Garcés.

**Lor.** ¿Y usted pretende?...

**Pilar** No; yo nada. Se me había encomendado el cumplimiento de una orden y venía dispuesta á facilitarlo por mi parte. Pero si usted ha vuelto de su acuerdo, no tengo nada que añadir y me retiro. (Va á hacerlo.)

**Lor.** ¡Pilar!... (Pilar se detiene.) Perdone usted, Pilar; pero es usted de una impavidez y de una frialdad conmigo que á veces me exasperan. Confiese usted que el paso que va á dar no es lo corriente. Va usted á decirme como siempre que es por Carmina y que no hace usted otra cosa que irle abriendo camino hasta mi corazón. Yo lo he querido; no me opongo. Pero es imposible que esta tarde no tenga usted otras razones y me habría gustado conocerlas antes. Por eso, y no porque volviera de mi acuerdo, me ha visto usted dudar.

**Pilar** Pues la verdad es que no tengo otras razones, don Lorenzo.

**Lor.** ¡Perfectamente! (Llama.) Ya ve usted que no me duelen prendas. Le juro á usted que había olvidado por completo esta visita. Yo hice todo cuanto pude para que esta tarde nos quedáramos solos nosotros dos en casa; porque necesito hablar con usted. Pero esto no importa: así se abrevia todo. Después usted y yo... (Va á contestarle Pilar cuando se presenta Ignacio y Lorenzo le dice:) No estoy en casa para nadie. Dígalo usted á esa señora, y si á pesar de todo insiste, la señorita Pilar me hará el favor de recibirla. (Sale el criado. Sale también Lorenzo por la puerta del comedor y antes de cerrarla dice á Pilar:) Usted decide.

(Se oye su voz en el Hall.) ¿Que no está Lorenzo? ¡Si no sale estas tardes! ¡No es posible! (Entra en escena; ve á Pilar.) Perdón, señorita... ¡Mire usted que obligarme á hacer antesala en esta casa! ¡Tiene gracia! (Y se dispone á abrir la puerta del comedor.)

**Pilar** ¿Dónde va usted, señora?

**Ros.** ¿Pero qué comedia es esta? ¿Dónde está Lorenzo?

**Pilar** La señora Condesa de Husadas llegó ayer

sin avisar; la casa está un poco alterada y don Lorenzo tuvo una obligación urgente.

**Ros.** Dejaría algún encargo para mí, ¿no recuerda usted si dijo algo especial? para Rosita Garcés... ¿le suena el nombre?

**Pilar** Su nombre de usted es conocido en esta casa.

**Ros.** Menos mal.

**Pilar** Pero don Lorenzo no ha dicho nada para usted.

**Ros.** Se le habrá olvidado.

**Pilar** Claro.

**Ros.** Es un canalla... ¿puedo ponerle unas líneas?

**Pilar** (Impaciente; junto a la mesa.) Aquí mismo.

**Ros.** (Acercándose; pero parándose delante de un espejo á embadurnarse la cara con una brocha diminuta.) Naturalmente: á mí no me la dan ustedes. Lorenzo, á estas horas, está en casa y sabe Dios con quién. (Guarda su brocha y pregunta con malicia.) ¿Carmen Denis?...

**Pilar** Yo no miento.

**Ros.** Pues no va usted á durar en esta casa.

**Pilar** Llevo diez años.

**Ros.** ¡Y yo no la conocía á usted! ¿Cómo es posible? (Antes de sentarse la examina de pies á cabeza con impertinencia.) ¿Decía usted que hace diez años, señorita?—pues entonces no es usted tan joven.

**Pilar** No he dicho que lo fuera, y además... (Rosita abrió su bolso para buscar su estilográfica y tira al mismo tiempo de un sobre que hay en él.)

**Ros.** ¡Ah, dígame usted que le trala este retrato!

**Pilar** ¿Otro?

**Ros.** Me lo pidió ayer tarde; le ha entrado furor... ¿se encargaría usted de dárselo en mi nombre?

**Pilar** Bueno.

**Ros.** (Con impertinencia.) Perdone usted; pude ser usted curiosa y puede darle á usted la ocurrencia de mirarlo ¡oh, no me importa!... Pero como Lorenzo y yo también somos viejos camaradas, hay confianza, y el retrato va con un poquitito de detalle; disimule usted. (Pilar coge el retrato; pasa al otro lado de la escena, lo tira sobre una mesita y queda esperando

nerviosa.) No la sentó muy bien... ¿qué tipo! (Muerde el mango de la pluma, pensando.) ¿Y qué le digo yo? (Poniéndose á escribir.) ¡Le daré un sablazo! (sigue escribiendo unos momentos.) «Tuya, tuya, tuya». (Firma y rubrica.) La... (Pilar avanza un poco.) Entonces, señorita... pero dispéñseme usted, yo soy curiosa: ¿puedo saber con quién hablo y qué papel viene usted á representar en esta casa desde hace tantos años?

**Pilar** Soy la maestra de la niña.

**Ros.** ¿La señorita Pilar?

**Pilar** La misma.

**Ros.** ¿Nada menos? ¡Estoy delante de la señorita Pilar y no me había avisado el corazón! (Vuelve á examinarla con afectada minuciosidad.) ¡Pues no es para tanto! Tengo el gusto de participarle á usted que es usted mi rival. ¡Ah, pero tiene una barbaridad de gracia! Es usted una rival peligrosísima; muy nueva; una rival apasionada y razonable. Lorenzo me ha dicho...

**Pilar** ¿Terminó usted su carta?

**Ros.** Aquí está. Lorenzo...

**Pilar** ¿Y va usted á marcharse?

**Ros.** Ahora ya no. ¡Se me pasaban unas ganas de tropezar con usted alguna vez! Lleva usted una táctica admirable y le descuento el triunfo. Es usted una mujer de orden y nosotras sabemos cómo cotizan eso ciertos hombres, pero...

**Pilar** (Grave, interrumpiéndola.) He de advertirle á usted que no tengo ninguna obligación de escucharle impertinencias, ni de tolerárselas.

**Ros.** ¡Iba á darle á usted un buen consejo.

**Pilar** No necesito recibirlos de usted.

**Ros.** ¿Por qué no? Del enemigo el consejo... Pero es igual. Puede usted retirarse cuando guste.

**Pilar** Se engaña usted.

**Ros.** ¡Ah, tate, hijita!

**Pilar** Va á ser usted la que salga y en el acto. Ni siquiera tiene usted que presentarme excusas que doy por oídas: esa es la puerta.

**Ros.** Está entendido. Tuvo usted mayor fortuna.

Conste que yo lo presentía. Pero no es tampoco para atosigarme. Llame usted á un criado y le daré mi carta.

**Pilar** Afuera están; hable usted con ellos cuanto quiera.

**Ros.** Así, mano á mano, es lo que ha querido usted decir. Pues bien, no; aquí las sillas son más cómodas, y después de todo, entre ellos y usted, si es por el rango, ¡á usted también la pagan!

**Pilar** Sí; por eso me obligan.

**Ros.** ¿A velar por la castidad y pureza de costumbres de su dueño? ¡Tiene gracia!

**Pilar** A barrer de este aire hasta el rastro del perfume que ha traído usted, porque también por los sentidos entra el mal; á eso me obligan. (Ha llamado pulsando un timbre.)

**Ros.** Pues vea usted; yo lo ignoraba.

**Pilar** Usted ignora demasiadas cosas; y precisamente por eso la omnipotencia de usted se está acabando. Ya hay que saber para todo en este mundo. Para el mal también. (IGNACIO aparece.) Acompañe usted á la señora hasta la puerta.

**Ros.** (Hasta el final con suave entonación sarcástica.) No, no necesito; conozco el camino. (Al criado.) Ignacio, dale aquella carta á tu amo cuando esta señorita le deje en paz unos minutos. Y dile que otro día nos veremos. Allá, sobre la mesa. (Ignacio va á buscar la carta. Rosita sale, y, pasando, dice á Pilar:) Ya me voy, señorita... ¡Tiene mucha gracia!... ¡Hasta más ver! (Sale. Pilar no contesta. Cuando Ignacio, que ha recogido la carta, va á salir también, Pilar le detiene.)

**Pilar** A esa señora que acaba de salir no se le vuelve á abrir la puerta en esta casa.

**Ign.** Es que el señor...

**Pilar** Sin replicar. La señorita Carmina lo ha mandado. (Ignacio se inclina y sale.) Así, ¡por una vez el aire está limpiol! Respiro bien. Alabado sea Dios; me hacía falta. (Coge el retrato que tiró sobre el mueble y lo esconde con el otro, en el cajón de antes: aspira con delicia el perfume de unas rosas que habrá sobre la mesa en un vaso y abre, si es posible, un balcón como para barrer hasta del aire el rastro que ha dicho. Por la lateral

entra AGUSTINA, y al verla, Pilar pregunta:) ¿Volvieron ya?

**Agus.** No, todavía; por eso la buscaba á usted. Son más de las cinco.

**Pilar** Pues no las esperen ustedes para el té. Sirvan al señor.

**Agus.** ¿Aquí mismo?

**Pilar** Aquí mismo.

**Agus.** (Al salir por el fondo.) ¿Para don Lorenzo nada más?

**Lor.** (Desde la puerta del comedor, por donde aparece en este momento.) Y para la señorita Pilar; pongan ustedes dos tazas, Agustina. (Sale Agustina. Don Lorenzo entrando, y por cierta extrañeza que ve en el rostro de Pilar añade:) ¿No va usted á permitirme que la invite esta tarde, que es mi huésped?

**Pilar** ¿Por qué, don Lorenzo?

**Lor.** Casi puedo decir que este es mi despacho oficial; el rincón más mío en toda la casa.

**Pilar** Pues yo me guardaré de ser intruso en él; entre otras cosas, porque voy á estar al cuidado de la madrina, cuando vuelva.

**Lor.** Olvida usted que tenemos que hablar.

**Pilar** ¿Todavía?

**Lor.** Eso es. Conozco á Rosita y me constaba que iba á respirar por su herida. Por eso he dicho que su arranque de usted abreviaría nuestro diálogo; pero no lo evita. Y dice usted muy bien, *todavía* tenemos que hablar... (Se había sentado, y viendo que Pilar continúa en pie, vuelve á levantarse.) ¿No se sienta usted?

**Pilar** No estoy cansada; no se moleste usted por mí.

**Lor.** Bien, después será... ¿quiere usted ante todo hacerme un resumen de ese «cuerpo á cuerpo» con Rosita?

**Pilar** Sí, señor; pero un resumen y muy deprisa; la verdad, porque no vale la saliva que se gasta. Supongamos que entro en este cuarto y en sitio aparente veo abierto uno de esos libros que, desde que en las casas andan niños de seis años, los padres suelen dejar en lo alto de las librerías olvidados; á que se inutilicen bajo el polvo, con el tiempo,

como sus corazones que no saben purificar al fuego de una vez. Pues uno de estos libros lo veo abierto aquí; y está abierto por su página más clara y aumenta la procacidad del texto una lámina canalla. Yo misma siento como el calor de un insulto que me sube á la cara, enrojeciéndola; pero además...

Lor.  
Pilar

Piensa usted en Carmina, por supuesto. Se me ha anticipado usted; iba á decirlo. La veo entrando sin avisar, tropezando un día con el libro y ya no vacilo: me apodero de él, abro una ventana, lo tiro á la calle. Sustituya usted la ventana por la puerta; el libro por Rosita y aquí no ha pasado nada más.

Lor.

Lo suponía... Va usted siguiendo su obra. Mi hija primero, después mi casa y al fin, yo. No se ha propasado usted á hacerlo sin mi consentimiento y yo lo acepto; pero... pero hagamos tratos. Ya le he dicho á usted que estoy en mi despacho y hasta cierto punto hablando con el *Administrador* de mi hacienda moral, si usted me permite. Acaba usted de liquidar mi vida pasada. Yo estoy dispuesto á darle á usted el *visto bueno*. Pero me queda un resquemor y quiero curarme de él haciendo una pregunta: Cerrada esa liquidación, ¿no arroja un saldo á mi favor? ¿O lo ha olvidado usted?

Pilar

(Sonríe con ironía.) En estas cosas administrativas la exactitud parece tan indispensable que yo le agradeceré que me pregunte usted con más claridad.

Lor.

Bien; con más claridad. Rosita Garcés, ¿no habló de mí? ¿No habló de usted? ¿Qué ha dicho de nosotros?

Pilar

Es muy posible que en alguna página de aquel libro estuviera su nombre de usted barajado con otros nombres, al azar. No he visto bien, don Lorenzo; pero su nombre debe sentir remordimiento de estar escrito allí y el de los demás, un gran dolor. Si Dios inventó el olvido para estos casos, tiene usted que estarle agradecido á Dios por su invención. Parta usted de donde quiera para hablarme; de aquí no.

Lor.

¿No cree usted que Rosita Garcés haya dicho la verdad?

Pilar

No quiero recordar lo que ha dicho. ¡Qué tal serán los sentimientos que le ha confiado usted cuando cayeron tanto! Pues no los toque usted; no vaya á salpicar el fango y manche.

Lor.

Pilar, eso es injusto. La vida no se para á presentar sus rosas como usted las ha puestas en aquel vaso, limpias, y graduando hasta el color. La vida las da muchas veces sobre una tierra inculta, cargada de escombros y de restos. Las ve usted allí por casualidad y las desprecia y habla de olvidarlas. Creo que se precipita usted. ¿Me deja usted que yo se las ofrezca en otra forma? Precisamente cortarlas, pulirlas, agruparlas, la presentación y el vaso, son mi especialidad. (Por la puerta del comedor, con el té servido en una bandeja y seguida de un criado que la ayuda, entra AGUSTINA; y Lorenzo concluye, haciendo una perfecta transición.) Ajá, Agustina.

Agus.

¿Dónde, señor?

Lor.

Aquí mismo, en esta mesa. (Señala una y dice á Pilar:) ¿Quiere usted ayudarme, Pilar?... La arrinconaremos un poquito... Más adelante, en invierno, aquí habrá fuego y quiero acostumbrarme desde ahora... (Ayudado por ella, acerca la mesa hacia la chimenea y dice:) Así; esta bien; gracias, Pilar. (A Agustina.) Servid. (Lo hacen Agustina y el Criado. Cuando van á retirarse, Lorenzo, que pasó al otro extremo junto á la mesa grande, añade) Una silla para la señorita Pilar, allí. (Señalando. Agustina pone la silla y el Criado sale.) Muy bien, gracias.

Agus.

¿Mandan ustedes algo más?

Pilar

Cuando Carmina vuelva, avisenme.

Agus.

(Al salir por el fondo.) Sí, señorita.

Lor.

(Sonriendo dice á Pilar.) Pero no se precipite usted, nos darán tiempo.

Pilar

Usted recordará que está la casa sola y evitará que yo me impacienté, acabando cuanto antes. (Lorenzo pasó de la mesa grande á la mesita el jarro de las rosas; lo coloca entre las dos tazas y se aparta para ver el efecto.)

Lor.

¿Acabar?... Estaba empezando. Pero es una

idea excelente que nos conviene á los dos. Empezaré por el final. (Y se acerca á Pilar unos pasos.) El pasado es pasado; y esta vez más que ninguna. Rosita no contó nunca en mi vida. Desde el primer instante la tomé como un pretexto para interesarla á usted. Usted me evitaba tercamente. Pero yo sé que todas ustedes se defienden por amor y atacan por celos. Yo he preparado el ataque; lo quería, lo esperaba, y fué esta tarde. Precisamente el mismo día que yo había escogido para capitular sin condiciones. Porque ya no lucho más, Pilar; no puedo. Ahora, para la reconciliación y la paz, ponga usted un poco de piedad, una promesa de ternura; yo pongo el resto de mi vida. (Un movimiento en Pilar que Lorenzo contiene precipitando su otra frase.) ¡No! Ya ve usted que la mesa de esta orgía no es para asustar á nadie. En la intimidad de la casa, un poco de misterio, un rinconcito en la vida normal, sin alterarla mucho; es una mesa sobria, parca, si usted quiere, y por único lujo, entre los dos, unas flores: las que usted ponga cada día. Y no ponga usted más que las que yo merezca.

**Pilar** (Con melancolía que todavía contiene su indignación.) ¿Pero no piensa usted?...

**Lor.** (Interrumpiéndola y con absoluta naturalidad.) No, Carmina, esta vez no viene á cuento. Apartadamente no cambia mi vida, no extrañará nada, no ha de saber nada. La quiere usted tanto que su ternura me responde de su discreción. Estoy tranquilo; Carmina ignorará.

**Pilar** (Rompiendo, sin poderse contener, en una especie de sollozo gritado.) ¡Oh, basta, basta!... ¿A qué se atreve usted? (Y va á salir.)

**Lor.** (Sorprendido y exagerando la naturalidad.) ¿Se va usted, Pilar?

**Pilar** Me voy.

**Lor.** ¿Por no contestarme? ¡Si yo no pido una contestación! Vendrá con el tiempo. Ahora, estas palabras nada más. ¿Quiere usted aceptarme una taza de té, Pilar? Esta es su silla.

**Pilar** No, no lo es.

(AGUSTINA apareciendo un momento en la puerta y retirándose después.)

**Agus.** La señorita ha vuelto.

**Pilar** (Radiante y como libertada.) ¡Voy!

**Lor.** (Corriendo á detenerla; violencia y contrariedad en la voz.) No, Pilar, no cante usted victoria. La adoro á usted; está usted en mi casa; yo tengo una voluntad de hierro cuando quiero; se multiplicarán las ocasiones y ha de ser, y es fatal. ¡Piénselo usted!

**Pilar** ¡Sin pensarlo! ¡Lo que me ha dicho usted es una infamia! (Lorenzo, después de su amenaza, ha salido por la lateral.) ¡Es una infamia! ¡y una crueldad!... ¡Yo supe callar! (Se ha desplomado en una silla olvidada de todo en su indignación y en su dolor. CARMINA entra alegre y saltando por el fondo.)

**Carm.** ¡Pilar!... ¿Ves cómo vuelvo pronto?

**Pilar** (Poniéndose en pie y haciendo esfuerzos indecibles por dominar su emoción.) Carmina...

**Carm.** ¿Qué tienes? ¡Yo venía tan contenta! Te oí gritar... ¿Con quién gritabas? ¿No estabas sola? ¿Quién era?... ¿Papá?

**Pilar** ¡No, Carmina!... ¿Qué dices? ¿Qué piensas?

**Carm.** Te oí gritar...

**Pilar** (Logrando dominarse.) Sí, tal vez; llamaba. Os han servido; pero tu padre estará lejos... no me oyó.

**Carm.** (Grave, todavía dudosa y como para cerciorarse.) ¿Le traigo?

**Pilar** Sí, Carmina; si tú quieres. Harás bien. (Aún interroga atentamente el rostro de Pilar que permanece impassible y sale por la lateral. Ahora acompañada de Agustina, llega la CONDESA por el hall; hace á la muchacha señal que se retire y casi desde la puerta, tranquila, pregunta á Pilar.)

**Cond.** ¿Y qué? ¿Tienes algo que contarme?

**Pilar** (Sin reprimirse ya.) Sí... ¡Cuídenme ustedes á Carminal! ¡Quiéranla!

**Cond.** Pilarita...

**Pilar** Porque yo... me voy de esta casa.

**Cond.** ¡Pilar!

**Pilar** Sí, madrina... ¡Me voy de esta casa! (Y contiene á la Condesa, viendo llegar por la lateral á CARMINA y LORENZO.)

**Lor.** (A la Condesa, procurando aparecer tranquilo.) ¿Ya de vuelta, tía?

- Cond.** Tú no me tienes mucha cara de habernos esperado. (Pilar pasó á primer término á la mesa donde sirve el té; Lorenzo, maquinalmente, sin responder á la Condesa, viene á ocupar su sitio de antes.)
- Pilar** Ven, Carmina: esta es tu silla. (Lo dijo procurando que entendiera Lorenzo; la niña se sienta.)
- Carm.** ¿Y tú, Pilar?
- Pilar** ¡Oh, yol... Me gusta veros á los dos, reunidos, como ha de ser ya para siempre. Si, Carmina. Al fin y al cabo ave de paso, un día yo tal vez levante el vuelo... y vosotros quedáis.
- Carm.** (Extrañada, mirando á Pilar.) ¡Pilar!
- Pilar** (Rápida transición; voz natural.) Vamos, sirve á tu padre, como yo te he enseñado; á ver, Carmina... así... así... (Carmina, obediente, lo hace; risitas infantiles, cuchicheo, olvida al otro grupo. Pilar poco á poco se va retirando hacia el fondo, donde la esperan los brazos de su madrina.) Mi obra... mi pobrecita obra... ¡Y hoy se acaba! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

## ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior.

(Después del almuerzo, están reunidos la CONDESA DE HUSADAS, CARMINA, LORENZO y tres amigos de éste: CASANOVA, JULITO VALENCIA y OLMEDO. Carmina sirve el café. Forman dos grupos; Lorenzo y Julito Valencia acompañan á la Condesa que estará sentada junto á la mesa grande. Casanova y Olmedo, cerca de la chimenea, hablan. Carmina va de unos á otros sirviendo.)

- Carm.** ¿Mucho, mucho azúcar, señor Casanova?
- Olm.** Mucho, señorita, que es un hombre amargo.
- Carm.** No lo diga usted. Yo le quiero porque es más divertido que todos ustedes y siempre cuenta cosas. Pongo dos.
- Cas.** (A Olmedo.) ¡Y tú rabial!
- Cond.** Azúcar á Julito, Carmina.
- Olm.** Vuelva usted. Tengo un encargo para usted.
- Carm.** Pues vuelvo en seguida: soy muy curiosa. (Carmina se acerca al otro grupo.)
- Olm.** Es un encanto de chiquilla.
- Cas.** Es el encanto de un milagro, al lado de un perillán como Lorenzo.
- Lor.** (A la Condesa.) ¿No quiere usted café?
- Cond.** Luego, en mi cuarto, tomaré una tacita de manzanilla. No estoy bien.
- Carm.** (Que vuelve al primer grupo.) ¿De qué se trataba?
- Olm.** Lucito me ha preguntado mucho por usted.
- Carm.** Todos los viernes me dice usted lo mismo.

- Cond.** Tú no me tienes mucha cara de habernos esperado. (Pilar pasó á primer término á la mesa donde sirve el té; Lorenzo, maquinalmente, sin responder á la Condesa, viene á ocupar su sitio de antes.)
- Pilar** Ven, Carmina: esta es tu silla. (Lo dijo procurando que entendiera Lorenzo; la niña se sienta.)
- Carm.** ¿Y tú, Pilar?
- Pilar** ¡Oh, yol... Me gusta veros á los dos, reunidos, como ha de ser ya para siempre. Si, Carmina. Al fin y al cabo ave de paso, un día yo tal vez levante el vuelo... y vosotros quedáis.
- Carm.** (Extrañada, mirando á Pilar.) ¡Pilar!
- Pilar** (Rápida transición; voz natural.) Vamos, sirve á tu padre, como yo te he enseñado; á ver, Carmina... así... así... (Carmina, obediente, lo hace; risitas infantiles, cuchicheo, olvida al otro grupo. Pilar poco á poco se va retirando hacia el fondo, donde la esperan los brazos de su madrina.) Mi obra... mi pobrecita obra... ¡Y hoy se acaba! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

## ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior.

(Después del almuerzo, están reunidos la CONDESA DE HUSADAS, CARMINA, LORENZO y tres amigos de éste: CASANOVA, JULITO VALENCIA y OLMEDO. Carmina sirve el café. Forman dos grupos; Lorenzo y Julito Valencia acompañan á la Condesa que estará sentada junto á la mesa grande. Casanova y Olmedo, cerca de la chimenea, hablan. Carmina va de unos á otros sirviendo.)

- Carm.** ¿Mucho, mucho azúcar, señor Casanova?
- Olm.** Mucho, señorita, que es un hombre amargo.
- Carm.** No lo diga usted. Yo le quiero porque es más divertido que todos ustedes y siempre cuenta cosas. Pongo dos.
- Cas.** (A Olmedo.) ¡Y tú rabial!
- Cond.** Azúcar á Julito, Carmina.
- Olm.** Vuelva usted. Tengo un encargo para usted.
- Carm.** Pues vuelvo en seguida: soy muy curiosa. (Carmina se acerca al otro grupo.)
- Olm.** Es un encanto de chiquilla.
- Cas.** Es el encanto de un milagro, al lado de un perillán como Lorenzo.
- Lor.** (A la Condesa.) ¿No quiere usted café?
- Cond.** Luego, en mi cuarto, tomaré una tacita de manzanilla. No estoy bien.
- Carm.** (Que vuelve al primer grupo.) ¿De qué se trataba?
- Olm.** Lucito me ha preguntado mucho por usted.
- Carm.** Todos los viernes me dice usted lo mismo.

- Olm.** No nos vemos otro día... Pero Lucito me pregunta siempre.
- Cas.** No le haga usted caso, Carmina. Pregunta los viernes. Y para variar, todo lo más, los martes. Y en viernes y martes... ya lo sabe usted.
- Carm.** De acuerdo. Casanova. Tendrá usted que darle á Lucito una noticia pésima. Pero puede endulzársela usted, que es buen muchacho. Dígale usted que á papá se le ocurrió empezar á enamorarme el mismo día que yo pensé en su nombre... Y ya ven ustedes... no iba á dejar mal á papá. Me hartó de mimos; me dió importancia, y, comprendanlo ustedes, por muy Lucito que fuera Lucito, ¡se borró!
- Cas.** (Tendiéndole la mano.) Mi enhorabuena, aunque el amigo sufra.
- Olm.** ¿Ve usted si es amargo? Ríe y acaba de morir un corazón.
- Cas.** ¡El corazón de Lucito! ¿pero eso existía?
- Cond.** ¡Carmina!
- Carm.** Tía abuela... (Forman todos un grupo, al acercarse Carmina á la Condesa.)
- Cond.** Si ya tienen estos señores su café, vamos á dejarles que blasfemen.
- Cas.** De nuestra mala suerte blasfemaremos, si ustedes nos dejan.
- Lor.** ¿Pero no ha pedido usted la manzanilla?
- Cond.** Luego, en mi cuarto; sí, sobrino.
- Lor.** ¿Llamo y se la traen aquí?
- Cond.** (Con cierta energía, deteniéndole por el brazo.) ¡No, aquí no!... La manzanilla sabe á medicina y pide alcoba. Yo no entro por eso de que en todos los cuartos de la casa pueda hacerse todo. Cuando nada tiene su sitio fijo, nada se hace bien. Aunque ahora lo hagan. Y es, ni más ni menos, que eso que ustedes llaman Hall y empezó siendo un hueco detrás de la puerta para el de fuera, se les ha metido ya por todas partes. ¡Tomen ustedes Hall y acabó el Hall comiéndose á la casa! Para los amigos, muy bonito en la apariencia; pero en el fondo, no; protesten ustedes. Pues, ¿y aquello de reunirse la familia, á sus horas, en sus sitios, y detenerse con respeto el que llegaba y no pasar adelante que

- no se le dijera muchas veces lo de «pase usted, usted puede pasar; usted es de casa»? Hoy, el último desconocido se mete en el Hall y está á sus anchas; pero, en cambio, hoy nadie es de casa; ni el de dentro. Y eso, eso es malo.
- Cas.** Tiene usted razón; yo presiento que habría sido *de los de casa*, y yo protesto.
- Cond.** (Levantándose, ayudada por Lorenzo.) ¿Ustedes?... ustedes lo son todos; no se quejen.
- Lor.** (Viendo que Carmina va á salir por el fondo.) ¿Dónde vas, Carmina?
- Carm.** Subía un momento á ver...
- Lor.** No; tu tía necesitará de ti.
- Cond.** Por mí, sobrino...
- Lor.** Que le traigan lo que ha pedido, que la sirvan y tú acompaña.
- Carm.** Como tú quieras. (Y al salir por la lateral.) Buenas tardes. (Murmullo de simpatía.)
- Lor.** (Que da el brazo á la Condesa, á sus amigos.) ¿Me permitís un momento, verdad? Vuelvo en seguida. (Los amigos se inclinan.)
- Cond.** Queden ustedes con Dios; adiós, señores. (Salen por la lateral.)
- Julito** (A Olmedo.) ¡Qué simpática señora es la Condesa!
- Olm.** (Señalando.) ¡A Casanova; que la escuchó embobado hacer la apología de aquel tiempo!
- Cas.** Pues ha dicho cosas que os habrá parecido estarme oyendo.
- Olm.** Detesta la novelería y lo moderno, como tú, es verdad.
- Cas.** Yo no lo detesto; ahora te engañas. Me pasa con las cosas nuevas que no me interesan cuando interesan á todos. Y se explica. Caemos sobre ellas, en el momento en que aparecen, unos y otros, sin distinción de clases ni fortunas y se me hacen plebeyas en seguida. Yo necesito que estén en desuso, arrinconadas tal vez injustamente, para empezar á encontrarles cierto encanto. Señores: son dos instrumentos de tortura igualmente insoportables y feroces; pero entre el reloj de cuco y el fonógrafo, prefiero el primero. ¿Está bien explicado?
- Julito** ¡No te exaltes!

- Cas.** (Acercándose a la chimenea, donde se dispone a tirar la colilla del cigarro y arrepintiéndose cuando ve las plantas verdes.) ¿Vamos, y esto? Antiguamente, poníamos en la chimenea su buen montón de troncos que parece que consolaban ya, viendo la llama. Además, las exigencias de la personalidad, digámoslo así, se respetaban: cada cual tomaba del calor lo que quería, más cerca ó más lejos, según su temple. Pues hoy no; sale el calor de las paredes hipócrita y solapado; pero igualito para todos, ¡eso sí! Y al que le molesta que se chinche. En cambio, ponemos plantas verdes en las chimeneas; es su sitio.
- Olm.** Estamos en Junio y no podemos hacer juicios temerarios de esta casa. ¿Pero tú encenderás tu buena chimenea los inviernos?
- Cas.** (Que apaga su colilla y la deja en un cenicero.) No, señor; yo me he saltado una generación. Los inviernos, en mi cuarto, pongo camilla.
- Julito** (Riendo.) No es verdad.
- Cas.** (Amostazado.) ¡Palabra de honor! Preguntadlo á Carmen Denis, á quien le pareció todo este invierno una *trouvaille*.
- Julito** Puede estarte escuchando la Condesa.
- Cas.** No apurarse; las damas de aquel tiempo sabían no oír ciertas cosas.
- Olm.** Y á propósito: ¿no os parece que á Lorenzo le tenemos preocupado?
- Cas.** ¿Quién es ella?
- Olm.** Esa pregunta me estuve haciendo interiormente: ¿quién será?
- Julito** Anoche, en La Peña, contaban de Rosita Garcés...
- Cas.** ¡No puede ser eso!
- Olm.** A ver ¿de qué se trata?
- Cas.** La echaron á cajas destempladas, yo no sé de dónde. Lo había dicho ella misma. Pero no debe andar Lorenzo en el asunto: no es su género.
- Olm.** Ni estaría así por Rosita Garcés. Ahí teneis una cosa que no me pareció nunca viable. Divagamos.
- Cas.** Y éste no para hasta descifrar el jeroglífico. Calma, calma: vamos á ver si tengo fortuna tanteando la solución.

- Olm.** Y yo te diré si coincidimos.
- (Se estrecha el grupo y Casanova dice.)
- Cas.** Esta sería una mujer prudente y reservada, señoril ella, de origen novelesco, y si quereis, romántico; de esas cuya situación, por otra parte clara en una casa, intriga un poco...
- Olm.** ¡Basta, basta: al físico!
- Cas.** ¡Ah, pues breve! Ojos negros, pelo negro, morenucha, nuestra, de esta tierra. Y si quereis un resumen físico y moral, una mujer que, por nobleza, esconde el alma; un alma que, por pudor, esconde su pasión, y una pasión que, aparentando rescoldo, es brasa viva; pero te pasas un día de listo, suponiéndole candor, y te da en la cara el fogonazo como un látigo de fuego.
- Olm.** ¡La misma! Se me quitó un peso de encima: estoy de acuerdo.
- Julito** Pues, amigos míos, confieso mi torpeza: yo no caigo.
- Olm.** Ni es tu culpa. Te faltan, ó poco menos, los antecedentes. Tú estabas en París cuando esta casa dió la vuelta y empezaron estos almuerzos juiciositos, con amigos selectos, digámoslo sin vanidad, y la familia en pleno, que no dejan de tener cierto sabor.
- Julito** Sí, yo estaba en París cuando empezaron. Pero he asistido á tres ó cuatro desde mi llegada...
- Cas.** ¿A tres ó cuatro? Basta; ¿y no te ha parecido que hoy faltaba entre los comensales de la casa...
- Julito** ¡Calla, sí! Perdonad, chicos; soy un animal. Faltaba Pilar, la maestra de la niña; ¿no es Pilar como la llaman?
- Cas.** Exactamente.
- Julito** Nada; pues distraído con la conversación de la Condesa, que ha estado locuaz, se me pasó. Como que ahora mismo, si no insistís un poco, no caía.
- Cas.** Lo peor es que la locuacidad de la Condesa en el almuerzo me pareció su poquitín forzada. Como para tapar con ella la murria de Lorenzo y evitar de antemano las preguntas lógicas cuando hay un hueco entre los habituales.

- Olm.** Y no es la observación de esta mañana en el almuerzo solamente. Es todo. Es esta misma vuelta de la casa; es Lorenzo, que no parece el mismo; es Carmina, que ni de milagro puede ser la mujercita que es creciendo sola, al lado de su padre. No; detrás de todo esto, hay algo lógico, fuerte; que no es casual y que lo explica.
- Cas.** Ahora divagas. Detrás de todo esto, hay sencillamente una mujer. Hay, que estamos en una casa, por donde pasaron las mujeres, deshaciéndola; y poco á poco, porque este Lorenzo tiene una suerte que nació de pie; del último hueco de su ruina, sale una mujer y la reconstruye. Hay esto solo. Las mujeres disipan y agotan: una mujer es una voluntad, acosa; te encierra en ti mismo, pero te hace.
- Julito** Si ahora te das á predicar moral, pierdes el tiempo.
- Cas.** ¡Es el ambiente!
- Olm.** En resumen: que el jeroglífico existe y que no andamos tan lejos de la solución.
- Cas.** Bueno; pues yo os consultaré mis dudas. Durante el almuerzo no hubo caso; porque no nos dejó la Condesa meter baza. Pero ahora, cuando vuelva Lorenzo, ¿qué hemos de hacer? ¿Preguntar por ella, ó atenernos á esta especie de *orden del día* tácita y seguir disimulando?
- Julito** Lo mejor es no pasarnos de listos. Preguntar, como es natural, con interés y dejarle á Lorenzo que se explaye.
- Olm.** Eso es lo correcto y lo que haría yo.
- Julito** (Que está frente á la lateral y ve llegar á Lorenzo.)  
Callad: el aludido.
- Cas.** Pues ahora mismo vamos á salir de dudas: yo entro en fuego.
- Lor.** (Saliendo á escena y acercándose.) Por fin puedo atenderos á vosotros, ¿me habreis perdonado?
- Cas.** Y sin hacerte cargos, además; suponemos que Pilar estará enferma.
- Lor.** (Con cierta reserva.) Sí; como no bajó á almorzar, quise enterarme...
- Cas.** ¿No es grave?

- Lor.** No.
- Olm.** Guardará cama...
- Lor.** No, no es cosa. Está levantada. Nervios. Parece que ayer tuvo una escena desagradable con alguien que vino. Yo no estaba en casa. Cosas de mujeres. Nada.
- Cas.** Te preguntamos con interés porque se notó su hueco en el almuerzo. Ahora lo hemos estado comentando.
- Lor.** Aja...
- Cas.** Resulta una mujer tan distinguida, tan simpática...
- Lor.** (Poniendo en orden los cachivaches de la mesa.)  
Sí, sí...
- Cas.** Para tu hija ha sido irremplazable.
- Lor.** Ya tú ves.
- Cas.** Y además, uno de esos tipos acusados, firmes; una mujer y una mujer interesante.
- Lor.** (Revolviendo en la caja de cigarros.) ¿No quereis fumar?
- Julito** Estamos fumando.
- Lor.** (A Casanova.) ¿Pero tú?...
- Cas.** También. Ahora mismo tiré la colilla. (Ha mirado á la chimenea y, rectificando, señala el cenicero.) No, aquí está.
- Lor.** (Alargándole un cigarro.) Pues entonces...
- Cas.** Bien; será el segundo. Por cierto que nos fijamos en la chimenea: está preciosa. Pilar atiende á todo. (Lorenzo está encendiendo su cigarro y dice entre dientes.)
- Lor.** Sí. (Acaba de encender y añade:) Se notará su ausencia en esta casa.
- Cas.** ¿Pero es que se va?
- Lor.** ¿Te extraña? pues es natural: la misión de Pilar ha terminado; Carmina es ya mayor... Pilar tendrá sus planes y me lo dijo ayer: se va; ¿te extraña?
- Cas.** (Con cierta voluntaria ironía para excitar más á Lorenzo.) No; después de todo una mujer como ella era un absurdo en tu casa.
- Lor.** ¿Qué?... ¿y Carmina?
- Cas.** Es que Carmina es otro absurdo. Hay veinte colegios donde estaría mejor y aprendería mejores cosas que al lado de su padre. Chico, y perdona la brutalidad. A mi ya

me conoces; mátame, si quieres, pero la verdad he de decirla.

Lor.

(Entregándose, en cierto modo y con despecho.) Sí, tienes razón, mucha razón. Después de todo, yo era el único engañado. Pero hay que tener el corazón de pergamino viejo como tú, para no dejarse engañar muchas veces por la apariencia de las cosas.

Cas.

Siempre que haces una gansada engañado por tu corazón, te metes conmigo á pretexto de que no lo tengo. Y á mí no me falta; pero además yo tengo sentido común. Es un detalle que ha quedado otras veces suficientemente discutido. Y ahora sigue.

Lor.

No era nada... Jugué con suerte unos meses á la felicidad y creí que iba á ser eterna. Envalentonado, arriesgo todo el montón á un sólo golpe y... dineros de jugador, se los llevó la trampa. Lo malo es que esta vez va á llevarse con ellos muchas cosas... No sé; yo empezaba á aficionarme... (Encogiéndose de hombros y poniéndose en pie.) Tal vez es mejor; tal vez no se hizo para mí. (A Casanova, poniéndole la mano en el hombro.) Nosotros á mirarnos en tu espejo, Casanova. Y cuando estemos á cubierto de engaños como tú, y nos aburrámos invariablemente en todas partes, solos, entonces, también como tú, por cortesía y para que no lo noten los demás, haremos chistes.

Cas.

¡Pero, hombre, es mucho cuento! ¿Y todo porque se te va Pilar?.. ¡Cásate con ella!

Lor.

(Volviéndole la espalda.) ¡Tú estás loco! (Y como arrepentido de haber ido demasiado lejos en su expansión vuelve á aparentar indiferencia desde ahora.) Al fin y al cabo, yo la he tratado apenas. Pero Carmina si la encontrará á faltar. Y es natural... ¡la distraeremos! Pienso llevarla á hacer un viaje largo. (Transición; á Julito, á quien tiene enfrente.) Y apropósito: nos hemos visto poco desde que has vuelto del tuyo, ¿qué te haces en Madrid, Julito?

Julito  
Lor.

Me roba las tardes el Congreso. Pues no lo llevas mal. No se te nota. ¡Cal ni la corbata, ni el chaleco, nada! el Julito de siempre, correcto y sobrio; estás muy bien.

Olm.

(Que se apartó un poco, á Casanova.) Creo que nos pasamos esta vez. No entiendo á Lorenzo.

Cas.

Estos hombres que han conocido muchas mujeres, acaban por ser tan absurdos como ellas.

Olm.

Pilar se va.

Cas.

Calma; al tiempo. El viernes próximo hablaremos, (Y se acercan al otro grupo.)

Lor.

(A Julito, que se despide.) ¡Ah, si es por la sesión no digo nada! Adiós, Julito.

Julito

Adiós, Lorenzo. Adiós, señores.

Cas.

No; también salimos.

Lor.

(Volviéndose á ellos.) ¿Me dejais ya?

Olm.

Si tú no mandas lo contrario. Hasta el viernes.

Lor.

No; por Dios. Ahora ya es distinto. Voy á estar á mis anchas. Venid cuando querais; fumaremos unos cigarros y me hareis compañía alguna tarde. ¿Hasta en seguida?

Cas.

Hasta en seguida... Pero si te estorbamos al llegar, no nos recibas.

Lor.

¿Por qué vais á estorbarme?

Cas.

No, por nada; adiós.

(Salen los tres amigos por el fondo. Lorenzo se sienta y coge algunos periódicos que habrá sobre la mesa. Rompe una faja y otra, sin leer. Vuelve á dejar los periódicos. Llama. Se pasea, esperando al criado. Aparece IGNACIO por la puerta del fondo.)

Lor.

La señorita Carmina, ¿dónde está?

Ign.

En el estudio; creo que escribiendo.

Lor.

¿Sola?

Ign.

Sola.

Lor.

¿Y la señorita Pilar? ¿salió de casa?

Ign.

No; bajó del estudio hace un instante.

Lor.

Ya.

Ign.

¿Se pide el coche para el señor?

Lor.

Sí, en seguida. Prepara el bastón, los guantes, el sombrero; salgo.

(Se va Ignacio. Todavía Lorenzo se acerca á la lateral dudoso; luego se encoge de hombros, se vuelve á la mesa, toma unos cigarros, un periódico no abierto todavía y sale por el fondo. Agustina que estaba en el hall, se aparta dejándole paso y queda un instante viéndole alejarse. Luego entra en escena. Casi al mismo tiempo, por la lateral, entró la CONDESA.)

Cond.

¿Salió, por fin?

**Agus.** Sí, señora Condesa; me quedé observando como me ha dicho la señora Condesa...

**Cond.** Mi sobrino suele estar unas horitas fuera de casa por las tardes; pero si tú le tomas esta afición al tratamiento, no va á quedar nos tiempo para nada antes que vuelva. Abrevia, muchacha, y dime las cosas de un tirón, deja para los viejos las muletas. ¿Has visto á Pilar?

**Agus.** Sí, señora.

**Cond.** ¿Y sigue en sus trece?

**Agus.** Sí, señora. (Muy apurada y ayudando á la Condesa á sentarse.) ¿Pero qué ha pasado?

**Cond.** Todo y nada... ¿qué sé yo? Si la oyes á ella, con esos prontos que tiene que parece á veces que se traga el mundo, todo: para lo que yo tenía, francamente ¡nada! Llámala. No, aquí está.

(Efectivamente, por la puerta del comedor llega PILAR. Haciéndose fuerte, aborda la escena, perfectamente dueña de sí misma.)

**Pilar** Alabado sea Dios; ya voy acabando. Pero necesito mis cinco sentidos para todo; ¡es tanto!

**Cond.** Ya tu ves; una casa... ¡y como te empeñaste en echarlo todo sobre tus hombros!

**Pilar** Sí, madrina ¡y empezaba á andar tan bien! ¿verdad, Agustina? Ahora se ve; cuando es preciso deshacerlo todo otra vez. Ya ve usted si hay gente aquí; pues todavía falta si he de encomendar á cada cual lo suyo, con tino, para que después encaje bien.

**Cond.** Si, una casa es un reloj... ¡Y mira tú que habérsenos descompuesto éste, á lo mejor!

**Pilar** A lo mejor, madrina. Y sin remedio.

**Cond.** ¡Dímelo á mí!

**Pilar** (A Agustina dándole las órdenes; pero dirigiéndose á la Condesa al hacer las consideraciones íntimas que se le ocurren.) Lo demás ya está á punto. A tí, este cuarto. Fijate bien, Agustina. Lo esencial es que las cosas tengan un sitio y siempre el mismo. El señor se ha ido haciendo á este molde poco á poco y algo que aquí cambies, te parece nada; pero es algo que cambias en su vida. Yo me he llevado mis horas pensándolo mucho hasta dejar las cosas

como están; que por ti no vaya á perderse. Cuando sale á la calle, de aquí sale; y con la impresión que esto le deja, disponemos un poco de sus pasos. Componte las cosas como si nadie de fuera de casa tuviera que entrar aquí. Y á quien el señor quiera que se le reciba, él te dirá. Las cosas á su hora, haya quien haya; mira que en esto si tú te expones á un regaño por cumplir, importa poco; pero si, por descuido tuyo pasa el tiempo, todo es desorden. Cuando las cosas se hacen á su hora ni lo malo puede durar más de lo justo; y algo es algo.

**Cond.** Eso es verdad.

**Pilar** Retratos, como siempre; pocos; si alguno te parece mal para Carmina, quitálo de en medio.

**Agus.** Hoy no encontré uno solo en toda la casa.

**Pilar** Ya lo sé... ¿qué más queda?... ¡Ah, sí, las cuentas!

**Agus.** ¡Eso no! ¡ríñame la señorita si ella quiere, pero darme cuentas no!

**Pilar** (Llevándola al cajón del escritorio donde están los libros.) No; si no te hablo. Me ha dicho Javier que hasta dentro de unos días no embarca y él te explicará. Lo entenderás en seguida; es muy sencillo. Los libros son estos. Por las mañanas te los llevas. Y al empezar la tarde los dejas aquí, por si el señor los quiere ver. No lo hace nunca. Ya está todo: ¿lo recordarás?

**Agus.** (Convirtiendo ya casi en sollozo el apuro y candorosa compunción que trae desde el principio de la escena.) Por mí, la señorita Pilar puede irse tranquila.

**Pilar** Y no te apures. Todos sabreis donde encontrarme. Y como yo, por más que viva, no he de olvidar esto, si alguna duda os entra me venís á ver y ya hablaremos.

**Agus.** Sí, señorita.

**Pilar** Naturalmente, mientras no pongan otra en mi lugar; que entonces ella será quien os mande á todos y en esta casa, de mí, ya no quedará ni rastro.

**Agus.** Si eso fuera así, ¡me iría yo también!

**Pilar** (Conmovida, acariciándola.) No, tú te has de que-

dar; por los demás... y por Carmina. La has visto nacer; me parece que dejándola contigo, la dejo acompañada.

Agus.  
Cond.

¡Y que lo diga usted!  
Pilar, yo no he de sentirme si escoges á Agustina para darle los encargos que quieras respecto á la niña. Ya sé que yo estoy para poco y serían encargos á tan breve plazo que... Dile lo que quieras á Agustina.

Pilar

(Empezando, á su vez, á no poder dominarse.) Nada. Respecto á Carmina, nada. Me voy de la casa; pero del corazón de Carmina no creo que me irá tan pronto. Aquello está hecho por mí y con tanto amor que me parece que lo dejo en marcha para algunos años... si adrede no me quieren arrancar de allí...

Agus.  
Pilar

¡Que van á querer!... ¡y no podrían!  
(Hablando á las dos.) Por las mañanas, dejá-mela dormir. Es un poco perezosa y le conviene á su edad. Sobre que os dará pena despertarla. Algunas noches, poco más ó menos á la misma hora desde hace unos meses, tiene pesadillas. La oíreis que grita y como si se quejara. No la llameis. Acercaos un poco á su camita, no dejéis de hacerlo; pero sin llamarla. Ella abre los ojos un momento, os ve á su lado, sonríe mirando, vuelve á cerrarlos y se queda en paz. Yo últimamente tenía tal costumbre que, soñara ó no, me despertaba á la hora exacta. Creo que he de seguir despertándome algún tiempo. Pero Carmina abrirá mucho los ojos y no me verá. Le dará pena, al principio... ¿verdad, madrina?

(Toda su energía se funde al calor de esta ternura y se ha echado en brazos de su madrina, sollozando. La Condesa hace gesto á Agustina para que se vaya, dejándola sola. Sale Agustina. Espera la de Husadas que la emoción haya cedido un poco y dice.)

Cond.

Vamos, calma, calma... ¿no has pensado bien lo que has de hacer?

Pilar  
Cond.

¡Sí, madrina.  
¿Pues entonces?... Pero, óyeme, Pilar: á lo que me contaste de la escena de ayer, como toda esta noche me ha tenido en blanco y sin dormir, se me ha ocurrido un reparo

que tal vez es justo. Por bribón que sea mi sobrino, no puede negarse que te quiere...

Pilar

¡Madrina! ¿pero cómo? ¿no le dije á usted? ¡si estaba ciego, hablando, estaba ciego!

Cond.

¡Por eso! No vamos á pedirle á un ciego que escoja los caminos. Sin pensar, á ciegas, echó por el que le llevaba la costumbre. Pero, fíjate. Desgraciadamente en mi sobrino, lo malo es la costumbre; el corazón no tanto. Y tal vez si yo le hablara... ¿te parece?

Pilar

No, madrina.

Cond.

Bien está.

Pilar

Yo he de decirlo... pero á usted como si fuera mi madre; á nadie más. No me voy por él; me voy por mí.

Cond.

¡Yo lo sabía!

Pilar

Cómo será que la misma Carmina ¡cristiatura! ya adivinó hace tiempo lo que pasaba en mi corazón. Cómo será, que no he tenido más remedio que decirselo á usted ¡me ahogaba callando! Piense usted que un día me hace traición la voluntad y él lo ve también... sería espantoso y yo me moriría de vergüenza. No, madrina. Lo de ayer es un pretexto que ha servido para darme fuerzas. Pero esto tenía que suceder y sin remedio. Yo no tengo cura; le querré siempre; bueno ó malo, he de quererle cada día más. Y me doy miedo.

Cond.

Y te vas... ¿piensas despedirte de Carmina?

Pilar

¡No!... cara á cara, no podría... Pero de todos modos, ¡me da tanta pena! Ella se encerrará en su cuartito, no dirá nada á nadie, ¡y llorará de un modo!... (Saca del pecho una cartita arrugada que besa y entrega á su madrina.) Usted me hará el favor de darle esto, por la noche, cuando no tenga más remedio que enterarse, cuando ya no le queden esperanzas de que volveré... demasiado sabrán ustedes secar las lágrimas y yo sé que esto no es nada; pero es algo mío; todo lo que yo he pensado que podría consolarla, se lo digo ahí... ¿quiere usted dárselo, madrina?

Cond.

¡Sí, hija mía.

Pilar

Gracias. (La Condesa guarda su carta y apoyándose

en la mesa hace ademán de levantarse. Pilar la ayuda.)  
 ¿Se va usted, madrina?  
**Cond.** Con ella, no vaya á bajar buscándote y te quite libertad.  
**Pilar** ¡Sí, sí, vaya usted!  
**Cond.** Adiós, Pilar, ¿y para ella?...  
**Pilar** (Abrazándose á su madrina con mucha emoción.) Un beso... ¡lléveselo usted!  
**Cond.** (Con serenidad; mientras Pilar solloza apoyada en su hombro.) ¿Ves tú? yo te podría dar muchos consejos... ¿para qué? Lo que no hace el corazón no lo componen viejas. Pero piensa: esta casa, esa hija, el mismo Lorenzo... piensa piensa!  
 (Sale la Condesa por el comedor. Pilar queda sola un instante. Repentinamente con impetuoso arranque de su voluntad, dice:)  
**Pilar** ¡No! ¡sin pensarlo! Es lo mejor. (Y va á salir: por la puerta del fondo, el sombrero en la mano, entra LORENZO. Pilar se detiene.)  
**Lor.** ¿Estaba usted aquí, Pilar?  
**Pilar** Me habían dicho que usted salió de casa.  
**Lor.** ¿Quiere usted hacerme el favor de no marcharse de este cuarto precisamente porque llego yo?  
**Pilar** Iba á salir de todos modos.  
**Lor.** Y á mí me lo daba el corazón y he vuelto antes de hora porque necesito decirle algo, Pilar. Son dos palabras, ¿quiere usted oírlas?  
**Pilar** Diga usted. (Lorenzo deja el sombrero sobre una silla y entra en escena.)  
**Lor.** La Condesa me ha dicho su resolución de usted esta mañana. La comprendo y estoy seguro de haberla merecido. Pero usted, Pilar, no tiene culpa y sale usted tan castigada como yo.  
**Pilar** ¡Por mí...  
**Lor.** Sí, por usted, Pilar; tengo obligación de evitarlo y á eso vengo. Yo puedo viajar. Puedo salir hoy mismo de Madrid y prolongar mi ausencia el tiempo que usted quiera. ¿Le parece á usted que esta sería una solución, Pilar?  
**Pilar** Se lo agradezco á usted sinceramente; pero es tarde ya. Yo debo marcharme. No den ustedes importancia á este paso mío. Tiene

usted la cortesía de hacerlo casi innecesario. Pero de todos modos yo había de darlo un día ú otro; no voy á eternizarme aquí. Ha terminado mi misión; ¿qué importan unos años, unos meses menos?  
**Lor.** (Tendiéndole la mano; grave.) Adiós, Pilar. Yo no sé si ha terminado su misión... ha sido usted más que la maestra de Carmina: ha hecho usted vivir estas paredes, ha sido un milagro del que yo no me he dado cuenta hasta hoy que se acaba. Desde Carmina al último mueble de esta casa tienen algo de usted, Pilar. Se va usted; pero esto queda. Va á rodearme constantemente; cada día más. Yo no le prometo olvidarla á usted, aunque tenga usted razón para ofenderse; no podría cumplirlo. Hasta un día, si usted quiere. (Pilar calla, reprimiéndose. Con esfuerzo, á pasos lentos, Lorenzo va á salir por la puerta del comedor. Sobrevieae Carmina, cerrándole el paso al llegar.)  
**Carm.** ¿Ya has vuelto, papá?  
**Lor.** (Deteniéndose como si obedeciera á un aviso de su corazón.) Sí, Carmina.  
**Carm.** Tía abuela me ha dicho que Pilar me buscaba. ¿Dónde está Pilar?  
**Lor.** (Apartándose y señalando.) ¿No la ves?  
**Carm.** ¿Qué tiene Pilar? ¿Qué pasa, papá?  
**Lor.** ¡Ven, Carmina!  
**Pilar** (Casi adivinándole con súplica sincera.) ¡No, por Dios!  
**Lor.** Pilar tuvo un disgusto ayer conmigo; quiere marcharse de esta casa; yo no he sabido convencerla, prueba tú.  
**Pilar** ¡Qué crueldad!  
**Carm.** ¿Se va Pilar y tú no la has podido convencer? (Corriendo hacia Pilar.) ¿Es cierto, Pilar? (Pilar, dominándose, no contesta.) ¡Entonces yo no he de probar, papá: me voy con ella! (Y se abraza á Pilar.)  
**Lor.** ¡Carmina!  
**Pilar** ¡Carmina!  
**Carm.** No me riñais. Papá, no te enfades y tú no me dejes. Yo no quiero preguntar; yo no sé nada. Pero Pilar sufre de un modo que yo no la dejo. Si ella fuera mi madre me lo or-

denarías tú como un deber. Pues yo no he conocido más y le debo todo lo que soy... Me voy con ella; me voy con ella; ¡ella es mi madre!

**Lor.** (Avanzando hacia su hija) Carmina...  
**Pilar** ¡No, no me la riña usted! ¡ella qué sabe! Yo hablaré.

**Carm.** ¡Me voy contigo!  
**Pilar** Y yo te lo agradezco como si lo hicieras nada más con lo que acabas de decir; me iré tan satisfecha, que tus palabras, hija mía, van á acompañarme el resto de mi vida y yo seré feliz... Carmina, tú te quedarás aquí; tú sabrás de mí; te escribiré, te contaré mis cosas... Pero tú te quedas: tu padre es tu padre.

**Carm.** Quiero irme contigo; á ti no te estorbo, ¡y aquí sola!... No: tú estás disgustada, tú estás triste.

**Pilar** ¡No, Carmina! Tu padre no te ha dicho lo que hay; no has entendido bien; no es disgusto, no es tristeza. Mírame á la cara: nunca has visto en ella esta alegría que ahora ves, ¿verdad, Carmina? ¡Si es una felicidad! ¡y en este momento! ¡qué valen mis afanes para la satisfacción y las fuerzas que hoy me das! Ya ves: de cuando en cuando unos minutos; un poco de tiempo. Y aquí palitos en un papel, y ahora que un libro, y allá que un consejo, un poco de paciencia; para que tú después, con todo esto, vayas haciendo un corazón y me lo entregues.

**Carm.** ¡No te vayas!  
**Pilar** ¡Hija mía! Si es que había de ser, tarde ó temprano; ya eres mujercita; tu padre quiere también su parte en tu cariño, es justo. ¿Y si yo estuviera enferma? Después de todo, casi puede decirse que lo estoy. No enferma, pero cansada; muy cansada, hija mía. Y tú lo comprendes, y tú ya no te opones, y tú quieres dejarme descansar.

**Carm.** ¿Y no te vas?  
**Pilar** (Sin saber qué decir; juntando sus manos.) ¡Carmina!

**Carm.** Papá, ¿por qué te callas? ¡Si tú supieras lo que Pilar ha sido para mí, no callarías!

Quando estamos solas es más fuerte que yo; no he podido llamarla Pilar, ahora ni nunca. Delante de ti, delante de los demás, porque ella quiere. Pero á solas es como si no me dejara el corazón... (Con un arranque, abrazándola.) ¡Mamá Pilar, no me dejes, no te vayas! (Lorenzo lentamente se acerca al grupo, grave, conmovido: aparta á Carmina los bracitos del cuello de Pilar y dice.)

**Lor.** Pilar... Es usted dueña de marcharse de esta casa. Pero Carmina tiene razón y yo lo apruebo, y si es necesario se lo mando; va usted á salir con ella. Déjenme ustedes tan sólo como yo merezco estar y todo el bien que usted ha hecho vuelva por usted. Es justo. Pero si se compadece usted de mí al ver cómo quedo, si no quiere usted dejar interrumpida su obra en esta casa, yo esta vez le diré á Carmina las razones que tengo para rogarle á usted que no se vaya. Y Carmina, ella misma, se las repetirá á usted en mi nombre. (A Carmina, á quien tiene medio abrazada hasta el final.) Desde ahora, delante de mí, delante de todos, la llamarás madre, como te pide el corazón. (Y vuelto á Pilar, concluye:) ¿Llora usted, Pilar?

**Pilar** ¡Si es que Dios tiene á veces unas recompensas!...

**Lor.** ¡Abrazala, Carmina, y dale gracias!  
(Apoyadita en su bastón de ébano, desde hace un momento, entró por el comedor la CONDESA DE HUSADAS que sonríe, acercándose poco á poco y presenciando el final de esta escena. Respeta la emoción de Carmina y Pilar y al cabo de unos segundos pregunta.)

**Cond.** ¿De modo que la chiquitina llegó á tiempo?

**Pilar** ¿Ah, fué usted, madrina?

**Cond.** Yo. Y ahora ¿tienes algo que contarme?

**Pilar** (Esta, entre Lorenzo y Carmina, les mira á los dos y concluye:) Estas cosas no se cuentan.



U A N

DAD AUTÓNOMA DE  
CIÓN GENERAL DE B

100